

Cartas de la Banca
1876

CARTAS

TRASCENDENTALES

ESCRITAS

A UN AMIGO DE CONFIANZA

POR

D. JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.



BUENOS AIRES.

Imprenta de la Bolsa, Calle de San Martín núm. 65.

1862.

CARTA—PRÓLOGO

A los lectores.

MUY SEÑORES MÍOS:

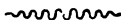
Una violacion de correspondencia es el origen de este libro.

Sostenia su autor relaciones con un amigo de confianza que le contaba sus cuitas y á quien daba sus mas francos consejos, cuando un dia se vió acometido en la calle (el autor, no el amigo) por una señora de cuyo nombre no quiere acordarse, la cual le amenazaba nada menos que con el escándalo y el ridiculo, si se deshacia el matrimonio de su hija.—La sorpresa del interpelado no pudo ser mayor, pues le remordia, en efecto, la conciencia, de estar trabajando para desbaratar aquel casamiento, que á su juicio era un disparate mayúsculo. Pero á nadie habia revelado directa ni indirectamente su oposicion; de nadie sino de un sueño á voces podia sospechar la venta de su secreto, y esta circunstancia inverosimil le dejó absorto ante la furiosa suegra que amontonaba en descomunal monólogo todo linage de denuestos.

La perplegidad del autor duró bien poco: un nuevo individuo, terciando en la conferencia, vino á felicitarle por las *cartas* que estaba dando ~~á juzg~~ en un periódico acreditado. Entonces no hubo lugar á duda. El imprudente ANATOLIO, que era para quien todas las cartas del presente volúmen se habian escrito, no bien recibió las dos primeras, y juzgándolas en su infantil amistad mas dignas de ser leidas por el público que aprovechadas por sí mismo, las dió á la estampa en LA AMÉRICA donde acababan de leerlas el amigo que apretaba la mano y la enemiga que apretaba los ojos.

Pasado aquel incidente, el autor pensó de esta manera:— «Cartas que alarman á mujeres capaces de arañar en la calle, y que agradan á amigos capaces de murmurar de todo en los café, no pueden ménos de ser leidas por mucha gente. El secreto es ya inutil, puesto que Anatolio acaba de romperlo; el escándalo, si de su publicacion resultase, está ya dado; las venganzas, si á ellas concitan por ventura, no pueden ser mas dolorosas que ya lo han sido.... Reunamos, pues, los borradores de las cartas divulgadas hasta ahora, y de las que aun permanecen inéditas, y hagamos con ellas un libro que si no aprovecha á Anatolio, podrá aprovechar á muchos otros Ignacios y Josés, Dolores y Petronilas que andan por el mundo, faltos, ciertamente, de lectura, un tanto sabrosa y entretenida, y un si es no es trascendental y grave.»

Hé aquí, señores lectores, la razon de sér del libro que os dedico. Aquéjame, sin embargo, el temor de que por haberle querido dotar de frivolidad y trascendencia á un tiempo, aparezca á vuestros ojos como el coronel aquél que hacia dramas, y pasaba entre los poetas por un valiente, y entre los militares por un coplero.



CARTA PRIMERA.

PRIMER PROBLEMA:

¿Por qué razón vivía yo en Madrid hace quince años como un potentado con veinte mil reales de renta, y hoy que tengo treinta y cinco mil vivo como un pordiosero?

Mi querido Anatolio: (y llámote así para ocultar tu verdadero nombre de Antonio, y la miseria de que me hablas en tu carta) ¿con que te extraña que en solo quince años haya duplicado el valor de la vida cortesana, y pidesme razón del fenómeno para retirarte con tiempo á una aldea, por si siguiendo de este modo, es decir, tus rentas progresando tan visiblemente, llegas á tener que pedir limosna á las puertas de un templo?

Razón te sobra para asustarte y precaverte, amigo mio; pero no esperes de mí que aplaque tus temores ni impida tu retiro, si es que te decides á emprenderlo; porque yo en este punto soy como aquellos médicos que dicen para tranquilidad del doliente: «No se asuste Vd., ni haga medicina ninguna; eso es nervioso.»

Si á tí te basta una contestación así, y dejas de quejarte en cuanto sabes el nombre de tu mal, escucha y tiembla.

Por el verano de 1845, casi á la misma fecha de don de

arranca tu primera parte de tu problema, se estableció en Madrid, calle de la Victoria, cierto catalan cuyo nombre no hace al caso, pero cuya industria merece especial mención en este sitio. Había adornado su tienda primorosamente. Divanes de caoba forrados de damasco encarnado, circundaban el salón en su primera parte. Un mostrador de palo santo, sirviendo de antemural á una anaquelera de la misma madera, ocupaba el segundo trozo; en el centro del cual, como reina ó presidenta de las sesiones que allí iban á verificarse, se ostentaba, sobre un tabladillo coqueton, la catalana más vistosa que peluquero alguno ha adornado jamás. Al pié de los divanes, una cómoda tarima, pintada de negro, recibía las estrechidades de los que en ellos se arrojaban; y una estufa colocada en el comedio del salón, y una gran lámpara de cristal que pendía de su centro, y grandes espejos en que recrear la vista, y multitud de periódicos con que recrear los sentidos, todo convidaba á pasar agradablemente el rato en el nuevo establecimiento, que bien pronto mereció el favor del público.

Aquella era una tienda de limpia-botas.

¡Cosa rara, Anatolio!.. en Madrid se desconocía esta industria! — Los soportales de la Plaza Mayor, las Covachuelas del Carmen, y algun que otro rinconcejo vergonzante, daban albergue los domingos por la mañana á ciertos rapazuelos de cajón al hombro y cepillo en mano, quienes, *este pié quiero, este no quiero*, lustraban el calzado de los transeuntes, con harto rubor y balumba del favorecido. — Ahora la cuestión estaba resuelta. Comodidad en el fondo, coquetería en la forma, y todo ello por seis cuartos, ¿quién se exponía á que su criado trajese las manos llenas de betún cuando venía á servirnos el chocolate? — Bien es verdad que el gasto se aumentaba alguna cosa: pero ¿quién repara en seis cuartos mi-

serables y dos y medio más de escuálida propina, ante las lunas venecianas en que los jadeantes lustradores convertían las palas de nuestras botas?

Por entonces, con corta diferencia, se estableció así mismo en Madrid una sociedad anónima bajo la razón social que ahora se dice, Collantes, Moore y compañía, la cual obtuvo temporalmente el privilegio de los coches de plaza.

¡Horror, querido amigo! . . . Una capital de doscientas cincuenta mil almas, no tenía coches de alquiler.— Porque tu recordarás aquel clásico *simon* que para bodas y bautizos compraba por algunas horas el pedestre vecino de la corte, y que según el *Curioso Parlante*:

tan cerca está de baul
como distante de coche.

Y recordarás también la tauromáquica calesa, de cuyas numerosas ediciones quedan aun algunos ejemplares para recuerdo histórico; y la campestre tartana que nos conducía á la venta del Espíritu Santo ó Alameda de Osuna, en ménos horas que se necesitaban luego para curarse los magullamientos: y recordarás, como bello ideal del género, aquella media docena de vehículos, desecho de casas ilustres, que, por cien reales diez horas y por cincuenta cinco, comprometían cincuenta y cinco veces á una familia desde su casa hasta Palacio! Todo eso lo recordarás con pena por los hombres de entonces, y con orgullo por las gentes de ahora.

La cuestión, pues, estaba también resuelta.—Preciosas berlinas traídas de Londres exprofeso, arrastradas por yeguas anglo-sajonas, servidas por criados de flameante librea, aderezadas al primor; y todo á tus órdenes por cuatro reales para la carrera, y por ocho para una hora mortal! ¡oh! esto era el

progreso llevado á sus últimas especulaciones, esto era la dicha terrestre!

Y ademas, Anatólio, salía muy barato como ves; ó por mejor decir, de balde; ó mejor dicho todavía, ahorrándonos dinero.—Porque en calzado se gastaba mas; porque en una hora haces cuatro visitas ó cuatro negocios, que antes te ocupaban medio día; porque si hueve no pierdes el sombrero ni manchas el traje; porque puedes acompañar galantemente á una señora amiga, sin gran dispendio; porque te evitas una pulmonía desde el teatro á tu casa por una friolera; porque vas á un concierto ó sarao, en coche como Dios manda, y sin gastar un caudal; y en fin, porque sale muy barato, porque tienes carruaje cuando no lo puedes tener.—No es ésta, amigo mío, no es esta la verdad?

Pues continuemos.—Yo no sé cómo nuestros padres se hacían las camisas en casa. Ninguna mujer sabe hacer una camisa. Coserlas, pase, y esto es lo de menos; pero cortarlas, ninguna! Todas te dirán lo contrario; pero créeme; nuestros padres vivían hechos unas fachas con sus camisas domésticas.

A remediar este mal, vino á Madrid, por la fecha de que te voy hablando, cierto francés que, establecido en la calle del Carmen, puso con gran razón sobre su muestra: *Al regenerador de la camisa*.—Este mozo ya había regenerado los guantes.

Y permíteme que intercale aquí una digresión.—Yo no sé si tú sabes que los guantes de Madrid son los mejores de Europa. Esta verdad se dijo por primera vez en el Congreso, creo que por uno de los Barzanallana, estándose discutiendo cierta cuestión de aranceles.—Los guantes de Madrid deben la fama de que gozan á lo suave y elástico de su piel, á la pureza de su corte y á la pulcritud de su cosido; es decir, á que son muy buenos y muy bonitos. Ello sí, son caros, porque verdaderamente, las cosas buenas han de costar el dinero; pero

bien pueden gastarse catorce reales en los comunes y veintidos en los novísimos, mejor que las dos pesetas de antaño que nos ponían las manos como costales. Ello también tiene el inconveniente de que hay que renovarlos con mucha frecuencia, por lo mismo que la belleza de la forma y el color de paja que hoy casi exclusivamente se usa, atraen la atención sobre las manos, pero de esto tiene la culpa la moda, y así que se acabe nos ahorraremos ese dinero, que al fin y al cabo habíamos de gastar en una tontería menos bella.

Quépate el consuelo de que tu patria reina por los guantes, y volvamos á la camisa.

La camisa moderna es la prenda más cara que viste el hombre. Ni el *paleto* de más lujo, ni la capa mejor costada, se pueden comparar á la camisa. Supon que cualquiera de esas prendas te cueste mil quinientos reales (que costar es) y que te dure en buen uso cuatro años (que no es flojo periodo de duración). La cubierta exterior del traje te cuesta al año trescientos setenta y cinco reales. Veamos ahora la camisa.—Doce camisas (que no es mucho echar por cuatro años) á cuatro duros cada una, (y son de menos lujo que la capa de setenta y cinco) importan novecientos sesenta reales. Supon ahora que no haces lo que debes hacer para ir decente, es decir, mudarte cada dia, y que te rebajo el cincuenta por ciento de limpieza (que es rebajar): te sale el planchado de la camisa (con planchadora de á dos reales, ó sea de tercero ó cuarto orden) en treinta reales al mes, que suman trescientos sesenta reales al año; lo que unido al capital de la prenda (y sin contar composuras ni desperfectos) dá un guarismo anual de seiscientos reales redondos. En resúmen: la camisa cuesta al año doscientos veinticinco reales más que la capa.

Probablemente tú no te habrías echado esta cuenta, como no te habrás echado muchas otras. Ni sabrás que tu abuelo se

mudaba de camisa solo los domingos; lavada que habia sido en casa y planchada por el ama de cria de tu padre; cortada con patrones de papel por tu abuela, y cosida en el colegio por tus tias carnales. Ni habrás parado mientes en que en aquellos tiempos se llevaba la camisa sobre el cuerpo, mientras que hoy, gracias á la prevision inglesa, necesitamos usar camisa de seda, ya que no traje completo, para librarnos de la irrupcion nerviosa de los tiempos presentes; y contar siquiera con un par de batista bordadas para grandes recepciones y bailes; y tener por lo poco media docena de algodón de Manchester para dormir, y cuatro al menos de franela abotonada para constipados y pulmonías. Todo lo cual está tan distante del verdadero lujo, como tu abuelo lo estaba de la comodidad y el *confortabilismo* en su traje interior.— ¿Y estrarás ahora que la camisa cueste lo que cuesta?

Pero apartemos la vista, mi querido Anatolio, de tan grosero asunto, que haria ruborizar á una señora inglesa, y entremos en mas floridas consideraciones.

¿Te acuerdas de aquellos dias no muy lejanos en que dos bailarinas extranjeras, la Fuoco y la Guy-Stephan, compartian el entusiasmo y el dinero del público de Madrid?—Por entonces se hizo célebre entre nosotros un personaje de humilde condicion hasta la fecha, pero que hoy ya todo el mundo conoce bajo el seudónimo de *El Valenciano*.

No contentos los entusiastas de la piruetería con enriquecer al empresario del Circo en fuerza de asistir á los certámenes coreográficos, se propusieron tambien enriquecer al valenciano, comprándole cuantas flores producian los jardines de Madrid, para arrojarlas cada noche á los piés de sus apasionadas. El valenciano era sin dudá un verdadero artista; los ramilletes que salian de su taller, mas que de rodar por las tablas, eran dignos de adornar un trono. Esquisito gusto en su

confeccion exterior, primoroso casamiento de colores, armonía en los aromas, y hasta ¡pásmate amigo! hasta recados y citas picareseñas, ya en cifra, ya en claro romance, formadas con florecillas menudas entre el cesped!—Decirte el éxito de estas obras, fuera escusado; pero hablarte de su precio, es casi preciso en estos momentos. ¡Cinco, diez, quince, cincuenta duros! . . . costaba un ramillete del valenciano! Treinta, sesenta, doscientos! . . . tenía encargados cada día!

De entonces data este nuevo género de industria, que hoy cultivan multitud de personas de ambos sexos, á quienes el vulgo llama en general *valencianos* y *ramilletteras*.—Tú mismo los ves a la puerta de los teatros, á la puerta de los bailes, cerca de todos los sitios donde se celebra algo; y no perdiendo ocasion de evidenciarse cuando el santo del día, la festividad de la semana ó los sucesos del mes, justifican los presentes de flores frescas.

Con tal facilidad, ¿quién no manda un ramo de ellas, y nunca de los baratos, á la casa que frecuenta, á la señora que mira con predileccion, á la chica con quien salió de año, y esto cada vez que algun acontecimiento lo exige? ¿Quién no los ofrece en el teatro, en el baile, en el paseo, cuando las otras señoras los ostentan, humillando á las que no los tienen?

Por eso yo no censuro que tu los compres, ni que los compres nadie; antes bien lo creo un poco supérfluo, pero lo conzeptúo un mas que necesario. Si todos compran flores, y flores caras, cómpralas tú; y cuando la ramillettera del Teatro Real te pida un duro por una camelia, como suele pedirlo, dale el duro, que un duro no significa nada cuando se trata de tu honor aplicado á las narices de una mujer.

¡Teatro Real he dicho! Y ¿cómo no se me habia ocurrido el nombrarlo y nombrarlos antes?—Porque tú recordarás los teatros de Madrid en 1845.— ¡Qué lunctas! ¡qué adornos!

¡qué luces de aceite! Ello es verdad que por doce reales oíamos comedias de Hartzzenbusch y Breton representadas por Matilde y Teodora, por Latorre y Romea; también es cierto que oíamos óperas de Rossini, Bellini y Donizzeti, cantadas por Ronconi y Salvi, por Moriano y Tamberlik, por la Persiana y la Viardot.— ¡Pero qué diferencia, Anatolio! Hoy es verdad que tenemos malos cómicos y muy peores comedias: también es cierto que nos cantan malas óperas muy malos cantantes por lo comun: pero ¿no dá gusto el sentarse en butacas de terciopelo, el respirar aquella atmósfera de buen tono, aquella encantadora coqueteria que reina en nuestros teatros, gracias al precio de veinte, treinta, cuarenta reales que cuesta un asiento?— Porque, no lo dudes, amigo mio, las gentes acuden á un lugar con tanto mas gusto, cuanto mas dinero les cuesta; y pues las gentes van, ¿por qué no has de ir tú? ¿por qué no he de ir yo? ¿por qué no hemos de ir nosotros?— Todo se reduce á gastar algunas pesetas más, que al fin y al cabo habíamos de emplear en otras necesidades.

No te aconsejo, pues, que despidas el abono del Teatro Real, ni el turno que tienes en la Zarzuela; ni mucho menos que dejes de asistir á los estrenos de comedias y dramas, títeres, perros sábios, niños danzantes, prestidigitadores, campanólogos, organgrafistas, y toda esa caterva de notabilidades que á subidos precios se hacen ver y oír cada dia en nuestros coliseos. ¿Habria yo de aconsejarte que representáras un papel ridiculo en la sociedad, dejando de asistir á donde todo el mundo asiste?

Además, muchas funciones de esas (dos por lo menos á la semana) se destinan en Madrid á establecimientos benéficos y casas de caridad. Ya sabes que nuestras damas han aguzado en este punto su ingenio de un modo fabuloso; pues no se contentan con el precio del billete que te dan por la fuerza,

sino que aspiran á un par de duros sobre la tasa, lo cual importa al año un puñado de los mismos. Pero ten presente que esa contribucion (que yo llamaria de *carretas morales* porque sirve para allanar el camino del cielo) tiene muy buen destino; y que mas vale gastar en eso el dinero, que no en las majaderias en que lo empleamos ordinariamente. Bien conozco que el presupuesto se eleva alguna cosa, porque tenemos *fiesta de la Trinidad* en Enero, *alhajas de la puerta del Sol* en Febrero, *bailes de máscaras* en Marzo, *cuestacion de Semama Santa* en Abril, *beneficios dramáticos* en Mayo et sic de *cæteres* hasta que la serpiente se muerde la cola, es decir, hasta que vuelve á llegar Enero: pero ¿qué vas á hacerle?

Y, por otra parte, ese es el gasto mas insignificante que nos ofrece la sociedad. Cuenta, sino, lo que te cuesta el vestido con que debes presentarte á ella, y verás que la limosna de guante blanco es lo de ménos.

En el año de 45, tú lo recuerdas como yo, Dártigues era el mejor zapatero de Madrid. Sus botines de charol, que por entonces nos parecian extremadamente caros, costaban setenta y cinco y ochenta reales. Baltár, su émulo, llegó á ponerlos á noventa. ¡Horror! Este calzado era solo para los grandes de España. — Hoy, tambien lo sabes, hasta los pequeños de las provincias nos desdeñamos de usar ese calzado de municion. Reynaldo lleva ciento, Barón ciento veinte, Colwin ciento cuarenta, y el *Fornisseur de l'Imperatrice* que habita en la *rue la Paix*, donde ya debemos tener todos nuestra horma, se contenta con nueve duros, siempre que nosotros paguemos el porte, y el amigo que nos lo ha de entrar de contrabando por la frontera.

¿Te hablaré del sombrerero? — ¡Para qué! De sesenta reales que costaba entonces un excelente sombrero, hasta

noventa que llevan hoy por uno malo (¡pero que malo!) hay el caudal de Judas de diferencia.

¿Te hablaré del sastre?—Ya veo que me tapas la boca para que no te recuerde la cuenta que *debes* pagarle por los cuatro trapos que te hizo este invierno. ¡Diez duros un chaleco! ¡Doce un pantalón! ¡Treinta y cinco un frac! ¡Cincuenta un *paletot*!— Sí, sí, ya calló. . . ¡silencio!

Pero me dejarás que te hable de la onza que tienes que jugar en una partida *d'écarté* la noche que vas á la tertulia? y de las dos que te cuesta de vez en cuando asistir á una gira campestre? y de las seis que importa una mala cacería en los montes de Toledo? y de las doce que empleas en dejar á Madrid el mes de Julio!—También me permitirás que te recuerde lo mal que se come por dos duros en cualquiera de las pocas fondas que hay en Madrid! y la obligación en que te ves por lo tanto de pedir á la carta ostras de Ostende á veinticuatro reales la docena, vino *grave* á cincuenta el cuartillo, langosta de no se donde á cinco duros la pieza, cabeza de jabalí á lo que quieren pedir por probarla; y tantos otros manjares de uso vulgar en el día, de los cuales no puedes prescindir cuando obsequias á un amigo, en las mil ocasiones que de obsequiarlos se te ofrece obligación.

Paso en silencio, querido Anatolio, por no hacerte demasiado prolija esta carta confidencial, un ramo desarrollado en Madrid fabulosamente de algunos años á esta parte, y que por lo humilde merecerá mas bien tu desden que tu cuidado. Hablo del ramo de propinas.—Allá por los tiempos de mari-castaña, los vecinos de la corte no estaban obligados á propinar mas que las siguientes festividades: Pascuas, días de santo, bautismo, casamiento, y algunos la viudez. Pero los modernos hemos arreglado la cosa de mejor manera. Hoy se propina todo lo que se propinaba antes, y además esto otro: la llegada á la

córte, la admision del criado; la salida de la córte, la despedida del criado; al que lleva el obsequio á casa del amigo, al que trae el obsequio de casa del amigo; á nuestros criados y dependientes por cualquier pretesto; á los criados y dependientes del amigo por idem; al mozo del café, al mozo de la fonda, al mozo del baño, al mozo del Casino, al mozo de cordel, al manco de la peluqueria, al oficial del sastre, al oficial del sombrero, al oficial del zapatero, y en fin, á todo el mundo.

Las propinas antiguas partian de dos cuartos y terminaban en una peseta; las de ahora parten de peseta y terminan en cinco duros. Un *napoleon* es lo corriente. Las propinas absorven, no lo dudes amigo, el veinticinco por ciento de nuestras rentas.—Pero es preciso darlas, me dirás; y tienes muchísima razon en darlas y en decírmelo: ¡qué demonio! al fin y al cabo van á parar á pobres, y mejor se gasta el dinero en eso que en tonterias.

¡Pero es que yo no tengo dinero que gastar!--me repites al fin de tu carta, y me pides consejo sobre tu última y ya casi irrevocable determinacion.

Creo que estoy viendo lo que ha pasado por tí.--Tú frecuentas alguna casa honrada, en donde por desahogarte refieres tus cuitas, y los señores de esa casa te han debido decir:

—«Desengáñese Vd., Sr. D. Anatolio, la vida que Vd. lleva es una vida ruinosa; el hombre soltero no tiene nunca camisa; todos esos gastos que Vd. hace, son supérfluos y dejan de hacerse cuando se tiene mujer. Cásese Vd., y métase á vivir como Dios manda, que en estando casado, los duros parecen onzas.»

¿No es verdad que te han dicho esto muchas veces?--No es verdad que por esto me pides parecer sobre el recurso de casarte?

Pues bien: cástate, Anatolio; pero aguarda al correo que viene (porque esta carta es ya muy larga), y te presentarás á la Vicaría con el conocimiento de lo que cuesta una mujer en Madrid.--Despues filosofaremos.



CARTA SEGUNDA.

Supongo, mi querido Anatolio, que pensarás casarte con una muchacha que te corresponda.—Llámase, entre nosotros, *corresponder*, á figurar en el mundo un tantico mas que la persona correspondida. Es decir, que si nosotros levantamos del suelo como cuatro, no nos corresponde persona que levante menos de seis.—En esto habrá convenido, por supuesto, la buena familia que te aconseja.

Siendo tu novia, como no puede menos de serlo, oriunda de una casa que posee mas de cuarenta y cinco mil reales de renta (consejero, ex-ministro, general, comerciante, etc.) se habrá educado en las Salesas, ó en las Ursulinas, ó en Nuestra Señora de Loreto.

Subrá cantar, tocar el piano, nadar, montar á caballo, pintar al fresco, tirar la pistola, hablar mejor que el suyo cualquier idioma extraño, y otra porcion de cosas que antes aprendíamos los hombres, pero que ahora hemos convenido en que las aprendan y practiquen nuestras mujeres.—Tendrá además la costumbre de concurrir dos veces por semana al teatro, otras dos á tertulias de confianza, una á *suarés* (vamos españolizando la palabra) de gran tono, y otra recibirá en su propia casa, sirviendo el té á los amigos de su padre.

Por humilde y modesta que haya sido su educacion (y o me complazco en reconocerlo así) acostunbrará á vestirse de *mañana*, de *tarde*, y de *noche*; pasará un par de horas todos los dias, como medida higiénica; hará florecitas en casa para distraerse, y tomará baños ~~todos los veranos~~ en San Sebastian ó en Deva.

Su señora madre (á quien considero desde ahora adornada de todas las virtudes) la habrá enseñado á ser una amiga mas bien que un *ama* de su doncella; sabrá tratar con dignidad y amor á sus criados; dará limosnas; habrá pedido muchas veces á la puerta de un templo para los niños expósitos; será madrina con frecuencia en las bodas de los pobres; y, por último, tales ~~habrán sido las ideas religiosas y morales que le haya inculcado desde su niñez, que la llamarán, sin duda y con razon~~ el ángel de la casa.

Ya ves, amigo, que no te desco una mujer cualquiera, sino antes bien una mujer de las que se encuentran pocas en este mundo. Ni te hago la ofensa de presumir que la has buscado rica, porque ni eso es lo que te aconsejan tus buenos consejeros, ni lo que le conviene al hombre que anhela el matrimonio por reducir á modestos límites su vida disipada. Además, que las ricas, como tu sabes, son mas pobres que las pobres mismas; porque con su caudal traen al matrimonio el derecho de gastar ellas solas el suyo y el de su marido.

Sea, pues, tu esposa futura una de esas esposas que se escogen con libre albedrío, y de las que se dice que *valen lo que pesan*, ó que *no tienen pero*, ó que *ni buscadas con un candil*, ó que son la *pareja de su oveja*.

Ello es que te casas, ó que antes de casarte te llama un dia tu suegro á su despacho, y te dice:

--Señor mio: á la altura á que han llegado las cosas, es necesario que hablemos con franqueza. Mi hija no lleva nada.

Ya sabe usted que yo he sido hombre hourado, y que por consiguiente no vivo mas que de mi sueldo. El desahogo de mi posicion me ha permitido educar á la chica de la manera mas brillante que á usted le consta. No lleva patrimonio ni se lo puedo dejar; pero lleva una educacion que vale mas que los tesoros. Usted por otra parte, posee lo suficiente para la vida de ambos, y dichoso yo, que veo en eso mismo la garantía de que no ha buscado en mi casa mas que el amor y las virtudes.»

Paso en silencio tu contestacion, tus protestas, tus emociones, y cuanto delante del suegro se acostumbra en tales casos á sufrir y expresar.--Se hacen los regalos, se tiran las tarjetas, se sufren cuatro bromas de mala especie, se visita al cura, y cátaate casado, Anatolio.

Tu nuevo papá tenia razon: la chica no ha llevado nada; pero en tí está el que si no gana mucho con el casamiento, tampoco pierda de las comodidades que tenia en su casa. Todo tu conato se cifra, pues, en que no tenga motivo de esclamar algun dia:--¡«Para qué me casaria yo con ese hombre!»

A este fin, principias por buscar una habitacion decente en que albergar á la nueva familia.—Yo presumo que tú no has tenido casa propia, y por consiguiente te anuncio que de quince años á esta parte no se comprende cómo las gentes de Madrid viven en casas, ó, por mejor decir, cómo las pagan. Seria mas económico lo que ideó un amigo mio, que era comprar un carruaje para pasear de dia y dormir por la noche. En efecto, un cuarto que tenga sala para recibir, gabinete para estar, despacho para tí, y tocador para tu mujer, puedes hallarlo fácilmente por doce ó catorce mil reales al año. Eso sí; será todo muy reducido, pero ni un duro menos. Tendrá tambien mucha escalera.--¡Ah! se me olvidaba; y para darto las llaves te pedirán (va siendo lo corriente) seis meses adelantados y seis en depósito.

Con tu cuartito ya, no necesitas mas que arreglarlo y meterte dentro.---El arreglo de ahora se parece bastante á lo que cuentan de los palacios en las *Mil y una noche*.

No sé si recordarás los muebles de la casa de tu abuelo; de tu abuelo, que era cinco veces mas rico que tu padre, y diez veces mas rico que tú. Doce sillones de pino dorados; una mesa de lo mismo; seis cornucopias iguales; un reloj de sobremesa con música; dos floreros de á terciá, y una araña de cristal con seis luces. Esto era lo principal, lo régio, lo que pasaba la vida enfundado, lo que no se veia mas que cuando tu abuela daba muestras de su fecundidad. Por el interior de la casa, buena cama, buena mesa, y cuatro trastos de madera pintada.

Hoy, ya lo sabes, la alfombra del año pasado no puede servir este; la funda de los muebles es no solo ridicula sino hasta criminal; el oro no se usa, porque puede estar cubriendo una mala madera. Ébano, caoba, encina, palo santo, limonero, haya, son el material ordinario de nuestros mueblistas; y como el precio de la primera materia es menester que quede oscurecido, se ha inventado la mano de obra artística, para que en un mueble de ébano, lo de menos sea el ébano. La escultura, reservada antes para la silla arzobispal de la catedral de Toledo, se emplea hoy en cualquier *lavabo ó mesa de noche*. Las incrustaciones de marfil y oro, se aplican hasta á las puertas y ventanas.--Voy á decirte una cosa atrevida, pero que es una verdad. Asi como cierto escritor, que ahora no recuerdo, ha dicho de Cleopatra que su hermosura, con haber cautivado á Marco Antonio y asombrado á Plutarco, no podria sostener hoy competencia con la de una *griseta* de París vestida de domingo, así digo yo que el gabinete de Agripina, la primer sibarita del mundo, la que se bañaba todos los días en leche de burra para que su cúfís de abuela se conservase terso, la madre de Neron.

en fin, el monarca mas ostentoso del universo; el gabinete, digo, de esta reina, sería hoy *cursi* seguramente, ante el de la esposa de cualquier director de un *crédito mobiliario*.

No creas por esto que yo supongo que tu mujer necesite de estos lujos, ni que tú debas consentírselos y costeárselos; lo que quiero decirte es que *de tal palo tal astilla*, y que si hoy se emplean veinte mil duros en *poner* una sala decente, tú *no* puedes gastar menos de veinte mil reales en poner la tuya con humildad.

Paso en silencio menudencias de todos sabidas y por todos sospechadas que á hacer caso de ellas, ocuparían volúmenes enteros. Mi objeto actual es reseñarte á grandes rasgos los misterios de la vida contemporánea, y no esperes que critique ni abulte lo usual é indispensable, que quizá no ha sido nunca ni tan cómodo ni tan barato como en el dia: póngote de relieve únicamente lo supérfluo y dispendioso que vamos inventando, y que por fuerza debemos usar, para que juzgues con conocimiento de causa el nuevo estado á que te arrojas.

Desde luego sumais la noche del matrimonio, los amigos de tu mujer y los tuyos; es decir, que por el mero hecho de casarte, duplicas en un dia tu sociabilidad. Pero así como cuando estábais solteros, las amigas de tu mujer y los amigos tuyos no eran para vosotros sino cargas transitorias en ocasiones dadas, ahora, que ya formais familia, contraeis para con ellos deberes de un órden mas elevado.

Todo el que tiene casa de cierta especie, esto es, que cuenta con renta de cierta especie, y con amigos de cierta especie, está obligado á *dar de comer*.

Yo no sé si la frase que acabo de subrayar te explicará lo bastante mi idea, sin otros comentarios. No se trata aquí de *dar de comer al hambriento*, que encargau las Obras de misericordia, sino de dar de comer al que no tiene *hambre*, al que

no puede tenerla, al que necesitas servirle mucho y muy bueno, para que pueda apreciar la diferencia que hay entre su casa y la tuya. Este *dar de comer*, es el renglón más cálido de la vida moderna matrimonial.

Cuando tú eras niño, es decir, hace muy pocos años, no se *consideraba á comer* en las casas más que dos ó tres días al año, y eso á los amigos más íntimos. Antes de proceder al convite, durante el convite, y después del convite, había que hacer todas estas cosas: pensarlo, meditarlo, discutirlo, acordarlo, resolverlo, proponerlo, excusarlo, instarlo, aceptarlo, senalarlo, prepararlo, ejecutarlo, agradecerlo, propalarlo y recordarlo.---Un convite formaba época en tu casa, como era época el casamiento de tu hermanita mayor, la investidura de tu grado de bachiller, la cesantía de tu padre, ó el aniversario de tu abuelo. Un convite costaba mucho pero abultaba más.

Cuarenta días antes del de San José, por ejemplo, ya tu padre y tu madre, cada uno á personas y en tono distinto, decían estas indispensables palabras:---«Supongo que contamos con usted para el 10.---Creo excusado advertirle á usted que para el día del Santo, le preparamos un ayuno.---Por supuesto que el día del Patriarca pasará usted un mal día con nosotros.---»---Y así por el estilo.

Mientras tanto cada noche cuidaba tu madre de que la cocinera atracase de nueces ó bellotas á los pavos que se estaban cebando, y tu padre hacía reflexiones sobre los preparativos que quedaban por hacer, y sus temores de que iban á faltar muchas cosas á última hora. Tu casa estaba medio fuera de ley. Por todas partes vujilla que se saca, cristalería que se repone, plata que se limpia. Los años en los pies, los *corridos* en mano, los chicos en volandas.---«Aquí colocará *fulano*, allí *citano*, acullá *perengano*.---Primero se

sirve la carne, despues el pescado.---No, mujer; el pescado primero.---Que se lo pregunten á la generala. etc. etc. etc.

Llegaba el momento fatal. En tu casa no se habia almorzado: ¿quién pensaba en eso? A vosotros se los estaba vistiendo; tu padre se ponía camisa con chorreras, tu hermana un adorno de cabeza con abalorios, tu madre una paletina de pieles, y los criados levita y corbata.

«¡A la mesa! ¡a la mesa!»---y comenzaba lo indescrutable.

Convidantes y convidados, hambrientos los primeros por el ayuno forzado, y hambrientos los segundos por el ayuno voluntario, que era de rigor, todos se sentaban á la mesa decididos á comer como pocas veces, aun cuando todos disimulaban su secreto interés, afectando la mayor indiferencia. No podia hablarse de la comida, ni del extraordinario. El frio del invierno que acababa, el calor presunto del verano que iba á venir, las novedades teatrales, un poco de cosas públicas y mucho de no contestar nadie acorde de lo que se decia, alternaban con estas frases obligadas:--- «No me ponga usted tanto. ---Soy de poco comer.---No tengo ganas,»---y otras por el mismo orden, que formaban ciertamente maravilloso contraste con la voracidad fisica de los comensales.

Para tu padre, la comida tenia muchas faltas; para tu madre muchas sobras, y para vosotros mucho motivo de indigestiones. Era, en fin, un mal dia, pero UN mal dia.

Ahora hemos arreglado las cosas de otra manera. Todos los dias hay convite, ó para bien decir, todos los dias hay dos mesas:--«á las once y á las seis.»--Asi se le participa á amigos y conocidos,

Crees que vas á almorzar solo, porque no has convidado nadie, y llaman á la puerta tres personas.--;Sinforiano (tie-

nes que decir en seguida) tres cubiertos!»--Son con efecto tres amigos que vienen á almorzar á tu casa. Han madrugado para patinar en el estanque del Retiro; y á la vuelta han dicho:--«¿Donde almorsaremos? Casa de Anatolio.»--Tú te alegras mucho y haces señas á tu mujer para que cuide de que se refuerze la batería.

Los amigos principian por burlarse de tu soledad.--«¿Cómo te puedes acostumbrar á almorzar solo?(dicen en tono de chunga).--No nos trates mal (murmura alguno).--Yo quiero una tortilla al rom (exclama otro) y despues lo que haya.»

Todo esto, como se dice en alta voz, se oye en la cocina, y sirve á un mismo tiempo de broma elegante y de aviso ejecutivo. . . .--«¡Yo quiero vino blanco!--¡Yo negro!--¡Yo agua, pero templada!»--Y dicho se está, que tu debes tener prevenido todas estas cosas y muchas mas que puedan ocurrir, porque de seguro ocurren diariamente.

Tu mujer, en tanto que no almuerza con vosotros, porque eso no está bien, recibe á unas amigas que salieron de mañana á tiendas, y que han venido á saludarla, con nuevas modas que le estimulan á adoptar.

--¿Por qué no se viene usted á comer algun dia con nosotros, generala?(exclama tu esposa para hacer que no se admire de los nuevos trajes).--Porque no tienen ustedes ostras frescas.--Y tú Carolina, ¿cuando vienes?--Yo, si viene Jesusa, esta misma tarde.--Vaya, pues tenga usted ostras, y vendré yo tambien!»

No quiero decirte, Anatolio, que en esto entran tus amigos y se convidan los seis, porque no me taches de exajerado y mentiroso, aun cuando en afirmarlo dijese la verdad. Pero ten por seguro que un dia si y otro no, tu casa aparecerá una fonda; que se pondrán mas faltas en tu mesa, de las que hayas oido nunca en ligones y cafetuchos; que tu reposteria, por modesta

que quieras tenerla, ha de estar tan provista como la de un antiguo obispo; y que con todo eso no lograrás la fama de Anfitrión ni de Creso, ni de Jotán, sino antes por el contrario, se dirán en círculos y sociedades estas ó parecidas palabras:

--«En casa de Anatolio no se come mal.---Pero abundan mucho las salsas.---Yo no tomé nunca asados en su mesa.---No saben asar.---Lo que sí suele tener son nuniscos.---Pues yo nunca veo ostras sino cuando las pido.---Para diario, no es mal bodega.---Donde se come muy bien es casa del chileno.---Y casa del director del canal de Urgel.---Y casa de Fernando.---Y en muchas partes, hombre, en muchas partes!...

Tales son los requiebros que han de prodigarte, amigo mío, aunque dediques á la cocina las tres cuartas partes de tus rentas; aunque te arruine el provechoso; aunque te empenes para dar gusto. Pero no creas que puedes excusarte por ello de tener mesa puesta y cubierto prevenido para cuantos lleguen; porque dar de comer, es preciso ahora en toda casa decente, porque si no das de comer no tienes amigos, ni tertulias, ni trato, ni posición, ni nombre, ni carrera posible; y no porque las gente hayan hecho más desvergonzadas que lo eran antes, ni porque dejen de comer en su casa, ni porque exploten su pleo; sino porque la moda lo ha dispuesto así, el trato social lo ha cancelado, las reglas del mundo lo ordenan, y la costumbre ha hecho de la casa un hotel perpétuo, y de los dispendios gastronómicos un artículo de primera necesidad.

Ahora bien ¿seré y capaz de aconsejarte que te pongas en ridículo, apagando la cocina?---¿Qué diría tu suegro? ¿Qué pensaría tu mujer?

Y ya que de tu mujer y sus amigos se ha hablado, justo será que toque otro particular de los que han de mezclarse con frecuencia en la nueva posición á que aspiras.

El día en que tengas á comer una amiga de tu esposa, procurarás llevarlas por la noche al teatro. Esto, despues de estar puesto en razon, no es cosa que arruine á nadie, ni que concite contra tí las murmuraciones del vulgo.---Oye lo que te cuesta.

Primeramente, mandas al criado á la calle de Carretas por un coche de dos caballos y cuatro asientos. Le encargas, como hombre económico que ya eres, que mire bien la hora del reloj del cochero, y mientras esta comision se desempeña, preparas á las señoras y sales á la puerta para no perder tiempo. Rectificada allí la hora por evitar disputas despues, os colocais y mandas que os lleve á un café, pues no es cosa de que á la amable niña á quien obsequias, se la vaya á llevar en seco al teatro. Ellas piden quesitos helados, y tú café. Nada de bizcochos ni barquillos. La cosa ha de ser en familia. --- ¡«Mozo! ¿Cuanto debo?» --- «Cinco y medio» --- Das seis, y al Teatro Real.

En la puerta del teatro despides el carruaje, y suponiendo que no tienes quimera, ni necesitas la intervencion de la autoridad, pagas el correspondiente medio duro por la hora. Si quieres quedar bien, das ocho cuartos de propina.

Llegas al cuarto de billetes, y pides tres butacas (nada de palco); pero observas al dártelas que son de la primera fila ó de la última junto á las puertas, de donde no puedes tomarlas ni aun con el pretexto de que no hay otras, pues todo el mundo sabe que una fila de revendedores las está ofreciendo de las buenas, desde la Puerta del Sol hasta la Plaza de Isabel II. Te apartas, en efecto, dos pasos de la ventanilla, y ya encuentras á tu hombre con los tres billetes consabidos.---«¿Cuánto important?» —le preguntas.—«Noventa reales, caballero;—es su respuesta.—Ofreces ménos, se retira, le llamas, y tira acá tira allá, no lo sacas ménos de ochenta. Bien es verdad que su

coste legitimo asciende á setenta y dos reales, porque son de papel.

Y aquí conviene que yo te haga una pregunta:—¿Por qué razon en las *contadurías* de los teatros (modernísima socialiña mal importada de Francia) se le lleva mas dinero al que lo paga adelantado?

Entras, por fin, en el teatro, y te acomodas; pero como las butacas son un poco altas y las mujeres tienen las piernecitas cortas, no hay mas remedio que pedir un par de banquetas, si es que ya un acomodador hábil no te las ha traído. Entonces caes en que la convidada no trae gemelos, porque no venia prevenida para teatro; pides unos, y ya no necesitas nada hasta el primer entreacto.—Llegado que es, sales tú primeramente para desahogarte y fumar, cuando la ramilletera, de que te hablé en mi anterior, se encara contigo y te ofrece dos ramitos de flores *para las señoras*. Tú no los tomarías porque tienes confianza con tu mujer; pero te asalta la idea de que no tienes tanta con su amiga, y sobre todo, temes pasar por miserable ante la florista, que al parecer te ha conocido. Escoges los mas pequeños y los más malos, y pagas por ellos cuatro pesetas, si no ha nevado por aquellos dias.

Al segundo entreacto invitas á las señoras á que salgan á respirar el aire, y ellas, que son prudentes, no hacen mas gasto que un vaso de agua y tres dulces, que te cuestan cuatro reales —Termina la funcion, y ¡oh, infame teatro! que tan caliente como está por dentro, tan frio y pulmoníaco está por fuera.— «Señorito un coche» — gritan cien aurigas á tu oído: tomas el coche (de dos asientos), colocas á las niñas, y tú, subido en el pescante, diriges la ruta hasta la casa de la amiga de tu esposa; desde donde te encaminas á la tuya, en cuya puerta das catorce reales al cochero, porque son mas de las doce, porque os

habeis parado, y porque érais tres personas, con lo cual se acabó la funcion.

CUENTA DE CARGO.--Un carruaje de cuatro asientos para ir: once reales.--Café y helados; seis.--Butacas: ochenta.--Banquetas; ocho.--Gemelos: cuatro.--Flores: diez y seis.--Agua y dulces: cuatro.--Carruaje de vuelta: catorce.--Total: 143 reales.

CUENTA DE DATA.--(*La escena ocurre un año despues.*)--«Isabelita (le preguntan á la amiga de tu esposa) ¿le oyó usted *El Trouador* á la *Penco*?--No, señor.--¡Oh, pues fué una lástima, porque lo cantaba admirablemente!--Ah! si, ahora me acuerdo, creo que se le oí una noche que estuve con estos.»

Ese *estos* te costó ciento cuarenta y tres reales.

Y no te quejes, Anatolio; la vida elegante ha hecho á las gentes desagradecidas, por mayor decoro. Hace algun tiempo duraba todavia la añeja costumbre de no admitir los obsequios sino á la fuerza: ofrecerlos era ya un acto imprudente; aceptarlos era prueba de excesiva confianza, casi de parentesco; dar las gracias por ellos, hablar de tu finura, de tu amabilidad, de tu esplendidez, era cosa que duraba dos ó tres meses si el gasto se habia elevado á veinte reales. Pero ahora sucede todo lo contrario: ofrecer un obsequio es ridiculo; debe principiarse por hacerlo: resistirse á ser obsequiado es de mal tono; debe principiarse por aceptar: dar las gracias, demostrar alegría, expresar reconocimiento, es cosa de campesinos y gente ordinaria: todo lo mas que hace, es ponerle faltas á la cosa, ó hablar de otra semejante que es mucho mejor y mas cara.--Asi está el mundo, amigo mio, ¿y qué vas á hacerle? ¿No tienes que vivir en él?

Peró insensiblemente me separo del asunto principal, y fuerza es renunciar á digresiones, si estas mis cartas no han de ser interminables.--Íbate hablando de una escena en que tu

esposa aparecía en público, para lo cual, como á tí no se te oculta, debe presentarse digna de la casa de donde salió y mas digna aún de la en que ha entrado.—Necesito, pues, decir algunas palabras sobre el traje de tu mujer!

¡Dichosos una y mil veces los griegos y romanos que andaban medio desnudos, y cuyas mujeres, por lujosas que fuesen, invertían tan pocas varas de tela en sus túnicas y mantos! —Bion es verdad que las griegas y las romanas solían tener armazon propio, y sus trajes, mas bien que para vestirse, servían para mejor modelar contornos de pura raza; mientras que nuestras mujeres de hoy, si á la romana y la griega se vistiesen, habia (por lo roman) que alquilar balcones para silbarlas.— ¿Quieres que te diga lo que es una mujer de nuestros días?

La mujer elegante de nuestros días es un compuesto de muchos huesos, un poquito de carne, y almidon.

Lo primero y lo segundo, esto es, los huesos y la carne, no dejan de costar el dinero, porque como hay ese desequilibrio de proporciones, se necesita un abono de médico, una cuenta abierta de botica, y otras menudencias higiénicas, para regularizar el ejercicio de los nervios. Pero lo que cuesta extremadamente caro, es el almidon.

Yo no sé que economista inglés sacó la cuenta estos años pasados, y resulta que si las mujeres europeas no usaran almidon, comerian pan de trigo veinte y cinco millones de criaturas que no lo comen hoy. Y eso que el uso de las ballenas, el alambre, la estera, la palma, la pita, el acero y otros ingredientes que se han introducido en la armazon reservada de la mujer moderna, escusan una gran parte de almidon que afluye en forma de roscas al comercio. Pero como para nosotros la sustancia es lo de menos, debemos seguir llamando almidon á lo que por tal se tiene, sea cualquiera la forma en que nos lo vendan.

Así, por ejemplo, cuando necesitas comprarle á tu mujer unas *cocas* ó sea armaduras de alambre para ahuecarse el pelo, (porque ninguna lo lleva aplastado como Dios le dió), ó unas tenacillas de cañoncitos para rizársele ahuecado tambien (porque ninguna le lleva con el rizo natural), ó un añadido de pelo de muerto para que abulte el suyo (porque ninguna se contenta con el vivo que tiene), ó un peine de cierta forma para que abulte el peinado doble de lo legitimo (porque todas han dado en abultar mucho por todas partes); cuando gastes un dineral en estos requilorios, bien puedes arrimar la cuenta al capítulo de almidones, y denominarla *almidon de la cabeza*.

Así, por ejemplo, cuando vayas á casa de Mad. Colombe (la introductora en Madrid del *Corsé Nupcial*) á encargarle un corsé para tu esposa, que tenga. . . pero en ¿qué diablos de asunto vamos á meternos?—Tenga lo que tenga, tú lo pagas, y apuntas en el libro: *almidon del pecho*.

Y cuando encargas á París un *miriñaque*, y cuando la modista te lleve un tontillo, y cuando el mercader te cobre doble tela de la usual para un vestido, y cuando pagues muchas varas de encaje para un fleco, y muchas varas de cinta para un ribete, y mucho exceso de todas las cosas para mucho bulto en todas ellas; esas partidas que nada tienen que ver con el traje, porque son ampliaciones del traje mismo, esas partidas de bulto y que en bulto se emplean únicamente, créelo, esas partidas son hijas legítimas del almidon, y al almidon moral si no al físico deben aplicarse.—Entre la enagua almidonada, que fué el principio, hasta el tacon de la bota de hoy, que es el almidon del calzado, hay una série no interrumpida de abultamientos hijos los unos de los otros, y que han encarecido un setenta y cinco por ciento la vida matrimonial.

Y si solo el bulto cuesta tanto; si los desvanes y huccos

mujeriles se compran á tal precio, ¿qué no sucederá con la parte indispensable y sólida de que han menester para *presentarse dignamente?*

Espera otro correo, lo sabrás, y concluyo.



CARTA TERCERA.

Anatolio: me tienes muy incomodado. He sabido que estas mis cartas confidenciales, escritas para tu uso particular, las has dado á la estampa nada menos que en *La América*; en *La América* que es uno de los mejores periódicos de España, y de los de mayor y mas escogida clientela.—Y si se tratase sólo de *La América*, menos malo, ~~seria~~ al cabo y al fin los lectores de esta *Revista* son antiguos conocidos míos y tengo de ellos recibidas demasiadas pruebas de benevolencia, para dudar de que sean personas reservadas y formales, como requiere el asunto que nos ocupa. Pero es el caso que las dichas cartas han aparecido tambien en *La Epoca*, *La Esperanza* y algun otro periódico; porque como las *letras* se consideran entre nosotros bienes realengos de que cualquiera puede echar mano cuando se le antoje, de aquí el que periodistas honrados y de intachable conciencia, no tengan inconveniente, si de artículos literarios se trata, de apoderarse de lo que es ajeno sin contar con la voluntad de su dueño.

Se han hecho, pues, públicas mis cartas; y esto que lo consideraria únicamente como un honor tratándose de otras producciones, lo considero hoy como una calamidad porque me ata la lengua, ó por mejor decir, la mano, para decirte co-

sas y hablarte de pormenores que áun cuando nadie se reserva de oír en su casa, todos hacen como que se ruborizan cuando los oyen en público.—Ya subes que el rubor ha ido subiendo por grados desde el corazon hasta las orejas.

Ademas, yo que no me siento cobarde para decir todo lo que creo justo, sea cualquiera la persona que haya de oírlo, experimento ahora un miedo supino al habérmelas con las señoras mujeres en lucha sangrienta y descomunal. Porque ¡qué quieres! Anatolio, será una debilidad, pero me gustan mucho; y me gustan tanto más cuanto con mayor adorno y coqueteria se me presentan; hasta el punto deque si yo fuera ministro de Estado veinte y cuatro horas, les concedía á todas las bonitas la gran banda de Cárlos III, y la de Isabel la Católica, y la de María Luisa, y quizá que el Toison de Oro, para que borreguillo y cintas, todo lo llevasen al pecho; que á fé á fé habian de ostentarlas con mas gracia que los magistrados del tribunal Supremo de Justicia.

Pero el que yo experimente esa debilidad por ellas, no debe hacerme abdicar de mis derechos fiscales en asunto tan árduo como el que me consultas; y si he de decirte todo lo cierto, témome concitar el encono de las más guapas, que las más guapas son precisamente las que mayores escollos van poniendo á la vida matrimonial. --¿Para qué has consentido, pues, que mis cartas se publiquen?

Íbate diciendo en mi anterior, que vestir á una mujer con elegancia era hoy negocio de cuenta y cuentas; porque si complicado es en el momento de resolverlo, mucho y mas se complica á la hora de pagarlo.--Siempre fué costosa la vestimenta mujeril, aun en tiempos en que la modestia del traje era la moda mas preciada; y bien se sabian nuestros abuelos que el uniforme mas ostentoso de un ministro, no costaba tanto como

el atavío de nuestras abuelas en día de *Corpus-Christi*.--El terciopelo, la grana, el raso, los encajes, el oro y pedrería fueron desde antiguo materias usuales en el tocado de la mujer, sin que en esto haya que culpar á la generacion presente de pródiga y despilfarrada.--¿Quizá hoy valen las cosas mucho menos que nunca: quizá jamás se ha podido vestir á una muchacha mejor y con menos dinero!--¿A donde está, entonces, lo espantable--me preguntarás?

Dormitaba yo una noche en la butaca de un teatro, aburrido por lo monótono de la representacion: cuando mis ojos se fijaron y mis ideas detrás, en el opulento duque de Osuna. Una sucesion de pensamientos que ahora no sé explicarte, me llevó á comparar mi traje con el suyo.—La camisa del duque era tan blanca y estaba tan bien planchada como la mia; su chaleco era de rico casimir como el que yo llevaba; su pantalon de saten no era seguramente mas fino que mi pantalon; sus guantes habian costado lo mismo que los míos; nada, en fin, habia entre nosotros que se diferenciase por su mérito ó por su riqueza.—¿A dónde estaba, pues, consignada la diferencia de sus seiscientos mil duros anuales, con los seiscientos poco mas de mi renta?—Confíesote, Anatolio, que aquella noche tardé tres ó cuatro horas en dormirme, y no hubiera pegado los ojos todavia, si á puro cavilar no hubiese dado en el ítem del fenónemo.—¿Quieres saberlo?—Yo necesitaba reservar dos años por lo menos mi traje, y el duque de Osuna lo variaba un día sí y otro nó.

En eso y no en otra cosa está lo espantable del tocado actual de una mujer.—Apuesto á que todavia existe en tu casa el traje con que se casó tu abuela, la mantilla blanca que sacó de novia la tarde de San Juan, el redingote de paño negro que vestia el Jueves Santo, y los zapatos quizá que llevó al primer

baile de la corte. ¿Qué importa que costase mucho todo esto, si se compraba una vez para toda la vida?

Hoy el lujo, amigo mio, no está tanto en el precio de las prendas, como en la variedad de las prendas mismas; hoy el lujo no asusta por lo intrínseco, sino por lo reincidente.—¿Cuántas veces salía tu madre á pasear cada año?—Dos.—Pues tu mujer necesita salir dos veces al día.—¿A cuántos saráos asistía tu madre cada año?—A uno.—Pues tu mujer debe asistir á unocada semana.

Y no pienses en arreglarlo de otra manera; que quien lo ha de arreglar, ya lo ha dispuesto así; existe un tirano sin corona á quien todos debemos acatamiento, y á ese tirano que se llama MUNDO, no hay que contrariarle en lo mas mínimo. Pero el mundo--me dirás--lo representan una porcion de mentecatos.--¿Lees tú los artículos de modas?--Te aconsejo que los leas, como yo, mitad para reirte y mitad para estudiar filosofía práctica.--Vaya un simil:

«Decididamente la inconstancia de la primavera, tiene en absoluta perplejidad á las modistas. Aun apunta apenas el virginal boton de la rosa de Alejandria, cuando un cierzo destructor hiela y desgarrá la naciente vejétation de los oásis encantados. ¿Qué es esto? ¿dura el invierno todavia?--Hé aquí, bellísimas y amables lectoras, por que no podemos deciros con seguridad si al *brocado* debe sustituir el *pamplíné*, ó si las aéreas gasas de la India deben robar ya el puesto á los pesados agreramanes de Escocia. Pero la cuestion no puede tardar en resolverse; y aun sabemos de cierta condesa, de breve pié y alabastrina mano, que rompiendo con las tradiciones de la intemperie, se presentará uno de estos dias luciendo las encantadoras formas de que la dotò próvida natura.--Adelantemos, sin embargo, algunas ideas, siquier sea peligrosa su revelacion, para que nuestras damas no se hallen sorprendidas al relumbrar los

templados albores del mes de Marzo.--Este año se enseñará el pecho un centímetro mas que el anterior.--El tacón de la pulida bota de raso-azufaija, acabará en punta, para que el andar sea dificultoso y el vaiven é indecision de la cadera, equipare á nuestras bellas con las encantadas hijas del celeste imperio. El miriñaque se abultará mucho, sobre todo por delante, para que las jóvenes solteras se confundan facilmente con las casadas.--Van á desterrarse por absurdos los adornos á lo *magenta*, que serán sustituidos con ventaja por los llamados *calvario*, en razon á estar compuestos de eruceitas coquetonas de terciopelo-enredadera.--Las manteletas que eran redondas, serán cuadradas.--Los abrigos que eran cuadrados, serán triangulares.--Los velos que eran triangulares, serán exágonos. . . .»

¿Entiendes, Anatolio?—Cuatro desvergüenzas dichas para encandilamiento de ojos profanos; media docena de frases obligatorias para que las pobres mujeres las crean; y luego mucho de cuadrar lo redondo, de exagonar los triángalos; es decir, de hacer imposibles los trajes de ayer ante la forma de los trajes de hoy. hé aquí la sustancia de los artículos mensuales de modas.

¿Y sabes quién dispone todo esto?—Cuatro pilletes medio perdidos, pero con mucho talento y no menor gracia, que ganan cincuenta *francos* á la semana por hacer el artículo; media docena de habilísimos dibujantes, no bien hallados, que ganan ochenta ó ciento por diseñar los figurines; y unos cuantas sastre y modistas que en connivencia con fabricantes de Paris y Lyon, se devanan los sesos por inventar extravagancias para evidenciarse y ganar dinero; hé aquí el respetable congreso, la soberana asamblea, el gran cónclave en que se elaboran las leyes del color, hechura y coste de nuestros trajes.

Pero no es eso lo mas cómico: sino que de esa orgía perdurable, de esa asociacion de tunos que pasan el dia riéndose

de la humanidad y dando vueltas á la cigüeña de la máquina para que las figuras nos movamos haciendo contorsiones delante de un espejo, resulta luego en la vida real que, sin apercibirse de lo que pasá, van los hombres llamados sérios, los magistrados que encanecen administrando justicia, los generales que se inutilizan ganando batallas, los legisladores que pierden la salud ordenando códigos; van, digo, muy de prisa por la calle y del brazo de sus mujeres á encargar á Baron, que las botas de Margarita acaben en punta, y á casa de Irma á que la manteleta de Clotilde sea triangular ó el vestido de Isabel tenga un centímetro más de escote que el año anterior.--¡Oh! si los inventores de modas tienen talento, como presumo, ¡qué caricajadas darán cuando reflexionen ó presencien escenas semejantes á las que te describo!

Y no lo dudes, amigo mio: tú tambien tienes que ir con tu señora á encargar todas esas cosas; porque tu señora se ha educado brillantemente, que te dijo tu suegro; y tu suegro mismo, con ser consejero de Estado, iba, cuando era preciso, á desempeñar estas comisiones; y no me vengas diciendo que Francia y Francia, pues si ahora Francia dá la moda al mundo, hubo un tiempo en que esa nacion la recibia y acataba de España, como tiempo vendrá en que unos y otros la recibamos con entusiasmo, de los patagones.

Nada, nada; hay que rascarse los bolsillos para que tu señora se presente como Dios manda; para que no eche de menos la casa de su padre; para que no diga algun dia tocando el borde de la desesperacion:--*¿Por qué me casaria yo con este hombre?*

Y si tú no vendes tus propiedades para costear eso, tiembla, Anatolio: mira que habrá quien las venda para sustituirte; mira que llenas están las historias de casos peregrinos como el que ya presumes; mira que las mujeres no pueden pasar hoy

sín ciertas cosas; mira que un médico amigo mio, á quien su diligencia y mérito ha puesto al frente de cierta asociacion para corregir ciertos abusos femeniles, me ha asegurado que el noventa por ciento de las damas que caminan sin brújula, andan á todos vientos por su pasion al lujo; mira que los desastres domésticos de que tú y yo solemos tener noticia en el café Suizo, reconocen una causa semejante; mira, en fin, que *el hombre es fuego, la mujer estopa; llega el diablo y sopla.*

Pero veo que te va impacientando la lectura de esta carta, y quisieras tenerme delante para decirme:--¿Qué es esto? ¿á donde vamos á parar? Si me estoy soltero me pierdo: si me caso me arruino: ¿qué es, pues, lo que debo hacer? ¿has descubierto algun estado medio, es decir, una especie de union liberal que allane los obstáculos de ambos partidos?

Antes de responder, voy á contarte un cuento.

Refiérese de un estudiante, mas pillito que devoto, que deseando poner en calzas prietas á cierto anciano cura, de bondadosísimo carácter, pero de talento muy escaso, pidióle confesion general por asunto grave, y se llegó á sus pies, afectando tremendas revelaciones.

--Acúsome, padre (dijo) que pienso ser sacerdote.

--Hijo mio, (exclamó el cura poco menos que asombrado) no sé por que tengas que acusarte de ello: antes bien es resolucion que te honra mucho, y que te aconsejo seguir.

--Pero es el caso (añadió el estudiante) que tengo dada palabra de casamiento á una muchacha de ojos negros, capaz de hacer perder la chaveta al mas pintado.

--Entonces, hijo mio, si tu vocacion no ha de ser sincera, te aconsejo que abandones la carrera eclesiástica y te cases.

--Pero es el caso, padre, que mi madre y mis hermanas no tienen mas amparo que yo; y si no me hago cura, perdemos una capellania que es todo nuestro patrimonio.

--¡Ah! Siendo esto así, no hay que dudar, hijo: olvídate de la muchacha y hazte clérigo.

--Pero padre, es que la muchacha vá para tísica, y dicen todos que si la abandono, se muere sin remedio.

--Pues entonces, hijo mio, no tienes que consultar á nadie: antes que cometer un asesinato, cástate.

--Pero padre, si mi pobrecita madre se muere de hambre por mi culpa, ¿no cometo tambien un asesinato?

--Sin duda alguna, hijo mio; y una madre es lo primero. No hablemos mas del asunto: hazte sacerdote.

--Pero padre, si además de lo que llevo dicho, media la circunstancia. . . .

--Hijo mio (interrumpió el pobre cura levantándose): súbete á la torre, y tírate de cabeza: no encuentro otra cosa que aconsejarte.»

Y eso mismo es lo que yo te debia aconsejar, Anatolio: puesto que te hallas en el caso que presumo, cierra los ojos y tírate por un balcon.--Pero como esto no has de hacerlo, óyeme todavía.

Hará cosa como de cincuenta años, que los hombres celebraron un gran bauquete para festejar la venida al mundo del siglo XIX; del siglo de los fósforos y del vapor; del siglo de los intereses materiales, de los adelantos de la industria, de la perfectibilidad física del género humano. Las mesas se pusieron en toda la extension de Europa, nadie dejó de recibir esquela de convite; todos los europeos tenian designado en aquel dia su atadero y su pesebre. Llegaron, pues; y como era debido, cada uno dejó el freno á la puerta. Comieron, bebieron, brindaron y se emborracharon. Hasta aquí, todo era natural y lógico, todo ordenado; pero llegada que fué la hora de marcharse, se armó la confusion que es de ene en toda concurrencia numerosa; y con el aturdimiento y el vinillo

tomó cada uno el freno que primero hubo á las manos, ni mas ni ménos que sucede en ciertas de nuestras tertulias con los gabanes. Desde entoncés, Anatolio, data la gran calamidad de que te lamentas, y que no sé á dónde ha de conducirnos.— Todos los europeos llevamos los frenos cambiados.—No creas que es otra cosa lo que pasa.

El que nació para vendedor ambulante, quiere ser tendero; el que nació para tendero, quiere ser comerciante; el que nació para comerciante, quiere ser banquero; el que nació para banquero, quiere ser principe: todos llevan los frenos trocados. ---El que sólo posee bienes de fortuna para andar tranquilamente á pié, compra caballo; el que puede gastar caballo, compra una berlina; el que puede usar berlina, ceba carretela; y el que sólo puede costear carretela, pone yeguada y disputa premios en las carreras de caballos: todos llevan los frenos trocados. ---El sastre que tiene buena parroquia y junta dinero y fama, no educa á su hijo para sastre, con lo cual le aseguraria fama y capitales mayores; sino que lo hace abogado para que hilvane pedimentos y remiende informes, gastando mientras la fortuna que le dejó su padre. El abogado de gran celebridad y clientela, no piensa en dejar á su hijo por heredero del bufete, para que aun cuando otra cosa no sea, le conserve, con la modestia de su posicion, el fruto de sus afanes: lo hace diplomático, y puede morir seguro de que si en las córtes extranjeras no se burlan del chico, se reirán con su dinero entre los bastidores de un teatro. Tu padre, en fin, que éra excelente y rico labrador se desdenó de hacerte vinatero, con lo cual la industria vinícola de tu país hubiera ganado mucho: en cambio te hizo abonado del Teatro Real, cortejador de damas en la Fuente Castellana, y todo lo que de ordinario suele hacerse hoy con los hijos de casas ricas. Y por último, el consejero con cuya hija piensas casarte, en vez de

hacer de la muchacha una admirable madre de familias, la ha hecho una mala duquesa.--Todos llevais, pues, los frenos trocados.--O ponte tu freno, y hazle á tu novia que se ponga el suyo, ó así que os caseis, subíos á la torre y echaos de cabeza: no tengo otro consejo que daros.

Concluyo, por ahora, mi querido Anatolio esta correspondencia, con un axioma filosófico-moral que entrego á la consideracion de los reformadores modernos, y es el siguiente:--La sociedad del stglo XIX. seria la mejor de las sociedades históricas si no estirara la pierna mas allá de donde alcanza la sábana.



CARTA SIN NÚMERO

AL SEÑOR CASTRO Y SERRANO

LA SEÑORA DE LOPEZ. ¹



SEÑOR DIRECTOR DE LA AMERICA.

Amigo y señor mio: trato, aunque con poca intimidad, una señora á quien siempre he tenido por de mucho talento. por mas que nunca la haya visto ~~hacer~~ alarde de él; y esa señora, que lee la parte mas amena de su excelente *Revista* y ha hallado mi nombre entre sus colaboradores, acaba de dirigirse á mi, por conducto de su esposo, con la pretension de que refute las CARTAS TRASCENDENTALES que ha publicado el Sr. Castro y Serrano con aplauso de cuantos las han leído, en la *América*, donde vieron por primera vez la luz, ó en otros periódicos.

¹ Apenas se publicaron en *La América* las cartas que preceden, cuando el director de esta *Revista* recibió las dos que se intercalan aquí, suscrita la primera por el popular autor de *El Libro de los Cantares*, y firmada la segunda por *La señora de Lopez*.—Publicalas ambas el autor de éste libro, á pesar de los piropos que se le echan en la primera, porque los cree bastante compensados con los insultos de la segunda; y porque así es necesario para la mejor inteligencia de la que viene detrás.

cos que se han apresurado á reproducirlas, persuadidos de su inmensa *trascendencia*.

La buena señora á que me refiero no ha tenido presente, al dirigirse á mi con tal pretension, que el autor de las CARTAS trascendentales es uno de mis mas antiguos, leales y queridos amigos, y que si yo soy capaz de escribir *cuatro cuentos de color de rosa* ó *cuatro cantares*, donde el sentimiento ha suplido la falta de inteligencia, no lo soy de dilucidar las árduas cuestiones económico-sociales que tan magistralmente ha trazado el Sr. Castro en las susodichas cartas, que indudablemente bastan por si solas, para acreditarle de profundo pensador, de observador inteligentísimo, y de uno de nuestros primeros hablistas. Pero, ¿qué le parece á usted que debo hacer yo, obligado á optar entre desairar á una señora á quien respeto, ó lidiar con un amigo á quien quiero mucho, seguro de que he de quedar vencido en el combate por falta de fé y por falta de inteligencia? Digo por falta de fé, porque yo, que tengo experiencia de la vida de casado, creo que las CARTAS TRASCENDENTALES se resienten algo de la naturaleza de su autor, que no por ser el audakiz menos andaluz que conozco, deja de ser andaluz. Lo que debo hacer, por mas que esta conducta sea un poco egoista, es decir, *tio, yo no he sido*, y dejar que mi amiga y mi amigo se descrismen solos, literalmente se entiende.

Algo violenta, algo apasionada y hasta algo injusta es la carta en que la señora de Lopez me incluye las armas con que en nombre de su sexo he de lidiar; pero aun asi, me parece que lo mejor es lo que hago: remitir á usted la carta en cuestion para que la publique, sustituyendo el nombre que traia al pié, con la calificacion de *La señora de Lopez*, que equivale al anónimo, pues siempre habrá en Madrid trescientos Lopez que tengau señora.

Digo que la carta es algo violenta, algo apasionada y hasta

algo injusta, porque el autor del precioso libro *El amor maternal*, que con dolor de los que le conocemos permanece inédito, tiene en mi concepto grandes títulos á la gratitud, á la consideracion y á la indulgencia de las madres, y aun del bello sexo en general.

Por lo que hace al desaliño y la sencillez con que la carta está redactada, no dudo que encontrará indulgencia en el público, porque su autora estaba, al escribirla, muy distante de pensar que habia de imprimirse.

Con este motivo B. á V. L. M. su amigo y servidor,

ANTONIO DE TRUEBA.

La carta á que aludo dice así:

Sr. D. Antonio de Trueba.--Muy señor mio y amigo: aunque Lopez le dirá á usted mas por menor la gracia que solicito de usted, tanto yo como Mariquita y Dolores y todas las otras señoras que sabe usted vienen á casa, quisiéramos que como cosa puramente suya, escribiese usted un artículo contra las infamias que ha escrito el Sr. Castro Serrano en unas CARTAS TRASCENDENTALES que hemos leído en *La América*, y que para mayor picardia han copiado otros periódicos.

Siento muchísimo que usted no hubiese estado en la tertulia de casa la noche que leímos las tales cartas, para que hubiese oído las cosas que á todos se nos ocurrieron, contra lo que el Sr. Castro dice de las mujeres y aun de los hombres; que si hubiera estado usted, fácil le seria escribir un artículo que ni todos los abogados del mundo le pudieran desmentir.

Aunque yo entiendo poco de escrituras, con lo que á todos se nos ocurrió aquella noche y á mí me ocurre, voy á decirle á usted como Dios me dé á entender, lo que se le puede contes-

tar al Sr. de Castro, aunque usted no necesita Pájaros-pintos como aquel conde de la *Redoma encantada*; que si no tengo talento, tengo hijos y marido á quienes quiero mucho, y si una no sabe cómo se escriben artículos, sabe cómo se gobiernan las casas y lo que pasa en ellas.

Con los consejos que el Sr. de Castro le dá, aviado está como hay Dios, el pobre Anatolio ó como se llame!--Pregúntele usted á Lopez lo que hizo cuando le dejaron cesante, y dígaselo usted al Sr. de Castro y á su amigo en el artículo que escriba, para que sepan hacer milagros. Teníamos veinte mil reales de sueldo; y Lopez cuando le quitaron el destino, vino á casa muy apurado diciendo cómo nos habíamos de componer con diez mil que era todo lo mas que él podría agenciar hasta que cayeran aquellos ministros y volviesen á colocarle.--Hijo mio, le contesté yo, no te apures por eso, que se compuso lo de Caparrotta y tambien se compondrá lo nuestro.--Yá! me replicó, lo de Caparrotta se compuso ahorcándolo á las once, y como nosotros no encontremos otro medio mas sencillo de componeruos, frescos estamos!--Caramba, dije yo, que os ahogais en poca agua! Tengo un medio sencillo de salir de apuros y es gastar con arreglo á diez mil reales de sueldo, en lugar de gastar con arreglo á veinte mil. Así lo hizimos, tan contentos vivimos mientras Lopez estuvo cesante como ahora que está empleado.--Averigüe usted sino cuál tiene mas apuros, la familia que vive con diez mil reales ó la que vive con veinte mil y verá usted que allá se andan en eso, si cada una se arreglara á lo que tiene. Si Anatolio vivia hace quince años como potentado con veinte mil reales de renta y hoy con treinta y cinco mil vive como un pordiosero, será porque no sabe lo que se pesca ó porque dá con consejeros como el Sr. de Castro. Si en lugar de aconsejarle el Sr. de Castro que se tire de cabeza por la torre, le aconsejara que para atender á las nuevas necesidades

quite de las antiguas, es decir, que para atender á las propinas y los coches de plaza, suprima un principio y del cuarto principal se suba al tercero, veria como hoy vivia sin mas apuros que hace quince años.

¿No le parece á usted que es una cosa muy fácil poner faltas á todo y encontrarlo todo malo, y cuando una dice, pue. dígame usted como lo he de hacer mejor, contestar, como hace el Sr. de Castro, ¿«súbase usted á la torre y tírese de cabeza?» Pues á mi me parece que el que pone faltas debe poner tambien remedios.--Que es una necesidad sostener mesa de estado! Suponiendo que eso sea cierto, el mal no estan grande como el Sr. de Castro supone, á no ser que el que convida á sus amigos sea tonto. Si no es tonto, convidando á muchos amigos á comer en su casa irá á comer á casa de muchos amigos. Si es tonto y nova, él se tiene la culpa.

Todo esto va con las familias en general y no es lo mas desatinado que dice el señor de Castro. Donde está la infamia es en lo que dice de nosotras las mujeres; que si se le creyera por su buena cara, era cosa de hacernos á todas la cruz como al diablo.

Sí señor, es una infamia y una calumnia suponer que las casadas nos vendemos si nuestro marido no nos costea el lujo. Las que se venden con mas frecuencia por eso, son las solteras; que si tienen novio necesitan ir bien para conservarle, y si no le tienen necesitan ir bien para encontrarle. Por eso es tambien mas cara la vida de los solteros.

Las mujeres casadas que somos como Dios manda no necesitamos lujo: porque no necesitamos buscar quien nos quiera, y para conservar al que nos quiere si no nos bastáramos nosotras, ni lo jurado ante el altar, bastarian nuestros hijos. Hasta para los hombres peore. . mas puede una mujer diciendo

soy la madre de tus hijos, que poniéndose un vestido de cien duros.

Estoy segura de que el Sr. Castro que murmura del lujo le gustan las mujeres lujosas. Esto le pasa á casi todos los predicadores del dia. ¿A qué debe atenderse una, al sermón ó á los gustos del predicador? Ustedes los hombres que mas murmuran de nosotras, no saben á qué atenderse. ¿Qué extraño es que nos vuelva tarumba y en el afán de acertar á complacerlos á ustedes incurramos en el desarreglo y la extravagancia? A las que lo ignoran todo, les llaman ustedes *bestias*; á las que aprenden algo, les llaman *sábias*; á las que se educan brillantemente, las llaman *hombrunas*; á las que son espléndidas, *despilfarradas*, y á las que son ahorrativas, *miserables*. ¿Cómo quieren ustedes que nos eduquemos y nos portemos para que seamos respetadas y queridas y no vilipendiadas? Ni ustedes mismos lo saben. ¡Parece meñtira, Dios mio! Y que no lo sepan ni mi marido ni otros que no se meten en honduras, pase; pero el Sr. de Castro y los que como él se meten á catedráticos *Reparos*, deben saberlo, so pena de que una pueda llamarles botarates.

Yo no sé si el que ha escrito las **CARTAS TRASCENDENTALES** es soltero ó casado, y si es soltero, no quiero hacerle el agravio de suponer que ande en malos pasos; pero sí digo que apenas hay solteros porque la mayoría de los hombres tienen mujer, aunque no lo parezca. El mayor gasto de los solteros es el que hacen con una mujer ó dos, ó con más, si no directa al menos indirectamente, si no es dándoles dinero, dándoles cosa que lo vale y por eso digo que apenas hay solteros. Si soltero el hombre se arruina por una mujer, y casado ha de

arruinarse por la suya, ruina por ruina debe preferir la legal, la justa, la santa, la que Dios manda; aquella ruina sobre la cual aparezcan los ángeles á quienes ante Dios y el mundo con la frente y la voz muy altas y el corazón palpitando de alegría y de orgullo y de amor, pueda darles el dulce nombre de hijos.

Lo que es una infamia y una iniquidad es aquello de «nada, nada, hay que rascarse los bolsillos para que tu señora se presente como Dios manda, para que no eche de menos la casa de sus padres, para que no diga algún día tocando el borde de la desesperación: *¿por qué me casaría yo con este hombre?* » La mujer que dice esto no es mujer, que es una excepción de las mujeres, y por consiguiente hace muy mal el que lo ha escrito en dar á entender que todas en general somos capaces de tal exclamación, si nuestro marido no satisface nuestros caprichos.

Pregúntele usted á Lopez cuantas veces ha visto ni ha oído en mí nada de lo que dice el Sr. de Castro, y eso que si yo no me tengo por mala, tampoco me tengo por muy buena.

En resumidas cuentas, Sr. D. Antonio, lo que debe usted probar en el artículo que le digo, si es usted tan amable que quiera complacernos á todas las amigas y á mí, es. que el que hace quince años estaba muy bien con veinte mil reales y ahora está muy mal con treinta y cinco mil, lo está porque no sabe de la misala media; que la vida de los solteros es menos honrada y *mas cara* que la de los casados, y que la calificación de las mujeres se debe hacer de este modo: el ochenta por ciento, *buenas* por naturaleza y convicción; el quince por ciento, *malas* porque los hombres las han hecho, y el cinco por ciento *rematadas*, porque así las parió su madre.

Si el Sr. de Castro quiere tirarse de la torre, que suba y

¡cataplum! pero que deje á los demas conformarse con esta vida tal como Dios la ha hecho.

Perdóneme usted la libertad que me he tomado, y mande á su servidora y amiga ~~ATRAUO ATRAO~~

~~—~~ s. m. b.

LA SEÑORA DE LÓPEZ.

CARTA CUARTA.



A LA SEÑORA DE LOPEZ.

Enemiga y señora mia: principio dándole á usted las gracias porque se ha dignado dirigirse á mí, aunque sea con ánimo de confundirme; pues así como los antiguos realistas decían de sus monarcas, *que hasta cuando ofendían honraban*, así los galanteadores modernos decimos de las señoras, *que hasta cuando hieron acarician*.

Dóime, pues, por acariciado (en el sentido honesto de la palabra) con la epístola que á modo de aguijon ha remitido usted á mi antiguo y queridísimo amigo Antonio de Trueba, para que él me indilgue una fraterna literario-social, en contra de las CARTAS TRASCENDENTALES que el imprudente Anatolio tuvo el mal acuerdo de dar á la estampa de los periódicos de Madrid. --Pero ¿á quién ha ido usted á dirigirse, señora mia?-- Nada menos que á un poeta, mi compadre, con quien me ligan desde la niñez indisolubles lazos de cariño, y hoy hasta de parentesco: el cual, léjos de participar del corajillo que á usted domina al escribirle, aprovecha la ocasion para echarme cuatro piropos, tales, que me habrian hecho ruborizar, si el rubor subiera las mejillas cuando uno es piropcado por personas á quienes de-

be tan acendrada y fraternal estimacion?-- ¿No es cierto, señora, que los muchachos de Lopez no se ponen encarnados cuando usted les llama hermosos?

Y vea usted por donde he venido sin querer á llamarle *madre*, que es el epíteto más fuerte que tengo que dirigirla en contestacion á su carta.--¿Me he metido yo acaso con las madres de familias? ¿He hablado yo en mi correspondencia con Anatolio de nada que se roce, con la santidad del hogar doméstico, de ese hogar nacido en la aldea, cultivado en la provincia, degenerado algun tanto en la gran capital, y casi abolido por imposible en la córte? ¿Me consultaba Anatolio sobre la vida oscura y laboriosa de la clase media, ó sobre las costumbres del mundo elegante de que usted, señora mia, está léjos, como cerca se hallan sus hijos y sus hijas á quienes se incita diariamente con el ejemplo?-- Cuando he hablado de lujo, ¿he podido acaso aludir jamás á usted?

Bien sè que el dia en que Lopez se quedára cesante, entraria en su casa medio ahogado de pena y sin poder balbucear la terrible noticia; mientras que usted, colgándose á sus hombros y enjugando sus lágrimas, le alentaria á arrostrar con ánimo sereno los peligros de la escasez, asegurándole que una prudente economia iba á nivelar sin trabajo los gastos con los ingresos, de forma que los hijos no advirtieran el imponente *déficit*. Bien sospecho que Lopez dió aquel dia gracias á la Providencia, de todo corazon, por haberle deparado tan dulce y cariñosa mujer; y que en este momento creyó compensadas todas las amarguras del matrimonio, ó por mejor decir, se abrió á su vista una nueva senda de felicidad en la union santificada en los altares. Y comprendo asimismo cómo usted principiò á echar planes económicos, con mas talento que un Gladstone ó un Salaverría, por término de los cuales se verificò el milagro de que ni los de la casa ni los de fuera advirtiesen la semi-ruina, y usted sola llevara

la *procesion por dentro* como suele decirse!— Pues ¿no he de saber no he de sospechar, no he de comprender esas cosas, si yo tambien soy hijo de una madre que convierte las pesetas en duros, á pesar de que ignora la mágica negra, y ha criado y educado una caterva de muchachos, con menos renta de la que cobra el cazador del coche de una bailarina de moda?

Desengáñese usted, señora de Lopez, que no es una *madre de familia* la que ha debido dirigirse á mí para impugnar las opiniones que no yo, sino el mundo moderno sustenta. Yo si pruebas necesitase de la verdad que he dicho, me las daría su carta de usted y el silencio de las damas y galanes á quienes he fotografiado, y que confundidos, no se atreven á chistar. ¿Por qué no reclaman ellos?—usted ignora probablemente que Mr. Michelet escribió hace poco en Francia un ruidoso libro sobre *El Amor*, en que daba diversas zurras al bello sexo; y que pesar de la inmensa talla de pensador y filósofo que distingue al firmante del libro citado, sobre el humilde troncha-plumas que borrajca estos renglones, le han armado tal gresca las señoras francesas, y sobre todas, cierta comunicante anónima de los Bajos Pirineos, que no hay por donde agarrarle. —Calcule usted; cómo se meterian conmigo las españolas, si pudieran!

Pero esto no es decir que yo desdeñe sus argumentos de usted, ni que vaya á dejarlos sin respuesta. Al contrario, su apreciable epístola me proporciona la ocasion de dar remate cumplido á mis anteriores cartas, cuando no otro deber mas sagrado, este justificaria la presente.--Repítote á usted, pues, mi agradecimiento.

Principia usted, señora, por decir que es muy fácil poner faltas á todo, pero mucho más difícil indicar el remedio. Tiene V razon sobrada; y este achaque de que usted me moteja, es cabalmente el cáncer de la época actual. Háse extendido y se arraigará más cada dia la costumbre de desmoronar lo que mal ó bien

mantiene derecho, sin que nadie se tome el trabajo de poner puntales á lo que se derriba, ni de hacer presupuestos de reedificacion.

Apenas apunta el bozo en la mandíbula de un muchacho aplicado; apenas habla sin tropezarse, y escribe de corrido, cuando ya se lanza á periódicos y academias tronando contra todo lo que vé, contra todo lo que oye, y contra todo lo que existe, (para lo cual hay siempre datos de sobra: porque en todo lo que existe, en todo lo que se oye y en todo lo que se vé, abundan los defectos); y ese muchacho adquiere popularidad, prestigio y hasta renombre, cuando bien mirado no es otra cosa que un albañil científico, literario, político ó social; es decir, un peon de palanqueta, que tan distante se hálle del arquitecto ó ingeniero, como usted, señora de Lopez, de cantar misa.---Y en esto quizá consiste ese cambio radical de opiniones que se verifica frecuentemente en nuestros dias, achacado hasta ahora á corrupcion ó inmoralidad, cuando en mi juicio deberia achacarse á falta de madurez y entendimiento, pues si á los veinte años se dicen ciertas cosas, porque nose piensa mas que en destruir, llegados que son los treinta, y con ellos la edad de edificar, se encuentra uno con que pensó y dijo una porcion de tonterías.

Por eso creo yo urgente que por el *Ministerio de asuntos morales* (ministerio no creado todavia, pero que hace muchísima falta) se publique un decreto que diga así:

«Queda prohibido en la tribuna y en la prensa denunciar un defecto, sin añadir á continuacion la manera de remediarlo.»

Y ¡ay! señora mia, si este decreto se publicase, ¡qué de reputaciones vendrian al suelo! qué de sábios enseñarian la calabaza, qué de publicistas y oradores se tendrian que echar á memorialistas de portal!

No espere usted que yo voluntariamente me declare albañil, cuando tengo la presuncion de ser, si no arquitecto, al menos un regular alarife ó mediano maestro de obras; y allá va la prueba.

¡Que la pasion del lujo nos devora!

Esto no se ha atrevido usted á negarlo, porque lo conoce lo mismo que todo el mundo.

Y ¿qué remedio?

Ciertamente que las cosas que se introducen poco á poco no se pueden desterrar en un solo dia; pero asi muchas otras pasiones pudieran tener un correctivo tan eficaz, como puede tenerlo el lujo!--El lujo (y recuerde usted que lujo es lo vano y ostentoso, no lo agradable y útil) el lujo viene siempre de arriba abajo, nunca de abajo arriba; y asi como los defectos que de las últimas clases de la sociedad suben hasta las mas elevadas, son muy dificiles de corregir,---asi los que de estas se contaminan á aquellas, hallan bien pronto su moderador en la moderacion respectiva del grupo social que los produce.---Pero ¿quién contiene á las clases elevadas (me dirá usted) cuya independencia estriba en lo mas incontrastable que se conoce, en los bienes de fortuna?

Esta pregunta solo puede hacerla el que ignore que la única clase fácil de gobernar, es la clase elevada. No hay que dictarle á ella órdenes, ni decretos: basta con que el monarca, su jefe inmediato, proclame y practique una idea, para que al punto la adopten todos por espíritu de imitacion y por gala de vasallaje. ---Luis XV de Francia eleva su córte al mas alto grado de ostentacion, y bien pronto la sociedad francesa camina á su ruina por el lujo. Casi al mismo tiempo Carlos III de España sustituye los brillantes y perlas de la corona por los accros y azabaches, y la sociedad española hace gala de una modestia que casi se parece á la mezquindad.---Luis Felipe I, en diez y ocho

años de reinado, morigera las costumbres de su corte. Napoleón III, en nueve de imperio, triplica el valor de la vida de París.—Ni una palabra mas sobre este asunto.

Pero antes de pasar á otro, permítame usted, señora, que proteste, aunque con el respeto debido, contra una falsa interpretacion que usted en su loable acaloramiento ha dado á ciertas palabras mías.---Sería verdaderamente una *infamia* y una *calumnia* suponer que las mujeres casadas se venden, si su marido no les costea el lujo---Libreme Dios de pensar ni haber dicho despropósito semejante. Merecería, si tal cupiera en mi imaginacion, ser citado por injuria y calumnia ante los tribunales. Lo que yo he dicho y podido decir, es lo que hasta la ley ha previsto: que el crimen está mas cerca de la miseria que de la abundancia. Y ¿sería esto, acaso, llorar á los pobres?--Continúo.

Uno de los problemas que usted tiene por mas importantes, y con harto fundamento, es el que se refiere á la educacion de la mujer.--«¿Cómo hemos de componernos? (exclama usted en un momento de amarga perplejidad). A las que lo ignoran todo, las llaman ustedes unas *bestias*; á las que aprenden algo, las llaman *sábias*; á las que se educan brillantemente, *hombru-nas*....¿Cómo quieren ustedes que nos eduquemos para que seamos respetadas y queridas, y no vilipendiadas?»---

Tiene usted razon, señora, en pensar que los hombres somos un poco demasiado exigentes para con el sexo, á quien ya genéricamente llamamos *bello*, como para descartar de él la parte que nos guste. Son tales las tildes, puntos y comas de que queremos adornar á la mujer, que mas que mujer parece que deseamos un *cronómetro* de carne y hueso. Si se adelanta, nos parece mal; si se atrasa, peor; si anda siempre, nos alarmamos; si se pára, nos aburrimos; y ha llegado tal punto la exageracion de algunos, que cierto escritor de mucho talento

opina, que la mujer pierde su virtud desde el instante en que oyendo sonar la campanilla de su casa, se mira al espejo para arreglarse los bucles.

Pero entre las exageraciones hay siempre un justo medio: y si hablando pedimos mucho, esto no obsta para que cuando llega el caso de recibir, nos contentemos con lo posible y razonable.--Que ¿cómo debe educarse la mujer?

Pregunta es esta á la cual no sé que haya contestado nadie terminantemente, ni juzgo fácil una categórica contestacion.--Formar un plan de estudios para la mujer; ajustar á una pauta uniforme la educacion femenina, eria tan absurdo como lo que se hace hoy, esto es, dejarla abandonada al acaso, todo lo mas al capricho de la persona que paga el colegio.--Sin embargo, lo que, como usted va viendo, me atrevo á todo, me atreveria á encerrar en una fórmula concreta el pensamiento genérico de esa educacion. Héla aquí:

¿Cómo debe educarse á las mujeres?

A CADA UNA SEGUN SUS MEDIOS.

Antes de explicar esta idea, le referiré usted un hecho histórico

Napoleón I, cuyo entusiasmo por la gloria rayaba en delirio, no contento con premiar en vida á los representantes de la gloria de Francia, instituyó un colegio destinado exclusivamente á educar por cuenta del Estado á las huérfanas de los condecorados con su *Legion de honor*. Este colegio de que usted habrá oido hablar probablemente, se llama *Saint Denis*. Decir á usted las rentas de que le dotó, las preeminencias que le concedió, y el lujo que acompañó á todas las particularidades de este establecimiento, seria inútil habiendo dicho ya que era obra del que edificó el *Panteon* y la *Magdalena*.

Más de medio siglo despues, Napoleón III, su sobrino, estableció en París no uno, sino muchos colegios para educar

tambien por cuenta del Estado, á las huérfanas de los trabajadores. Estas escuelas llamadas *arrondissement*, si la memoria no me es infiel, están dotadas con modesta abundancia: se da en ellas de comer y de vestir, se educa física y moralmente á las jóvenes, segun el código familiar, y se las enseña un oficio.

Ahora bien ¿quiere usted que le diga una cosa triste y otra alegre?-- De San Dionisio han salido multitud de *Loretas*: de las escuelas de barrio sale multitud de madres de familias.-- Y ¿es acaso, porque la educacion moral de San Dionisio sea imperfecta? Nada de eso.-- ¿Es porque se ha bastardeado el pensamiento del fundador? Tampoco.— ¿Qué és, pues, lo que sucede? ¿dónde está el misterio?

En San Dionisio se hace á las mujeres duquesas, y al salir del colegio no se les ha educado.--En las escuelas de barrio se enseña á las niñas á ser pobres, y cuando salen de ellas se encuentran sabiendo serlo.

—Hé ahí todo el secreto de la educacion.

Nuestros padres de ahora al pensar en sus hijos, se hacen esta pregunta: - « ¿Cuánto podré yo gastar en la educacion de la muchacha? »-- En vez de hacerse esta otra: --«¿Cuánto podrá gastar la muchacha despues que yo la eduque? »--El primer sistema, conduce generalmente á la ruina el segundo, puede conducir á la felicidad. Pero como los hombres para justificar todos sus errores inventan una bonita frase, han inventado para justificar este de que me ocupo, la que Anatolio oyó de boca de su suegro el dia en que fué á pedir la novia:--«Mi hija no lleva nada; pero he procurado darle una brillante educacion, que vale mas que todos los tesoros.»---¡Error! ¡error! Si la niña no tiene nada, debe llevar la educacion brillante de las que no tienen nada; educacion por cierto muy diversa de la educacion brillante que conviene á las niñas que tienen algo ó que tienen mucho.--Una duquesa educada brillantemente en la

Escuela de barrio, será una duquesa deplorable: una huérfana pobre educada brillantemente en San Dionisio, será. . . . lo que al diablo le dé la gana.

¿Se va usted enterando, señora Lopez? ¿Necesitaré insistir mas sobre este punto para probarle á usted que la educacion moderna del bello sexo está por lo comun muy mal entendida, y que no es tan imposible el coordinar las cosas de modo que las mujeres sean respetadas y queridas, en vez de vilipendiadas?

Usted misma es un ejemplo, señora. Su padre de usted la educó provisoriamente para diez mil reales. Tuvo Lopez veinte mil, y vivieron ustedes tan en grande. ¡Pero le quitaron el empleo, y bajó de nuevo á los cuarenta duros! . . . usted ya sabe lo demas.

Voy á pasar en claro algunos argumentos, de los llamados *ad hominem*, que usted desliza en su carta, por miedo de que al correr de la pluma se me deslicen á mi algunos otros *ad mulierem*, de lo cual tuviera siempre que arrepentirme.--Porque verdaderamente, ¿qué gracia tendria que yo, aceptando la argumentacion de usted y penetrando en lo sagrado de sus intenciones, dijese por ejemplo:--«Señora Lopez: usted sienta el principio, sin conocerme, de que el sermon dice una cosa y el predicador hace otra: yo con el mismo derecho supongo esas cualidades en usted: es asi que usted asegura que jamás le pide á Lopez lujo ni trajes, luego usted, señora mia, se despepita por los trajes y por el lujo!--¿Qué le parece á usted esta argumentacion?

Ademas, yo he tenido la franqueza de declarar en mi última carta que me gustan mucho las mujeres, (excepto usted señora Lopez que es casada) y que me gustan tanto mas, cuanto con mayor adorno y coqueteria se me presentan; hasta el punto, añado ahora, de que entre una hermosa mal compuesta y

una, fea' prendida con elegancia, estoy completamente por la fea. ¿Se puede ser mas franco?

Pero ¡ay, si las mujeres supieran que lejos de ser esto una extravagancia mia, la mayor parte de los hombres piensan del mismo modo! Unos tienen el valor de confesarlo, arrostrando la impopularidad de la idea; otros, y son los' mas, me llevan hipócritamente la contraria, pero en llegando la hora de obrar, se escapan por la tangente como yo.--Y ¿por qué esta predileccion hácia el adorno femenino?

Preciso será declararlo, señora, puesto que usted me obliga á ello.---Las mujeres (excepto sin duda usted) tienen una porcion de defectos físicos insoportables. Las Venus de Milo y de Médicis, no son la regla, sino la excepcion del sexo. Si me fuera permitido hablar con usted á solas (sin excitar los celos de su Lopez) á la cuarta razon, se daba usted por vencida. Omitamos, pues, pormenores.

Ahora bien : constituido el mundo como lo está, nosotros tenemos la eleccion, ustedes la pasion; nosotros escojemos, ustedes se exponen : y ¿ qué raro, si el primer impresionado ha de ser el sentido de la vista, que nos agrada más lo bonito que lo feo, lo escojido que lo vulgar, lo bien matizado que lo monótono, lo graciosamente disimulado que lo naturalmente descubier'o? —Y no es eso solo. Suponiendo que ustedes carezcan de defectos físicos, y que esto sea tambien una calumnia mia, el mundo les ha ordenado vestirse, es decir, cubrir la perfeccion, ocultar la hermosura. --La cara es el espejo del alma (dicen todos) el traje es el espejo de las costumbres (digo yo) y preséntenme ustedes (añado) una mujer vestida como á ella se le ocurra, y yo diré sin peligro de equivocarme, cómo tiene su casa, cómo tiene sus hijos, cómo está el ropero de su Lopez, y hasta cómo están los cacharros de la cocina! --Si pues todo eso es cierto, ¿á que espantarse de que

desdeñe yo, de que desdeñemos muchos, una mujer hermosa mal adornada, y nos vayamos detrás de una fea compuesta con pulcritud y esmero?

«Pero, señor niño, (dirá alguno): eso es predicar el materialismo!»--Precisamente aguardaba yo ese argumento, para echar encima del que lo hiciera, el peso máximo de mi razon.

Prescindiendo de que lo material y lo espiritual no está bien deslindado todavía, y de que son materiales muchas cosas de las que se achacan al alma, y espirituales muchas otras de las que se refieren al cuerpo; prescindiendo de esto, que no es poco prescindir, aun en el caso presente no hay nada que pueda tacharse de materialismo.--Pues qué, ¿se visten por ventura, las mujeres á su capricho propio? ¿es invención humana el elemento de belleza que debe acompañar al traje?--Nada de eso, señoría mía (digo yo á mi vez): la coqueteria de la forma, la elección de las tintas, la superposición de las telas, el ensombrecimiento y matiz de los colores, todo eso está tomado de las flores y de las aves, de esas divinas creaciones que para encanto de los sentidos regaló al hombre con tanta profusión, variedad y capricho la naturaleza. La naturaleza dá la norma de esos adornos: la naturaleza vistió de finisimas telas y de preciosos colores todo lo que quiso que fuera bello; y si la mujer es bella como dicen, y si es el encanto del hombre, y si es la mitad privilegiada de la humana especie, y si ha de estar vestida, necesario es que se vista como los pájaros.

¿Lo ve usted, señora Lopez, como sin ser un materialista, ni un libertino, ni siquiera un *botarate*, se puede gustar del adorno de la mujer, y predicar la compostura como una virtud, y hasta la coqueteria como un precepto caprichoso de la naturaleza? ¿Y ve, usted también, cómo sin dejar de ser *una mujer como Dios manda*, y sin abandonar sus hábitos de buena hija, buena esposa, y buena madre, puede usted pensar en ir bien

vestida, y muy limpia, y muy coqueta, imitando por ejemplo, á las palomas que á pesar de su traje planchado, y de su adorno de cabeza, y de su collar de colores, y de sus botitas de tafíete, salen por la mañana á buscar el pan de sus hijos, y se recuestan por la tarde sobre los huevos para dar aliento y vida á sus pichones? ¿Ve usted, por último, como puede haber armonia, y la hay en efecto, entre el sermón y los gustos del predicador?

Porque me parece que no necesitaré probar aquí que nada tiene que ver el lujo con la compostura; y que un trajecito de algodón, y unas cintas de tafetan, y unos adornos de tul liso, y media docena de flores frescas, pueden componer muy agradablemente á una muchacha; que si ella ha lísado sus cabellos, y ha blanqueado su piel (con agua clara se entiende) y corta y une con primor esos trapos, y los borda y los matiza y se los coloca, el diablo me lleve, iba á decir, sino corro yo en verano y á las tres de la tarde desde la Puerta del Sol á la de Hierro, por verle la cara.

Compónganse las mujeres todo lo mas que puedan; pero dejen el lujo para las que lo deben gastar: aprendan á distinguir lo bueno y lo bonito, lo caro y lo agradable; que no es lo que mas gusta lo que mas cuesta, ni tampoco á todas las edades ni á todas las posiciones les conviene el mismo tocado: sepan, por fin, que en el mundo de las criaturas como en el de los pájaros, tienen sus admiradores y fama propia, oropéndolas y golondrinas, canarios y pavos reales.

Voy ya á concluir esta tremenda carta. La ley concede para la contestacion dobles líneas de las del ataque, y yo creo que estoy fuera de la ley. Pero no concluiré sin decirle á usted que, aun cuando le perdono las malévolas insinuaciones de que he sido objeto por su parte (y eso que ignoro el contenido de las líneas que mis amigos de *La América* suprimieron) no

por eso me niego á darle explicacion de los puntos de esas líneas que la merecen.

Sí, señora de Lopez, yo soy soltero; pero pertenezco al número de los celibatos, no al de los cotorrones: estoy soltero, porque no me he casado *todavía*; y lejos de ser enemigo del matrimonio, lo creo por el contrario el mejor, el mas legítimo y hasta el mas cómodo de los estados: lo creo bueno bajo el punto de vista religioso, bajo el punto de vista social, y hasta bajo el punto de vista (Dios me perdone) del egoismo.--Lo que me ha sucedido hasta ahora, es lo que sucedía á cierto poeta con el trabajo; era *tímido para trabajar*: yo he sido *tímido para casarme*. Y esa timidez depende de que he visto por lo general en los tontos mucha prisa de hacerlo, y he dicho para mí. —«Puesto que los tontos se apresuran, cosa será discreta el retrasarlo.»--Estoy, pues, retrasado, pero como esos relojes que andan mal, que al fin dan la hora.

El día que la dé podrá *salirme* mal, pero de seguro no *habré ido* mal á darla.-- Usted dice que de cada cien mujeres las ochenta son buenas porque sí. También la *español'a infantería es valiente porque sí*, y sin embargo, la instruyen bien, la equipan bien, la arman bien y la dirigen bien, para que sepa ser *va-*hente.-- No basta que las mujeres sean buenas; es menester que sepan y puedan serlo.

Además, usted habrá reparado que cuando queremos tirar por la reja que da á la calle un hueso de cereza, damos por lo comun, en los hierros y el hueso vuelve á la sala. Esto debía ser absurdo, porque hay veinte pulgadas de hueco por cada una de espesor, y lo natural sería que el hueso se fuera á la calle; pues, no señora, lo frecuente es que se quede dentro.--- Por eso yo temo que al buscar entre cien mujeres la mia, no tope, si me precipito, con una de las ochenta buenas, sino que haga el diablo que tropiece con alguna de las *quince á quienes*

otros hombres hayan hecho malas, ó con una de las cinco que son rematadas porque su madre así las parió.---Hé ahí por qué no he tirado demasiado pronto el hueso por la ventana.

Lo que necesito yo para tirarlo, y lo que necesitan todos los que en mi caso se hallan, es tener una mujer que nos busque otra mujer. Si esto fuera posible, que lo dudo, la cuestion del matrimonio estaria favorablemente resuelta.---Los hombres vemos á las mujeres solo por fuera, mientras que ustedes las ven por dentro. Pero es tal la pasioncilla de la envidia, que lejos de encaminar á las otras hácia el punto de felicidad, como pudieran hacerlo, las dejan á la ventura sino las encaminan contra un poste.---Que cada mujer casada se proponga de buena fé casar bien á una soltera, y de cien matrimonios, los ochenta serán felices.---Déme usted á mi un hombre, y verá usted como lo caso perfectamente.

En fin, para muestra de mis disposiciones, voy á concluir esta carta dirigiendo á usted, señora de Lopez, la última quintilla de otra que un gran poeta amigo mio (que tanto se distingue por los versos que no hace, como por los muchos excelentes que ha hecho) con la última quintilla de una carta que el autor de *D. Francisco de Quevedo* dirigió á cierta amiga suya el dia despues de sus bodas:

Adios, niña encantadora,
que feliz os haga Dios;
yo me caso sin demora:
¿teneis hermanas, señora,
que se parezcan á vos?



CARTA PRIMERA,



SEGUNDO PROBLEMA:

¿Tenemos obligación los españoles de hacer algo en favor de nuestras mujeres?

Mi querido Anatolio: ¿creerás que de resultas de mis anteriores inocentes cartas á tí, ha habido multitud de personas que me tengan por enemigo de las mujeres? Creerás que ha habido madre que me diga—«señor mio, los casamientos estaban malos; pero con sus dichosas cartas de usted, no hay duda que se pondrán mejores!», y luego ha prohibido á sus hijas que me saluden?—¿Con qué ojos habrán leído esas gentes mis pobres cartas?

¡Enemigo yo de la mujer, cuando le he dedicado un libro entero (digo mal libro no, porque todavía no le han dado esa forma) cuando he dedicado artículos sin cuento, á cantar sus afecciones de madre!—¡Enemigo yo del matrimonio, cuando despues de casar á una porcion de gentes, ya no me falta más que casarme á mi!

Pero á bien que si alguna duda les queda de las excelen-

tés disposiciones que hácia el bello sexo me animan, estas mis nuevas cartas asegurarán mi reputacion en este punto; porque, Anatolio, voy á pedirte auxilio para que formemos una sociedad en favor de la mujer española.

No te figures, ante todo, que la sociedad de que te hablo pertenece al número de esas de *soco.r.ís mútuos* en que, á pretexto de socorrer á los demás, principian los fundadores por socorrerse á si mismos; ni que, filántropo de última moda, haya descubierto alguna ingeniosa combinacion para comerciar con las lágrimas ajenas . . . — y aquí se me viene al pico de la pluma la revelacion de un incidente que, para que te sirva de advertencia, no quiero dejar de referirte.

Háce pocos dias se presentó en mi casa un caballero de muy regular porte, solicitando hablarme sobre cierto asunto de interés. Recibíle con la atencion que puedes figurarte, y sentado que fué principió su discurso en estos términos :

—Yo soy (me dijo gravemente) fundador y secretario de una sociedad que cuenta ya gran número de suscritores, y que aspira á reunir muchos mas entre las personas cristianas y caritativas.

—Pretendo (me apresuré á decirle) verme completamente adornado de ambas virtudes.

—Ya lo sé (replicó con galante sonrisa) y por eso es esta una de las primeras casas á que acudo. La sociedad (añadió) exige muy cortos sacrificios en cambio de grandes ventajas. Dos, cuatro y seis reales al mes, son las cuotas en que se dividen las tres categorías de los asociados.

—Bien poco me parece (le dije) para que nadie dude en pertenecer á una asociacion que tiene por base el cristianismo, y por fórmula la caridad. Sepamos de qué se trata.

—Usted sabe muy bien (continuó con gran calma el fun-

dador-secretario) que el hombre es moroso por lo comun para ciertos asuntos, y á veces hasta casi criminalmente descuidado.

—Es muy cierto.

—A remediar muchos males que proceden de la apatía humana, es á lo que se dirige mi sociedad.

—¡Admirable pensamiento! (exclamé).

—Yo he hecho (prosiguió animándose) una ingeniosa combinacion por medio de la cual pobres y ricos se auxilian mutuamente con grandísimas ventajas. Suponga usted que el que da dos reales, tiene acompañamiento de amigos y caja propia; el que da cuatro, tiene esto mismo, cama imperial y veinticuatro blandones; y el que da seis, disfruta acompañamiento de amigos, caja propia, cama imperial, veinticuatro blandones, y nicho perpétuo . .

No le dejé concluir, Anatolio. Aquel hombre venia, como á que pagase por entregas mi sepultura.

No, no es la sociedad que te propongo una de esas sociedades en que á merced de ingeniosas combinaciones de supervivencia, se obliga al suscriptor á que esté constantemente deseando la muerte del mayor número de sus compañeros para aumentar sus ganancias; ni es siquiera como la de aquellos filántropos liberales que á pretexto de salvar gallegos, los compraban blancos en Galicia para venderlos por negros en América. Mi sociedad no es de especulacion, es de propaganda; no busca suscritores, busca adeptos. Pretendo solo *crear atmósfera*, como ahora se dice, en favor de nuestras pobres mujeres.

Para conseguirlo, necesito hacerme un poco socialista, pero no te asustes por ello. El socialismo es como cualquiera otra cosa, como una pistola, por ejemplo: cargada puede matar, vacía puede servir hasta para juguete de un niño.

Yo tengo comparado el socialismo con la higiene, y á nadie se le ha ocurrido que la higiene sea un disparate.—¿Has

¿Leído tú algún libro de higiene?—Léelo y te reirás mucho. Son tantas las cosas que te encarga, que concluirás por establecer que el hombre ha venido al mundo únicamente para cuidarse. Las veinticuatro horas del día alcanzan con trabajo para observar los preceptos de la higiene. Si la higiene fuera verdad, sería mentira el mundo.—Los higienistas, sin embargo, han hecho un gran servicio á la humanidad, y es encargarle tantas cosas, que el hombre no pueda menos de hacer algunas: ese algunas, es la práctica racional de la higiene.

Bajo este punto de vista, el socialismo no debe asustar á nadie. Lee un sistema socialista, y si tienes buen sentido, te reirás á carcajadas; pero considéralo como una amenaza perpetua á la salud del mundo; como un rebuscador de miserias humanas á todas las cuales aplica por receta su correspondiente remedio; como un expositor de dolores alarmantes, y no hay duda que su lectura te atraerá el convencimiento de que debe hacerse algo entre lo mucho imposible que encarga; ese algo es la práctica racional del socialismo.—Los socialistas, entre muchos males pasajeros, han producido un bien permanente: en fuerza de querer que se mire á todas partes, han hecho que se tije la vista en lo que no se habia mirado nunca.

Mí Socialismo, pues, no debe producir espanto, sino consuelo. Voy á desentrañar algunas miserias sociales, pero es para tener el gusto de indicar la manera de remediarlas. No voy á destruir, sino á allegar materiales de reedificación.

La mujer española, Anatolio del alma, está perdida. Con esto de haberla declarado *señora de nuestros pensamientos y reina de nuestro albedrío*, nos hemos olvidado de darla de comer.

Hubo un tiempo en que sin duda alguna la mujer española era señora y reina de nuestros padres: nacía y se educaba para ellos; crecía y se desarrollaba á la sombra del que mas tarde ó mas temprano iba á ser su marido; inmóvil en la provincia, eu

el pueblo, en la calle y tal vez en la casa donde habia visto la luz primera, tenia contado su destino, como contados iban siendo sus días; el hombre á quien estaba dedicada, quizá antes de nacer, era el niño con quien jugaba, el adolescente con quien sonreía, el galán de quien escuchaba los primeros requerimientos de amor, y por último, el padre de sus hijos. Feliz ó desgraciada la historia de su niñez; próspero ó adverso el resultado de los planes de su familia, la mujer española tenia solo dos caminos, pero los tenia; el claustro ó la coyunda; era monja ó era madre: ¿á qué necesitaba aprender oficio?

Porque en ese tiempo no habia telégrafos eléctricos, ni ferrocarriles, ni carreteras de primero, segundo y tercer orden, ni movimiento continuo de empleados, ni relevo incesante de guarniciones de tropa, ni grandes centros civilizadores, ni posibilidad de elevarse desde la humilde cuna á la posicion distinguida,—y por consiguiente, ni movilizacion, ni emigracion, ni alteracion perpétua de vida y de costumbres. El hombre como la mujer, estaba encerrado en un estrecho círculo: ó fraile ó marido. Si fraile, del convento de su pueblo: si marido de la hija de su vecino.—Tal era la razon social de los tiempos en que se peleaba solo *por mi Dios, por mi Rey y por mi Dama*.

Ahora, Anatolio, se pelea por muchas mas cosas. Ahora nadie vive en el punto en que ha nacido, nadie saluda á la muchacha con quien jugó, nadie se casa con la mujer que le prepararon, nadie sabe cuál es su destino, ni dónde estará su felicidad, ni en qué tierra hará alto, ni cuál será la familia que sustituya á la propia.—Siglo de embate, de movimiento, de lucha, el hombre corre desalado en pos de una dicha que tal vez sueña sin fundamento, pero que persigue sin cesar por todas partes.

La mujer en tanto ha quedado reducida á su antigua condicion, con leves excepciones. Ella permanece en la aldea, en

El pueblo, en la ciudad; ella no toma parte en nuestra moviliación ni en nuestro vértigo: ajena á las contiendas políticas, sociales y filosóficas que nos exaltan, es todavía la mujer de la rueca y el huso, la mujer del hogar doméstico, la que no entiende nuestros libros, la que juzga ridículas nuestras conversaciones, la que anatematiza nuestra movilidad, la que espera inocente y confiada nuestro regreso.---Tal es la mujer de la clase media española, no lo dudes.

Nosotros hemos progresado y progresamos incesantemente, pero á ella la hemos dejado rezagada. Hoy como entonces, la educamos en la ignorancia de las cosas útiles; la relegamos á la vida doméstica, la decimos que espere, y sin embargo, no volvemos.—Entonces se encuentra sola: sabe todo lo que necesita para vivir acompañada, y se ve á lo mejor sin compañía; vive con el aislamiento de quien se reserva para alguien, y ese alguien la deja aislada. Mas claro, Anatolio, el hombre de la clase media, asciende y desea mejorar: la mujer de la clase media no asciende, y tampoco se conforma con descender. ¿Qué recurso le queda?

Tú conoces como yo la honradez de nuestra clase media, y no necesito decirte su exclusivo pensamiento en este trance: la independencia honrada por medio del trabajo; esa es su aspiración y su deseo.--«El hombre no viene (dice ella), yo no buscaré al hombre, porque me degrado en buscarlo; yo necesito emanciparme, yo trabajaré.»--Pero ¿es posible que se emancipe? ¿basta para emanciparse la fuerza de voluntad?

Del estudio minucioso de esta importante cuestion, se desprende un axioma tristísimo que debe formularse así

«La mujer española no puede ganar su vida con el trabajo de sus manos.»

Para justificar lo que tiene de axioma esta proposición, necesitaré esforzarme muy poco.---El trabajo de la mujer está re-

ducido en España al bordado y á la costura. El trabajo industrial de otro orden, no pertenece entre nosotros ni puede pertenecer á la mujer de la clase media. Las fábricas y los talleres ocupan un rango demasiado humilde, para que atraiga otras trabajadoras que las menesterosas y proletarias. Luego diré por qué la mujer española que se llama *decente*, no puede concurrir á nuestros talleres y fábricas: conste, por ahora, que tiene cerradas sus puertas.

Quedándole solo la costura y el bordado, claro es que si algun impedimento físico, en las manos ó en la vista, por ejemplo, le impide dedicarse á estas delicadas labores, la mujer no tiene mas expectativa que la miseria; y si aun con sus manos y vista buena, pierde en el ejercicio del trabajo, como es muy comun, alguna de las cualidades necesarias para seguirlo, tampoco espera hallar compensacion á su laboriosidad.

Paso en silencio las alternativas que sufre el trabajo, respecto á su escasez ó abundancia, segun las épocas del año; lo inconstante de la forma de las labores, segun los caprichos de la moda, y las dificultades que por lo mismo ofrece á la mujer el simultáneo ejercicio de mil industrias diversas. Fijome solo en que hay trabajo, y examino su ejecucion y su recompensa.-- Para ello necesito observarlo en alguna parte, y tomo por observatorio á Madrid.

Una de las industrias que en Madrid ofrecen mayores ventajas á la mujer de la clase media, es la guanteria.—La costura de guantes reúne las condiciones de limpieza, sencillez, recato y abundancia, que la mujer decente necesita para su trabajo. Con una maquinilla que cuesta cincuenta reales, y la confianza de un guantero cualquiera se encierra una señorita en su casa á hacer lo que el vulgo tiene formulado tan admirablemente en esta frase *coser y cantar*.--Yo no sé lo que una muchacha puede cantar al dia, pero sí sé que no puede coser

mas que tres guantes, y eso si es *larga* y si trabaja de sol á sol. Cada guante requiere tres horas de costura seguida, y tres horas de pérdida total en lo que se llama *huecos* del trabajo, suman las doce horas que el par y medio exige sin levantar cabeza. Ocho dias, pue. de incesante laboreo bastan para dar por cosidos, ribeteados y abotonados los veinticuatro guantes. Veamos ahora su producto.--Los guanteros de mas fama, es decir, los que venden mas caros sus guantes, abonan á las costureras dos reales por cada par: de ellos hay que descontar la seda, que cuesta dos cuartos próximamente; y otros dos cuartos de *quiebras*, que luego te diré lo que son, dejan reducido el producto á diez y ocho reales, ó sea dos y cuartillo de jornal diario. ¿Te parece las galas que echarán las pobres mujeres?

Cuatro quiebras se reconocen en este oficio: la primera, es manchar un guante; la segunda picarlo; la tercera, prolongar la costura de los *junquillos* un centímetro mas que la línea de los dedos; y la cuarta carecer de labor durante el verano: las tres primeras torpezas se pagan con indemnizacion de ocho reales por cada una, y la última con el ayuno. Considera que por pulera, diligente y cuidadosa que sea la costurera ha de incurrir cada mes en alguna de las faltas dichas (lo cual no es mucho si se atiende á que pasan por sus manos y su máquina de fierro noventa y seis guantes) y verás que me he quedado corto en la partida de las quiebras. Añádote además que me he ocupado de la aristocrácia del arte, es decir, de las mujeres que cosen guantes de catorce reales; que si estas comen lo que ves, calcula lo que comerán las que cosen guantes de cinco reales y medio.

«Pero, ¡eso es una atrocidad! (te estoy oyendo decir): que dejen los guantes y se apliquen al bordado, por ejemplo, pues como cosa de mas lujo y mayor coste, producirá tambien

mas ganancias.»--Tienes razon y vámonos en seguida casa de una bordadora.

Hay bordadoras de muchas clases: en blanco, en negro, en metales, en terciopelo y seda; á la cadeneta, al *crochet*, á la cinta, etc., etc. Si la mujer quiere ganar su vida bordando, necesita saber de todo esto; pues como el bordado está sujeto á los caprichos de la moda, la moda obedece siempre al programa de su constitucion social: *hoy difere ite de ayer; mañana diferente de hoy*. Requírese por lo mismo en la muchacha que se dedique al bordado, una educacion esmerada, ó un aprendizaje largo y dificil. Pero esto no es de nuestra incumbencia: la mujer sabe bordar de todo, y pide trabajo en un almacen.-- Lo primero que hace el almacenista es enseñarle bordados franceses y alemanes de extraordinario mérito, para que los iguale ó los mejore: en seguida le da siete varas y media de percal blanco, por ejemplo, y le encarga que se las convierta en unas enaguas para la marquesa de N. Con esto, y con alguna prevencion poco galante, despide el almacenista á la bordadora.

Hétela ya en su casa con un dibujo que le ha costado real y medio, con un paquete de madejas de algodón fino que le ha costado seis reales, con un mazo de agujas, un lápiz y un pedazo de hule, importante todo medio duro próximamente; hétela en su casa, el hule sobre la rodilla, el dibujo sobre el hule, el percal sobre el dibujo y el lápiz sobre el percal, llevándose la mano de la boca á la tela, y reproduciendo en labios y mejillas los negros garabatos que pintorea.---Los cinco paños de las enaguas requieren cinco días para dibujo y perfilado; cinco, y ocho del bordado de cada paño, componen mes y medio, durante cuyos huecos se frotan y resortan las puntas, se unen, se lavan y planchan los paños, se pelan los apuntes de los ojete. ó lo que es lo mismo, se aprovechan las horas de media luz las veladas de noche, los instantes de cansancio de la cintura, y

hasta los momentos del comer, del dormir, del pensar. Porque mes y medio para el bordado de unas enaguas, significa un bordar constante de setecientas veinte horas, suponiendo que la mujer ha descansado ocho cada día, que es mucho descanso; y si meditas que setecientas veinte horas tienen cuarenta y tres mil doscientos minutos, y que en cada minuto ha de dar la bordadora sesenta puntadas, sin cuyo arte no sale nuestra cuenta, es decir, no se acaba el bordado en el tiempo predicho, te asustarás al hacer la reflexion de que dos millones y medio de puntadas finisimas, se pagan á la bordadora con setenta reales.--Sí, Anatolio, setenta reales; porque el bordado de estas enaguas no vale mas que cuatro duros; y como has de rebajar medio que costaron los avíos, no necesitas ser gran matemático para saber que la bordadora ha ganado doce cuartos cada día.

Ya te estoy oyendo decir:--«Que haga guantes, que haga guantes y tire el bordado, porque despues de quedarse ciega, y manca y jorobada, se va á morir de hambre!»--Y tienes mucha razon los ciento cuarenta y cuatro guantes del mes y medio no representan mas que medio kilómetro de cosido recto, para lo cual poca ciencia y atencion se necesita; mientras que las cinco tiras de las enaguas, á tres cuartas de largo y una de ancho, representan cuatro varas cuadradas de pasta bordada, ó lo que es lo mismo, la alfombra de tu gabinete de estudio, hécha á puntazos de alfiler, pero moviendo la alfombra de abajo arriba para cada puncion

¿Vas haciéndote cargo, Anatolio, de lo que te refiero? Porque supongo que consideras ciertos, como lo sou, los guarismos que acabo de presentar; y mas bien ocasionados á la exageracion por defecto que por exceso. Mide con un hilo, como yo lo he hecho, las costuras de un guante y verás que repre-

sentan una estension de tres metros veinticinco centímetros que multiplicados por ciento cuarenta y cuatro, dan medio kilómetro; ¡medio kilómetro de costura! ¿Entiendes? ¿Cuánto dinero llevarias tú por ensartar en la punta de una aguja y cuerpo á cuerpo una procesion de mosquitos que tuviera medio kilómetro de larga?—Cualquiera mujer lo hace por cien reales. Una proporcion análoga podria hacerte con el bordado.

Y te pongo estas comparaciones, no para exagerar el asunto de que trato, sino para hacerte mas perceptible la verdad de los hechos; porque presumo que miramos generalmente con indiferencia una porcion de cosas graves, solo porque no nos paramos á considerarlas en sus mas vulgares analogías.

Un caso que voy á referirte, te dará la razon del método que empleo.--Al restablecimiento de la monarquia borbónica en Francia, se presentó á las Cámaras un proyecto de ley para indemnizar á las familias nobles que perdieron sus bienes en la revolucion. La suma presupuesta se elevaba á lo que los franceses designan con el modesto nombre de *milliar*, es decir á mil millones de francos; y aun habia miembros del Parlamento que consideraban mezquina esta restitution. Un diputado entonces se levantó y dijo:--«Creo, señores, que hablais así de la suma, porque no os habeis detenido á examinarla. Desde la muerte del Salvador del mundo hasta el momento en que hablo, no han pasado todavia tantos minutos como francos dáis la nobleza. Decid ahora que os parece poco.»

Y la discusion quedó en tal estado, amigo mio; porque la verdad es que faltan aun sobre cuarenta millones de minutos para completar el *millar* á que se aludia.

Pues bien, una cosa semejante creo yo que sucede con nosotros de una cuenta que no echa el hombre, hasta en asuntos que prestan favorablemente á la contabilidad. Y sino, contemos. Pero temo hartarte de cuentas, y esto lo deduzco de que yo es

oy ahora harto de hacerlas. Asi como asi, la materia es larga y no corre prisa. Continuaré.

P. D.—Abro esta carta para decirte que acabo de saber las puntadas que tiene un par de guantes. Segun una costurera de Mr. Lafin, la cual se ha entretenido en apartar un garbazo cada vez que atravesaba la aguja por veinte dientes de la máquina, un par de guantes regulares tiene siete mil y pico de puntadas. Pasan, pues, de medio millon las que hay que dar para coser ciento cuarenta y cuatro guantes.

■



CARTA SEGUNDA.

Antes de pasar adelante, amigo mio, quiero decirte por qué la mujer española no puede concurrir á nuestras fábricas y talleres. Ha sido esta una proposicion demasiado atrevida, para que deje pasar mucho tiempo sin justificarla.

La industria española está en mantillas; y dígame esto, á pesar de la regeneracion que estamos contemplando, porque así es la verdad. No basta que la industriosa Cataluña y todas las comarcas de nuestro país, en mayor ó menor escala, despierten de su letargo y levanten fábricas magníficas ó mejoren las que ya tenían; no basta que en nuestras exposiciones públicas aparezcan tegidos primorosos, y porcelanas bellas, y metales bien labrados, y objetos de diversa índole producto de nuestra industria nacional; — no basta esto para decir y mucho menos para creer que tenemos industria. La fabricacion española, como toda fabricacion incipiente, está limitada todavía á producciones fundamentales, esto es, á aquellas que exigen con preferencia el uso de las máquinas sobre el uso de las manos; aparte de que la *máquina-factura* no es la mas á propósito para emplear á hombres de ciertas condiciones y mujeres de cierta educacion, hay una circunstancia esencialísima que privará aun por largo tiempo á la clase media española del concurso de la industria.

De las dos razones que acabo de indicarte, la primera es justa, la segunda reprehensible.—No podemos efectivamente obligar á las personas educadas con delicado esmero, á que den vueltas al eje de una máquina, ó carden la lana con un rastroillo de hierro, ó manipulen al lado de una caldera de vapor. Para que la clase media pueda tomar parte en la industria, es necesario que la industria se afine, se perfeccione hasta producir los objetos de lujo. Trabajos industriales son los del lavado de oro á las márgenes del rio Missouri, y trabajos industriales son los del dorado de una estatuita de Pradier en las márgenes del Sena: sin embargo, son bien distintas las clases de gentes que pueden emplearse en la industria de California y en la industria de Paris. Si un pueblo ha de llamarse completamente industrial, es preciso que funda el hierro y que fabrique agujas, que cultive la morera y borde el raso; que abrace, en fin, los orígenes y el término de la producción. — En cuanto á la segunda razon, es mas moral que física.

Los españoles somos muy soberbios, y tenemos á la industria por demasiado humilde: no apelamos á ella sino como último recurso, cuando debiéramos tomarla por base de los recursos mas permanentes. Hay que sacar al pueblo de ese error, ó mejor dicho, de esa preocupación ridicula y absurda: hay que crear tradiciones industriales; gerarquías industriales, costumbres industriales; hay que elevar el trabajo manufacturero en la consideracion pública, y sobre todo á los ojos de la mujer.

¿No has reparado nunca, Anatolio, en una pequeñez que puede ser acaso muy trascendental? Lee la cuarta plana de un periódico extranjero, francés, sobre todo, y verás la multitud de casas de comercio, establecimientos, industrias, agencias y hasta sociedades que se anuncian bajo los nombres de *Madama Fulana, Viuda de Citatano, Hijas de Perengano*, etc.—Lee la cuar-

ta plana de un periódico nuestro, y verás si por casualidad descubres un solo anuncio ó reclamo en que la parte activa y responsable sea una mujer española.--¿No merece este fenómeno la pena de pensar en sus causas?

Muere en España el fabricante, el industrial, el trabajador que en fuerza de laboriosidad y mérito ha adquirido reputación y bienes de fortuna: ese día contaba con lo mas difícil de poseer para quien depende del público, con clientela; desde ese día el ejercicio de su arte ó industria era sencillísimo no solo para él sino para cualquiera otro; y ese día, sin embargo, señalaba la ruina de su familia. ¿Por qué?

Porque al fallecimiento de un fabricante ó industrial español, su viuda é hijas que habian tenido á gala de desconocer la industria de su padre; que habian permanecido retraidas de los talleres; que eran completamente ajenas al movimiento comercial, no tienen mas remedio que proceder á la liquidación y traspaso del establecimiento, lo que equivale á consumir su importe en breve plazo, y mendigar despues una limosna si no mas humillantes y vergonzosos auxilios.--¿Qué se diria de la mujer del sillero *Fulano*, por ejemplo, si se ocupase en saber como se hacen las sillás? ¿Qué se diria si las hijas del rico fabricante de camas de la calle de *Tal*, ajustase los sábados las cuentas de herreros y pintores, fondistas y enfermeros de un hospicio?--«A mi mujer la reservo para señora (dice el pobre hombre); á mis hijas no las dedico á menestras:» (repite enfatuado con el lisongero presente que disfruta).--Y su mujer y sus hijas que aplauden la cordura de su padre y marido, lloran despues á mares la ignorancia de todos, cuando la pobreza las reduce á patronas de huéspedes, ó cuando la liviandad les señala un puesto despreciable en los registros de la policía.

No lo du les, Anatolio, á uno de estos dos extremos conduce generalmente en España la muerte del industrial; mientras

que en Francia donde la mujer y las hijas no desdeñaban el trato de su casa ni tenían á orgullo desconocerlo; sino antes por el contrario, una llevaba los libros de fabricacion, otra los de venta, aquella se entendia con los parroquianos, esta con la correspondencia exterior; y todas, cual mas cual menos, contribuian al adelanto del patrimonio comun; en Francia, digo, á la muerte del cabeza de familia:--si bien muere mucho, no muere todo como en España.

Es necesario, pues, comenzar por perseguir la preocupacion de las mujeres contra el oficio ó arte que en su casa se cultiva; y persuadirlas de que, aun mirada la vida bajo el prisma material que se mira hoy, es preferible poseer bienes de fortuna y llamarse tendera, que ser la señora de *Fulano* y morir de hambre.

Antes de proseguir, voy á salirte al encuentro de una objecion.--Tú habrás oído, á gente moderna por cierto, que la emancipacion de la mujer no es conveniente por el lado moral; y se fundan en que las dotes de independencia relajan los vínculos de la familia, á la manera que la emancipacion del hombre le separa del centro paternal. Esto es muy bonito y hasta evidente; pero la cuestion debe plantearse asi:--¿Puede la mujer depender de sí propia sin emanciparse?--No.--Luego teniendo que depender de alguien, mejor es que dependa del trabajo que de la grangeria; preferible es que se emancipe algo de la familia, á que se emancipe mucho de la honradez.

Ademas, el hombre ejerce por lo comun una presion despótica sobre los seres que le son inferiores. Llamamos sexo débil á la mujer, y sin embargo, abusamos frecuentemente de su debilidad. ¿Qué hará la mujer cuando el hombre abuse? ¿se irá con otro? ¿se morirá en un rincon?--Ni para lo primero tiene derecho, ni lo segundo debe exigirse de ella. No queda, pues, á la mujer otro medio que contrabalancear el despo-

tismo del hombre con la posibilidad que tiene de desprenderse de él, y acudir en último extremo á su emancipacion por el trabajo. ¿No te ha ocurrido á tí nunca la idea de que el hombre es déspota con la mujer, porque cree que esta no tiene recurso alguno para vivir fuera de su lado? ¿No crees que el hombre seria mas atento y mas humano, y mas justo, si supiera que la mujer no le necesita absolutamente?

Yo pretendo que se haga en el órden económico, lo que en el religioso no ha podido ni debido hacerse. Tú sabes bien que si el matrimonio fuera disoluble, tendria mas condiciones de armonía en el terreno práctico; porque nada hay que asuste al hombre, como la posibilidad de que le quiten lo que posee. Pero ¿adonde iríamos á parar con el divorcio! La union eterna es quizá la mayor conquista del catolicismo; y un tanto mas ó menos de libertad y dicha interior, no merece la pena de anular los divinos resplandores de esta institucion que es la base de la sociedad y de la familia; que cehan cada dia de menos los que no la poseen; que tratan de hacer compatible con sus sectas, los protestantes mas decididos; que toman instintivamente en nuestros dias hásta los pueblos idólatras; cuya necesidad, en fin, presienten los pensadores de todas partes, y cuyas grandezas ha cantado Proudhon casi con tanta fe como San Pablo.

Yo pretendo, repito, que se haga en el órden económico lo que, sin alterar el dogma católico, satisfaga el vacío que la indole del corazon humano abre fatalmente en la vida conyugal. Demos á la mujer condiciones de independenciam, que esto bastará para tener á raya el brusco predominio del hombre; dotémosla de medios de subsistencia propia, que esto mantendrá equilibrio de poderes indispensable en toda sociedad humana: y no haya miedo de que la mujer abuse como el hombre; no haya miedo de que deje á sus hijos, ni renuncie al hogar, ni mantenga viva una lucha que perturbe la paz del matrimonio;

la mujer está formada de una masa diferente á la nuestra; la mujer (digan lo que quieran en contrario los que no la conocen ó los que la estudian en ejemplares mundanos) la mujer es tierna, es dócil, es sumisa; tiene encarnados en su alma los instintos de la obediencia y del deber; hace gala de su debilidad, para entregarse mas por entero á la fuerza del hombre; es un conjunto de elementos amorosos que producen por resultado amor; y cuando este amor se apodera de ella, cuando la mujer ama, entonces prescinde de todos los derechos sociales, renuncia á todas las garantías especulativas, desprecia lo que pertenece al cuerpo para amar mas y mas lo que pertenece al espíritu; no calcula, no comercia, es toda del hombre y para el hombre. «Pasamos la vida (como dice Chateaubriand) hablando mal de las mujeres, cuando las mujeres no tienen otro defecto que el ser lo que nosotros queremos que sean.» Pensar, pues, mal de las mujeres (digo yo) es pensar mal de nosotros mismos. No hay miedo en dar á la mujer condiciones de independencia; al paso que si es preciso estimularnos á nosotros para hacernos mas dependientes, cuando la poseemos de por vida.

Ahora bien: eduquémosla con ánimo de que pueda ser útil á sí propia;—y aquí me tienes nuevamente sobre el tema de la educacion.

¿Debe ser la mujer sabia, ó ignorante?

No creas que voy á detenerme mucho en contestar, aunque arrostre la sonrisa de los que me oigan.—La mujer debe ser ignorante.—Pero ¿cómo? ¿de qué? Hé ahí lo que voy á decirte.

Hemos dado en atribuir á la palabra *ignorante* una significacion mas lata de la que tiene. Ignorante, entre nosotros, equivale á estúpido; y sin embargo no es esa su verdadera

significacion. Por eso te has asustado.--Sócrates *ignoraba* los fundamentos de la música: Mozart *ignoraba* los fundamentos de la filosofía de Atenas.--¿Me has comprendido?

Pues bien: yo quiero, ó por mejor decir, creo que la mujer debe ser ignorante, no estúpida; creo que se la debe educar, pero no como al hombre.-Y ¡ay! del día en que acabemos de educar á las mujeres como las educamos hoy, esto es, casi casi lo mismo que á los hombres! Pues cuando ellas sepan lo mismo que nosotros, cuando puedan lo que nosotros, cuando sientan, piensen y ejecuten lo mismo que nosotros, y por añadidura sean encantadoras como lo son,--Anatolio del alma ¿quién las resiste? ¿quién las gobierna? ¿quién dará de mamar á nuestros chicuelos?

La mujer debe ser ignorante con relacion á lo que el hombre necesita aprender; pero debe ser sábia con relacion á lo que á ella misma corresponde. Si una mujer llegára á saber tanto como Séneca, no lo dudes, sería estúpida; al modo que si Séneca hubiese llegado á saber tanto como tu madre, sería hoy el ludibrio que no la honra de los cordobeses.--¿Me entiendes ahora tambien?

Pero temo que me preguntes lo que suelen preguntar los patriotas anglo-americanos: ¿y por qué esas diferencias entre hombres y mujeres? ¿pues no son unas y otros la misma materia y el mismo espíritu? ¿no constituyen ambos la familia humana? ¿qué privilegio puede tener ni invocar el hombre sobre su compañera?

Permíteme que te trate con cierto desden si tal preguntas. Pues qué, ¿no has reparado que á la mujer no le sale bigote en el labio superior, ni patillas alrededor de la cara? ¿no has caído en que la mujer tiene la carne mas redonda, mas blanca, y mas suave que tú? ¿no has observado que la mujer mas alta apenas tiene la estatura del hombre mas pequeño?

¿no te dice nada, por último, el que tu madre fuese mujer y no pudiera ser hombre?—Hay diferencias entre el hombre y la mujer, porque las hay entre el sol y la luna, porque las hay entre el mar y las montañas, porque las hay entre el que da el pecho á un niño y el que sale á buscar una piel de oso para abrigarle.

Por eso digo yo, y siento como axioma, que el que quiera saber lo que necesita una mujer, no tiene mas que buscar lo contrario de lo que necesita un hombre.

Nombré al sol y á la luna, y no quiero apelar á otros datos para mi dialéctica. ¿Quieres un plan de educacion completo?—Eduquemos al hombre y á la mujer, como Dios educó al sol y á la luna.

Ambos son redondos, ó por lo meuos lo parecen; ambos dan luz y calor (ya sabes que el calor de la luna está probado); ambos presiden el sistema planetario, como si dijéramos, el sistema viviente de la inmensidad; ambos giran en amante consorcio prestándose sus bienes, y ayudando en comun á producirlos; ambos se aman y se buscan y se acarician; y para decirlo en una palabra, á él se le llama EL, y á ella le decimos ELLA. —El es mas alto y mas grande, ella mas baja y mas pequeña; él es fuerte y soberbio, ella débil y tímida; él da una luz que deslumbra, un calor que abrasa, una fecundidad que enjendra: ella en su luz es dulce, en su calor suave, en su fecundidad productora; él preside los trabajos del hombre, ella vela el alumbramiento de la mujer.--¿Sabes lo que pienso, Anatolio? ¿si serán el sol y la luna en la tésis divina de lo absoluto, lo que el hombre y la mujer en la tésis humana del pequeño mundo terrenal?

No me contestes, y continúo.--Eduquemos al hombre y á la mujer como Dios educó al sol y á la luna. Démosle á él todo el calor, toda la luz, toda la fuerza, toda la actividad; hagá-

mosle profundo en sus concepciones, vehemente en sus actos; que en el invierno hiele, que en el verano abrase; que él conjure la tempestad, que él rasgue la bruma, que él cultive la tierra, que él tire y que sude, que trabaje, en fin, todos los días, aunque duerma todas las noches. Démosle á ella toda la ternura, toda la suavidad, toda la gracia: su luz, reflejo y no mas de la del hombre, que sea superficial pero agradable: su calor, asimismo prestado, que temple con dulzura continua, mas al alma que al cuerpo, mas á la imaginacion que á la materia; sus tareas y cuidados que reemplacen tambien á los de su compañero, pero con menos exigencias, con menor energia; y ya, por último, que vela por el hogar del hombre, que no haya de velar todos los días del mes, ni todas las horas de la noche.

¿Enseñarás á la mujer las ciencias? ¿Por qué, ni para qué?-- Basta que tenga la luz prestada de sus nombres, de su objeto y trascendentales fines.—Enseñarás á la mujer las artes y la industria? ¿Por qué ni para qué?--Basta que tenga las nociones indispensables para auxiliarlas, para coadyuvar á su ejecucion, para producir resultados de consumo; pero sin pretender que adquiera iniciativa, sin imbuirle un poder creador que ni necesita, ni tiene, ni obtendrá nunca.

Despues de todo, lo que hace falta á la mujer, y lo que yo quiero para ella, es posibilidad de vender la ciencia, de vender el arte, de vender la industria; es decir, de cambiar por dinero sus facultades: y tú sabes bien, Anatolio, que la ciencia y el arte y la industria que se venden, no son las del filósofo y el sabio, sino las del recolector, las del obrero que siguen al sabio y al filósofo en el resultado de sus tareas.--El expendedor del pan, no necesita las mismas cualidades del que siembra el trigo; así como el que fabrica pitos para los muchachos no necesita conocer los fundamentos de la acústica, ni la teoria de las vibraciones.

Enseñemos, pues, á la mujer un arte ó un oficio.

Los oficios ó artes que deben cultivar las mujeres, están indicados por ellos mismos. Todo lo que es limpio, minucioso, ordenado y bello, parece y es verdaderamente propio de la mujer. Las obras de paciencia, con especialidad, no pueden encargarse á nadie mejor que á ella.--Además, en la duda de buscar divisiones arbitrarias, se deben seguir siempre las divisiones de la naturaleza.

Hay en el mundo tres clases de trabajos: los que verifica el cuerpo con abstraccion del entendimiento: los que verifica el entendimiento sin ocupar al cuerpo; y aquellos otros para quienes ni el entendimiento ni el cuerpo necesitan dedicar toda su accion. Los primeros, esto es, los *corporales*, son para el hombre rudo; los segundos, *mentales*, para el hombre ilustrado; y los terceros, que podremos llamar *índiferentes*, están convidando á la mujer.—¿No sería ridículo, por ejemplo, ver á un hombre detrás de un mostrador despachando billetes de lotería? Y ¿no sería ridículo ver á una mujer sacando punta al eje de un carro?—Luego no hay que calentarse mucho la cabeza para determinar los oficios de la mujer.

Y ahora que te he hablado de hombres robustos que pasan su vida detrás de un mostrador vendiendo billetes de lotería, sígueme á un paseo mental por esas calles, y encontrarás ocupaciones productivas y honestas para un sinnúmero de mujeres.

Ve, ese *almacen de modas* (que así es necesario hablar para que nuestros contemporáneos nos entiendan) y oye la conversacion que una dama, recién salida del carruaje que hay á la puerta, entabla con uno de los cuatro ó seis jóvenes, elegantes, apuestos, instruidos y honrados, que consumen diez y ocho horas del dia detrás del mostrador:

—A los piés de usted, condesa.

—Adíos, Nicanor, ¿qué tal?

—Perfectamente: y ¿las señoritas?

—Gracias. ¿Tiene usted encaje de Alenzon de tres dedos?

—Si señora, aunque no tan honitos como esos tres dedos con que usted me señala el ancho.

—Gracias. Y ¿á cómo?

—A como usted guste, condesa. A cincuenta reales.

—¿Jesus! ¿qué judío!

—Y ¿se divierten ustedes mucho?

—¿Pichst! Yo no lo pago mas que á diez y ocho reales.

—Usted se lo llevará de valde. ¿Ha abierto sus salones la marquesa?

—No sé. Con que ¿á cómo lo último?

—A cuarenta y nueve y medio, condesa, y pierdo dinero.

—Ustedes lo que pierden es la conciencia. Yo no paso del napoleon.

—¿Cuántas varas mido?

—Tres cuartas.

¿Te parece, Anatolio, digna ocupación de un hombre que ha pasado su niñez en un colegio, que ha estudiado geografía y matemáticas, que conoce el francés y la partida doble; te parece digna ocupación la suya requebrar por costumbre á una dama que no le gusta, sufrir su indiferencia desdeñosa, y mentir por último en cuanto á precios y valores de la mercancía: mas que un gitano miente cuando ajusta la compra de un borrico? ¿No te parece que todo lo que compra la mujer (y la mujer compra dos terceras partes de lo que se vende) debe venderlo la mujer misma?—Pero sigueme á otra parte, y observa.

Mira aquella tiendecita, especie de cajon de pasas puesto de pié, cuyo mostrador comprime contra la anaquelaría el ab-

domen de tres ó cuatro mozos, alguno de los cuales esconde ya sus barbas en el chaleco : míralos sentados en sillas altas á manera de chicos que comen en mesa grande, entretenidos en pegar con goma de boca las puntitas de papel que se despegaron de un abanico ; repara la coquetería con que apuntan al ojo de una aguja para enhebrar hilo negro y coser con él los desgarrones de un paraguas ; detente á contemplar la escrupulosidad *mongil* (dispénsame el calificativo) con que restauran la aguada del paisaje deslustrado, y dime : ¿no te parece que esos oficios son propios y exclusivos de la mujer? ¿No te parece que aquellos hombres están robando fuerza productora á la sociedad?

Entra en los estanquillos y verás qué de señores graves, encanecidos en la holganza de algun destinejo que les quitaron en otra época, ocupan sus viriles años en vender cajetillas de Alicante y pitos de la Coruña, papel de la pantera y fósforos de Yurrita, como si en efecto estuvieran haciendo algo! ¿No te dan ganas de entrar con el escobon del templo, y arrojar á aquellos mercaderes que negocian con el hambre de la mujer?

Asómate á una tienda de papelero, y observa cuatro ó seis agarotes de veinte años, recién venidos de la Liebana, que con las manos amoratadas de sabañones doblan plieguecitos de papel y los casan y arreglan para formar cuadernillos de escribir : ¿no se te ocurre que aquellos zánganos debieran tirar mas propiamente del carro en que vienen las resmas, y dejar la plegadera de márfil para las delicadas manos de una muchacha?

Y ¿qué me dices del oficial de ebanista que pasa el dia resregando la muñequilla del barniz por el tablero alisado de una mesa, ó dando de lija á los contornos de una flor tallada, cubriendo con panes de oro la superficie del marco de un espejo? ¿No se te subleva la sangre de pensar que aquel hom-

bre cobrará á la noche diez y seis ó veinte reales por su suficiente ejercicio, mientras una mujer está dando treinta mil puntadas de guante por diez y seis ó veinte cuartos?

Y ¿qué me dices del oficial de impreor que ha compuesto estas líneas? ¿no te parece un vago, sentado quince horas en un taburete zancudo, teniendo delante la caja de las letras de plomo, á su derecha el galerin para colocar la columna, y en su mano izquierda el componedor adonde allega y encarrila los caracteres sin poner casi nada de su entendimiento y menos todavía de su fuerza física?—¡Ah! ¡Llor una y mil veces á la reina Victoria de Inglaterra que ha protegido é inaugurado por sí misma la primera imprenta en que van á componer líneas las mujeres! A Inglaterra estaba reservado, que no á la Unión Americana de donde no ha venido nunca ni vendrá jamás nada liberal ni nada humanitario; á Inglaterra, digo, estaba reservado el dar el primer paso en la verdadera emancipación de la mujer; ¡oficios cómodos y no derecho electoral, es lo que necesitan las pobres!

Si, Anatolio: si á las mujeres se les diera la educación que te he indicado, y si los hombres comenzáramos á estimar más á la que tiene las manos un poco descompuestas por la labor que un mucho pulidas por la holganza; si se hiciese de moda el preguntarle y de moda el decir qué ejercicio lucrativo tenían en reserva para el día de mañana; si acostumbrásemos desdenar á la que hace gala de ignorarlo todo y tributásemos elogios á la que no necesitando de nada se ocupa de algo,—verías entonces qué puestos conquistaban las mujeres en la sociedad; cuántas lágrimas les escusaríamos (vergonzosas á veces) cuando buscan al hombre porque no tienen otro remeño; y por último... pero no creo prudente continuar en este camino. Oye mi última palabra.

Yo quiero en la mujer un compuesto indefinible de igno-

rancia y sabiduría; yo quiero que la mujer ignore todo lo que el hombre necesita saber; quiero que sepa todo lo que el hombre debe razonablemente ignorar: yo quiero que la mujer y el hombre respondan en cuanto á la accion de sus sentidos, al fin para que existen en la tierra, al fin para que Dios los ha criado; quiero que sean un compuesto de elementos diversos que constituyan un todo armónico. El hombre ha de llevar la iniciativa, la ciencia, el derecho, digámoslo así; la mujer ha de llevar la ejecucion, la prudencia, el mecanismo, en una palabra. El y ella han de ser tan discordes, como necesitan serlo el macho y la hembra de los moldes de fundicion; cada uno de por sí, la mitad; separados, nada; juntos, todo.

Nuestros abuelos no querian que la mujer aprendiese á leer ni escribir; y este absurdo de hecho, era, en mi juicio, una admirable prevision de derecho. «El hombre aprende esto (decian ellos) ¿para qué ha de aprenderlo la mujer?»—Y tenian razon. Deslindemos los campos: que el hombre no robe á la mujer sus quehaceres, sus ocupaciones, su ciencia; que la mujer no se entrometa en la ciencia, en las ocupaciones y quehaceres del hombre. Vivan ambos tan separados como deben vivir los que han de estar unidos. Las ruedas dentadas hacen mover las máquinas, porque el diente de una se amolda á la mella de la otra: equidistad los diente, y despues de romperse, se parará la máquina.

Piensa en lo que llevo dicho, Anatolio; y si yo he acertado á explicarme bien, ó tú á comprenderme, creo que de mis dos últimas cartas sacarás estas dos conclusiones:

Primera:—La mujer debe ser independiente.

Segunda:—La independendencia de la mujer, le asegura su dichosa independendencia del hombre.



CARTA PRIMERA.

TERCER PROBLEMA.

El hombre del siglo XIX, ¿debe casarse?—En caso afirmativo ¿debe buscar mujer vieja ó jóven, fea ó bonita, rica ó pobre?

Llego, Anatolio, al punto mas comprometido de mi correspondencia; á aquel en que es preciso sintetizar; el que exige soluciones prácticas en un asunto puramente teórico y que hasta el dia se ha resuelto por los nervios. El siglo en que vivimos no consiente que se diga «hice tal cosa sin saber por qué»: ahora es preciso decir «hice un disparate, pero yo sé las razones porque lo he hecho.»—Las razones, pues, en que los hombres y las mujeres deben apoyar los disparates ó corduras que ejecuten respecto al matrimonio, van á ser el objeto de estas cartas.

Al abordararlo francamente contigo, me encuentro con el primer brazo del problema:—*El hombre del siglo XIX ¿debe casarse?*

Pregunta es esta á la cual están contestes por mí los novios y las novias en los tribunales eclesiásticos. Jamás se ha hablado peor del matrimonio que en la época presente. y nun-

ca sin embargo se han hecho mas casamientos que ahora. Y es que sucede cuando se habla de matrimonios, lo que cuando se habla de los *tiempos*. Por todas partes oirás decir:-- «Están los tiempos muy malos»; y esto se dice cuando en veinticinco años ha triplicado la riqueza de la nacion, ó lo que es lo mismo, cuando España disfruta lo que jamás ha disfrutado; pues sin conquistas, ni anexiones ni flotas americanas, crece en poblacion y riqueza al nivel de los mejores países de Europa.--Lo mismo sucede con los matrimonios:--«¡Están perdidos los casamientos!»--dicen las mujeres; y apenas hay mujer ni hombre disponible en estos tiempos, como te lo voy á probar con la inflexible lógica de los números.

Tú sabes que en 1857 se hizo en España el primer recuento de poblacion, bien hecho. Ese recuento arrojó quince millones y medio de peninsulares próximamente: de ellos cerca de nueve millones eran solteros; cinco millones y medio casados; y mas de millon y medio viudos, esto es, personas que habian acometido la árdua empresa. Teniamos, pues, de quince millones y medio de españoles, cerca de nueve, solteros; y mas de siete casados y viudos.--Dos años despues, en 1859, ¿qué número de matrimonios creerás que se verificó? Echa largo, y todavia no acertarás que fueron ciento doce mil nuevecientas tres bodas las que autorizó la iglesia.

Ochenta y seis mil y pico de solteros se casaron aquel año; doce mil y tantas viudas reincidieron, durante el mismo; y ¡cosa particular! cerca de catorce mil viudos no tuvieron inconveniente en volver á ponerse el collarejo; probando asi que habian quedado aun mas satisfechos que las mujeres.--¡Ciento doce mil nuevecientas tres bodas en un año! Anatolio, ¿lo entiendes? una boda por cada ciento treinta y siete habitantes.

Pero no es eso todo: los números hablan muy alto, y puestas que en números estoy, voy á apurarlos para asustarte.--En

ese recuento de que te hablo, resultaron ocho millones de habitantes comprendidos entre la edad de diez y seis á cincuenta años, esto es, en la edad un tanto exagerada de los matrimonios; pues ni habrás conocido muchas personas casadas á los diez y seis, ni me negarás que los cincuenta son el límite ordinario de la viudez. Pues bien: de esos ocho millones escasos de habitantes susceptibles de matrimonio, habia casados siete millones y doscientos mil, ó lo que es igual, todos los que racionalmente podian estarlo.

¿Me preguntarás ahora si el hombre del siglo XIX debe casarse?--Yo no sé si debe casarse; lo que sé es que se casa.

Y hace perfectamente en ello. El matrimonio no es la felicidad como muchos dicen y de ahí proviene su error, porque la felicidad no es de la tierra; pero es el mas normal y legítimo de los estados, el menos propenso á la ruina física y moral, el mejor de los males de la vida en el mejor de los malos mundos posibles.--Es además el matrimonio la única fórmula práctica de la *autonomía* del hombre.

No te asustes al oírme usar ciertas palabras: cuando aparecen en el mundo del pensamiento ideas nuevas, es necesario usar nuevas voces para expresarse; y en tal concepto uso yo de la palabra *autonomía*.--Si lees periódicos, como supongo, estarás cansado de verla escrita á propósito de todo, y causado también de saber lo que significa, aunque no de encontrar tan á la mano la idea que representa.

La autonomía del hombre, pues, su *yo mismo*, el verdadero ejercicio de su personalidad, no principia hasta después del matrimonio. El hombre para ser libre, para ser independiente, necesita ligarse á una mujer y á unos hijos: no es rey de su persona, hasta que es esclavo de su familia. Y aquí notarás el error en que por lo comun incurren los solteros, cuando dicen que conservan el celibato para conservar su independencia.--

¡Independiente el hombre soltero!, y hace dependiente su vida del interés de los extraños, no del amor; del interés, que constituye la dependencia mas servil y bastarda de cuantas existen! ¡Independiente el hombre soltero!, ¡y tiene que depender de todo el mundo!

El hombre soltero es independiente para vivir sin casa ni hogar; es independiente para sufrir sus propios pesares sin que ojos amorosos le consuelen con su llanto; es independiente para padecer solo sus dolencias físicas, sin que á nadie le importe su curacion; es independiente para querer á los hijos de cualquiera, sin la esperanza de que esos hijos le llamen padre; es independiente para galantear á todas las mujeres, sin la ilusion de que alguna le conserve fidelidad despues del galanteo; es independiente para arruinarse, sin que un freno social contenga sus dilapidaciones; es, en fin, independiente para morir, sin el miedo de que nadie vaya á poner una flor en su sepultura! --Tal es la independencia tan decantada del celibato.

El matrimonio, por el contrario, establece alrededor del hombre una pequeña sociedad, provista de códigos sabios é imparciales, que regulan y armonizan todos sus movimientos; y como nunca es mas libre el individuo que cuando está dentro de las leyes, nunca tampoco, como acabo de decirte, es mas rey de su persona que cuando se hace esclavo de su familia.

La familia, concretando sus afectos, le aparta de los afectos mercenarios sin violencia; la familia, exigiendo condiciones de estabilidad, le hace olvidar su vida de aventuras; la familia, reclamando recursos continuos, le obliga á pensar en el trabajo que enaltece y honra; la familia, ocupándose con desinteresado interés de cuanto le concierne en el orden doméstico, proporciona al hombre la independencia social que de otra suerte se halla cohibida por las necesidades personales: con la familia, el

hombre es hombre; sin la familia, el hombre es poco menos que una mujer.

Debe, pues, casarse el hombre del siglo XIX, aun con mas razón que se casaba el hombre del siglo XVIII; como se casara el del siglo XX con mas razón que el del XIX; porque el matrimonio es un progreso.--Lo que el hombre de este siglo debe hacer para casarse, es pensarlo maduramente, lo cual es un progreso tambien, y no fiar á la impremeditación un acontecimiento que principia con la juventud y acaba en el sepulcro.

Hé ahí todo lo que tengo que decirte acerca de la primera cuestión.

Pero como consecuencia de esta, nacen las dos ramas que constituyen el segundo brazo del problema:--*Dada la necesidad del matrimonio, ¿lébe buscarse, mujer vieja ó jóven, fea ó bonita?*

No esperes que vacile en el consejo que corresponde al primer extremo de esta segunda tésis. La edad de la mujer propia, puede y debe reducirse á verdadera fórmula matemática. Si en las demas cualidades de la esposa cabe discusión y por consiguiente divergencia de opiniones, lo que es² ¹ cuanto á la edad no cabe nióguina.

La mujer debe ser mucho mas jóven que el hombre.

Acepta, Anatolio, este principio como un axioma.--Tú habrás oido decir muchas veces, y asi es la verdad, que la inocencia siempre parece niñ y es que la malicia, compañera inseparable de la experiencia, crece con nuestra edad á despecho de las educaciones y misioneros. Hay en la edad algo de terrible que no depende solo del miedo hácia el término de la vida, sino de la pesadumbre moral que acarréan la experiencia y la malicia que recogemos con ella. Cuando el hombre echa de menos los dias de su niñez, no creas, no, que se acuerda de unos gozes, casi siempre ficticios y por consiguiente no disfrutados: lo que recuerda con dolor, lo que echa de menos con

honda amargura, es el día cada vez mas distante en que la falta de malicia y experiencia, le hacia ver sonrosado lo que entonces se le presenta negro.

Es, pues, la poca edad garantia aceptable de inocencia y blandura de corazon; al paso que los años ofrecen por si mismos motivo suficiente para esperar endurecimientos y falsedades.--Ahora bien: desde cualquiera edad que mires el matrimonio, siempre la juventud de tu consorte con relacion á tu edad, ha de ser garantia de que por pequeños que sean tus desengaños, serán sin duda mayores que los suyos; y caso de que alguno lleve engañosas ilusiones el tálamo, preferible es que la engañada sea la esposa.

El matrimonio no es, como generalmente se cree, un contrato entre dos personas: es un contrato que hace una persona con otra. Alguien de los dos se halla menos ofuscado al contraer la coyunda; algúien de los dos va mas ciego ó si quiere sacenos precavido al matrimonio. Si el ciego es la mujer, esta cegüedad depositada en tí y despues en vuestros hijos, prolongará la inocencia de tu esposa, y por consiguiente la dicha de vuestra union. Pero si el ciego eres tú, si ella es la que ve claro en la pequeña sociedad que formais, no lo dudes, al cabo de poco tiempo tu mujer es ó desgraciada ó perjura.--El hombre se distrae de su falta de ilusiones en el trabajo, en el estudio, en los negocios: la mujer no se distrae de su aburrimento mas que con la liviandad ó con las lágrimas.

Prescindo de la conveniencia, universalmente reconocida, de que el jefe tenga mayor representacion social que el subordinado; prescindo tambien del inmenso ridiculo que acarrea al matrimonio la desigualdad de edades, cuando el anciano se ve escarnecido por la muchacha, cuando la vieja se ve burlada por el jóven, cuando el jóven y la muchacha se ven acusados de avaricia, cuando la anciana y el anciano se ven tachados de

concupiscentes. Prescindo asimismo de la escasa juventud que goza la mujer, y prescindo de esto, porque el asunto tiene mas trascendentales complicaciones.

Hay un fenómeno en la naturaleza (si es que las ideas *naturaleza y fenómeno* pueden avenirse) sobre el cual he meditado profundamente, sin que hasta ahora y á propósito de esta cuestion le hubiese hallado satisfactoria inteligencia. Este fenómeno consiste en lo efimero y transitorio de las bellezas femeniles, siendo asi que con tanta proligidad y esmero se hallan aglomeradas en la porcion escogida del género humano. La mujer, en efecto, criada para producir muchas y muy agradables impresiones á la vista del hombre, dispone por tan cortos dias de sus gracias personales, que casi da lástima de un tan exquisito trabajo, dado para tan pocas horas de lucimiento. Esta idea ponía siempre en tortura mi imaginacion.

Pero cuando despues he reflexionado en las circunstancias que rodean la vida de la mujer hermosa; cuando la veo ocupada dia y noche en aumentar y perfeccionar sus atractivos; cuando observo la persecucion constante, la adulacion perenne, la glorificacion eterna con que el hombre la acosa sin permitirle momento de reposo familiar, ni instante que dedique al reposo de las demás criaturas; cuando medito luego en la impresionabilidad y lijereza, tan á propósito para dejarse seducir por lo vano y supérfluo de las cosas del mundo, entonces he conocido que la perpetuidad de su hermosura equivaldria á la inhabilitacion de su destino; que una mujer hermosa, seria con dificultad buena mujer, buena esposa y buena madre.

Por eso las gracias y hermosura de la mujer se limita á la época de la juventud, época en que el hombre necesita de exterioridades para hacer la eleccion, y pasada la cual, la hermosura es reemplazada con exceso por los afectos desinteresados de la familia.

Una vez perdida la lozanía de la juventud, principia la mujer á verse libre de persecuciones importunas; deja de pensar en lo frívolo, que solo le producía requiebros galantes, para pensar en las cosas sérias de la vida, que pueden producirle sinceros elogios; y si alguna vez echa de menos la palabra que tantas veces halagó su oído cuando niña, vuelve á escucharla con emoción de boca de su hijo, porque para un hijo no hay en el mundo hermosura mayor que la de su madre.

No es, pues, un fenómeno de la naturaleza, sino antes bien, una consecuencia lógica del orden de la vida, el fugaz atractivo de la mujer; y tanto es cierto esto, que á poco que en ello se medite no podrá menos de exclamar el pensador, parodiando al poeta:—*¡Ay, infeliz de la que vive hermosa!*»

Sí: infeliz de la mujer que tiene por oficio la hermosura; infeliz de la mujer que pasáda la época de su juventud, que es la época de sus gracias, la época de sus devaneos, la época en que pueden perdonársele sus debilidades; y sobre todo la época en que necesita agradar, conserva perenne la belleza provocadora é irresistible que cautiva y sojuzga al mas varonil entendimiento! ¡Desdichada de ella y de los que la rodean, tanto más si son sus hijos y su esposo!

¡Dichosa en cambio (y dichosos los que la cercan) la mujer que á un agradable continente reúne la belleza moral de su alma y la belleza física de su amor!---Porque hay una belleza física de que apenas se han ocupado los hombres con la pluma, aun cuando no sea yo el primero que la haya notado en el mundo; y esta es la belleza material de la pasión, la hermosura tangible, permítaseme llamarla así, que posee la mujer cuando se extasia en la contemplación del hombre amado. Semejante belleza, que no se marchita con los años, que no puede ser codiciada de los otros, que es tanto más legítima y verdadera cuan-

to menos procede de la voluntad; semejante belleza, digo, basta seguramente para justificar el epíteto de bello que ha recibido el sexo que lo posee.

La otra hermosura de la mujer, no es mas que un gancho de que la naturaleza se ha valido para atraer á los hombres que necesitan exterioridades deslumbradoras, de esas que hablan á los ojos antes que al entendimiento. Por eso no son igualmente hermosas todas las mujeres, porque no todos los hombres necesitan el mismo iman. Y la prueba de que es esto y no otra cosa, se obtiene, no solo meditando en lo efimero de su existencia, sino en lo dudoso de la existencia misma de esa hermosura.

Parecerá herética esta proposición que voy á escribir, Anatolio; pero piensa en ella antes de escandalizarte:---*La belleza física de la mujer es una mentira.*

Y ya que he sentado esta proposición, escucha otra:---*Todas las mujeres son bellas.*

Es una mentira la belleza de la mujer (considerado para otra cosa que para iman) como es una mentira el sentido del tacto, considerado para otra cosa que para percepción de primeras impresiones. Recuerda una ley física que dice, que el hábito ó costumbre de tocar, embota la sensibilidad del tacto; y se te vendrá á la imaginación esta otra ley moral que formulé yo diciendo, que el hábito ó costumbre de contemplar la belleza de las acciones, embota la facultad de discernir sobre esa misma belleza.---No de otro modo, que siendo positiva esta última ley, te explicarás, por qué tus padres, tus hermanos, tus amigos de la infancia no solo no te parecen feos, sino que aún siéndolo muy mucho, se te figuran en ocasiones tan bellos como los más hermosos de la tierra. Y ciertamente que á no estar tonto ó loco, como la generalidad de las gentes no lo está, sería imposible que te pareciera hermosa la cara que es fea, como es impo-

sible que te parezca fea la cara extraña que á todas luces es hermosa.

Hay, pues, mucho de costumbre en esta cuestion de la belleza de las facciones; costumbre que nos coloca en una especie de limbo psicológico, desde el cual no comprendemos ni un *maximun* ni un *minimun* de hermosura, sino el medio término que tanto se parecè á la indiferencia.--Pregunta á un novio si le parece su novia bella, y de seguro te dirá que sí: pregunta á un marido si le parece hermosa su mujer, y como te conteste con la mano puesta en el corazon, te dirá que no lo sabe. Cuando novia le parecia tan bella como debe parecernos la mujer que nos ha enamorado primeramente por las facciones: cuando esposa no le parece ni mas ni menos bella que lo que en mayor ó menor grado evidencie la hermosura de su alma.--Desaparece, digámoslo asi, la faccion del rostro á medida que aparece la faccion del espíritu; y en tanto conservamos la calma de apreciar los contornos artisticos, en cuanto vamos perdiendo la serenidad que se pierde irremediabilmente por la pasión.

Puedes asegurar, sin temor de equivocarte, que no está bastante enamorado de su mujer el hombre que aprecie con exactitud todos los grados de su belleza fisica; asi como puedes asegurar que si lo está muchísimo, el que tiene por hermosa á la mujer que no lo es para los otros.

Acabo de escribir la palabra *otros*, y con ella he tocado la parte lastimosa de la cuestion.

Créeme, Anatolio: el hombre que se casa con una mujer hermosa, y nada mas, adquiere una hermosura para encanto de los otros, no para recreo y encanto de sí mismo. Los otros la contemplan siempre nueva, es decir, siempre en la forma que á él le sorprendió al enamorarse de ella; mientras que él, pasado cierto tiempo, y embotada, como te dije antes, su fa-

cultad de discernir, no posee mas ni menos que una mujer cuya belleza le causa, si es que la percibe todavia.

Y ¡ay del desdichado que posee con indiferencia una hermosura deslumbrante y provocadora para los demas! ¡Ay del desdichado que pasea por las calles una mujer, mas hermosa para todos que para sí mismo!

La belleza del alma, en cambio, esa belleza que al cabo de cierto tiempo nos hace percibir una belleza fisica que no existe, es menos ocasionada á la admiracion y al deseo de los otros, en cuanto va mas honestamente oculta entre los pliegues de la existencia moral. Su propio ser repele agresiones indignas; su falta de aliciente exterior la precave de duras pruebas, su aparente vulgaridad la permite confundirse en la multitud; y sobre todo, su privilegio de duracion y acrecentamiento, la hace triunfar siempre de esa otra belleza tan resbaladiza y tentadora, como pasajera y deleznable.

No te cases, no, amigo mio, con una mujer hermosa: las mujeres hermosas son como los cuadros buenos, que no pueden comprarlos los pobres sin arruinarse; pero sí pueden verlos y admirarlos en los museos. Deja á las mujeres hermosas para adorno de salones y de palacios; que allí donde no tienen que ser madres de familia, que allí donde no tienen que ser mujeres propias (en la rigurosa acepcion de estas frases) allí se compondrán y adornarán para exhibirse despues á tu vista, radiantes de gracia y de hermosura, en la gran rotonda del Teatro Real, ó en la vasta galeria de la Fuente Castellana.



CARTA SEGUNDA.

Invoco al principiar esta segunda carta, Anatolio mío, á todos los númenes antiguos y modernos que en casos graves han invocado prosistas y poetas, para que me iluminen con la antorcha del buen sentido, por este espinoso campo en que me mete el deseo y la obligacion de hablar sobre asuntos peligrosos.--¿Conoces tú alguno mas peligroso que el mercantilismo del amor?

Pues de ese tengo que hablarte en justa solucion del problema acordado; por mas que yo debiera esquivar como hacen todos ciertas cuestiones desagradables, en que se corre el riesgo de disgustar á muchos y no dejar satisfecho á ninguno.--Pero tu me preguntas :--«Debo buscar para casarme mujer rica mujer pobre?»--y fuerza es contestar á tu pregunta.

Désde luego te diré lo que dice el mundo: entre una mujer muy rica y otra muy pobre, no es dudosa la eleccion.--Y ¿cuál es la mujer muy rica? me dirás.

Una mujer muy rica, es la hija de un caballero que posea seis mil duros de renta propia.--Seis mil duros de renta, ya lo sabes, es en España el sueldo de un arzobispo, de un capitau general de ejército, de un ministro de la corona; ó lo que es igual, el límite de las ambiciones públicas. Y te recuerdo esto, porque presumo que tienes una idea equivocada de la renta de los magnates.

Tú oirás por ahí hablar todos los días de fortunas fabulosas, de millones de capitales, y miles de duros de renta; pero no sabes que la mayor parte de eso es conversacion. Seis mil duros de renta territorial, suponen unas propiedades cuyo valor excede de ciento cincuenta mil duros; y ciento cincuenta mil duros de tierra, son muchos cortijos y muchos millones. Abre los libros del impuesto directo, y verás que muy poca gente posee esos capitales. Recorre la lista de los que pueden ser senadores por derecho propio, y verás que poquísimos logran justificar la renta de diez mil duros. Hasta para los grandes de España, esa cantidad que he presupuesto, pasaria, si fuésemos á profundizar, por la norma de sus rentas. Solo los banqueros difieren de este cálculo, y sin embargo, los banqueros, como te indicaré despues, son mucho mas pobres que los grandes de España, aun cuando parezcan mucho mas ricos.

Para formar idea exasta de los capitales, es menester no perder de vista que estamos en el siglo del crédito, en el siglo del papel moneda y de los valores ficticios. La gran conquista de la civilizacion, que se llama *crédito*, ha hecho que cada duro de plata que posees represente otro de papel que pagarias á la vista si te lo presentaran; lo cual convierte en cuarenta reales tu duro primitivo: y como el que tiene cuarenta reales, puede girar por otros cuarenta sin girar en falso, resulta que cada duro suyo vale en este siglo ochenta reales; que cuentas como fortuna propia, que te producen intereses, y que te dan una consideracion cuádruple de la verdad.—Por eso el que tiene seis mil duros de renta radical figura hoy á la altura de veinticinco mil, y veinticinco mil duros de renta, ya lo sabes, suponen una fortuna ó un giro de ocho millones de reales al interés del tres por ciento consolidado.—Es, pues, un millonario el hombre que posee seis mil duros de renta fija.

Además, todo el que por herencia ó propio trabajo ha llegado á adquirir seis mil duros de renta, hay derecho á creer que tienen otros dos lo menos de sueldo, cesantía ó emolumentos públicos y privados. El general, el magistrado, el comerciante, el título que posee esta fortuna, han adquirido seguramente condicion militar, civil ó industrial que produce cuarenta mil reales al año. Puedes asegurar, sin temor de equivocarte, que el que tiene seis mil duros de renta, tiene ocho.---Considera ahora que un rentista semejante, no se trata sino con otros que le igualan ó le superan en recursos: lo cual equivale á decir que así como él hace disfrutar de la mitad de su renta á sus amigos, en saráo, festines y recepciones, él disfruta á su vez de gran parte de la renta de los otros, por una especie de asociacion tácita de capitales, que es la que constituye el lujo. Cuéntale, en consecuencia, cuatro ó seis mil duros más de representacion y disfrute, con cuya suma tendrás que el propietario de que me ocupo, gasta al año catorce ó diez y seis mil duros que le dan la consideracion justísima de potentado.

Con una hija de este señor es con quien quiero casarte, Anatolio, ó por mejor decir, con quien tú para hacer negocio deberias casarte.---Voy á pasar por alto que ese caballero no te quiere, ni su mujer tampoco, y sus parientes y amigos mucho menos. Voy á pasar por alto el ridiculo social que arrostras con aspirar á la mano de una muchacha rica, por cuya sola circunstancia han de reirse todos de tu amor. Pasaré tambien por alto los pesares y sofocos que acarrea el matrimonio judicial y forzado: de todo esto quiero desentenderme, porque aspiro á pintarte el asunto de color de rosa.

Vas á ver la loteria que te busco.---Quieran ó no quieran los padres, la chica quiere: sus tres hermanos menores están de tu parte, y protegen la correspondencia: el gobernador de la

provincia te saca la novia y la deposita: un señor obispo amigo de tu familia, da solemnidad al acto echándoos las bendiciones: al año de casado tienes un chico: á los diez y ocho meses se muere tu suegro, y heredas: ¡casamiento redondo!

Vamos ahora á echar cuentas.---Con la muerte de tu suegro y desmembracion de la casa, hay que suprimir de un golpe los cuatro mil duros de representacion, y disfrute de capitales ageno: Despues suprimiremos los dos mil duros del sueldo del difunto. En seguida separaremos tres mil duros para tu suegra. Ahora haremos cuatro partes de los tres mil duros que restan, y adjudicaremos quince mil reales á tu mujer; pero como la muchacha se casó á disgusto, le descontaremos el tercio y quinto en que la desheredaron justamente, y tomarás diez mil reales al año en el octavo de un cortijo de la provincia de Córdoba; que si los años vienen buenos, y la contribucion no sube, y no teneis pleitos en las particiones, y el colono es honrado y paga, te produce cerca de cuarenta duros todos los meses.---Ya tienes para costear el ama de tu primogénito.

Y no esperes la muerte de la suegra; en primer lugar, porque las suegras no se mueren nunca; y en segundo, porque como ha quedado verde, y fresca, y bien cuidada, y rica,—antes del semestre se casa con un *pollo* sin vergüenza, y antes de dos años pide limosna.

Si todo esto que te he dicho no es verdad, me dejes cortar un dedo.

Pero hay otra clase de riquezas, podrás decirme; y tienes razon, y vamos á buscarlas. ¿Te parece bien la hija de un banquero?

Los banqueros suelen tener bienes raices, pero tienen en cambio muchos bienes de los que ahora se llaman *moviliarios* ó como si dijéramos *creditoriales*. ¡Esta si que es verdadera riqueza, y esto si que es negocio para un yerno! Anímate, y á ella.

Los banqueros son los señores feudales de la edad presente. La única diferencia que hay entre estos magnates modernos y los magnates antiguos, es la calidad y forma del feudo. El feudo de la edad media se recibia en trabajo, en fuerza personal, en prerogativas escritas; mientras que el feudo de ahora reunido en un solo cuerpo, se cobra por medio de cupones en las cajas de la deuda pública.

Señores de vidas y haciendas, los caballeros de los siglos bárbaros, disponían de una considerable extension de terreno como de estado propio; ejercian sobre sus colonos no solo derecho señorial, sino la absoluta influencia en sus asuntos privados; cobraban cañon de la tierra que ni labraban ni poseian á título legitimo, porque de sus comarcas solo ellos podian ser propietarios; eran por lo comun émulos y espanto de los reyes; se hacian entre sí la guerra, no en favor de tal ó cual idea, sino por resentimiento ó ambicion personal, guerra que llevaban hasta el exterminio; vencidos unas veces, vencedores otras, ellos solian desaparecer de sus tierras, pero las tierras no se veian por esto libres de otro señor que inmediatamente les reemplazaba: eran poco sábios aunque astutos, poco prudentes aunque diplomáticos, poco amables aunque flexibles en ocasiones; y para decirlo de una vez, sus poco numerosas y renombradas personalidades, absorvian la dominacion física y moral de los estados.

Los feudales de ahora poseen tambien grandes extensiones de terrenos bajo los nombres de dehesas, cotos, y otros análogos; construyen en el centro un castillo adonde se retiran en la estacion calurosa; ejercen sobre sus colonos no solo el derecho de dominio á título de rentistas, sino el derecho electoral á título de elegibles; infunden el espanto en gobiernos y reyes cuando se niegan á empréstitos y contratos; libran guer-

ras exterminadoras á sus vecinos, en el hemeciclo de la Bolsa ó en las cajas del Banco; cobran un cánon sobre la tierra que no poseen, bajo la forma de tres, cuatro ó cinco por ciento; quebrados ó quebradores, alguno suele desaparecer, pero la plaza no por esto se libra de un sustituto; hasta el derecho de *pernada* y otros semejantes los conservan con leves variaciones de concepto: son poco sábios aunque astutos, poco prudentes aunque diplomáticos, poco amables aunque flexibles cuando les acomoda; y en fin, sus contadas y célebres individualidades, absorven la dominacion física y moral de las naciones.

¿No reconoces, Anatolio, por este exactísimo paralelo, que no nos hallamos en plena edad presente?--Hay, sin embargo, una notable diferencia entre ambas edades: los señores del siglo X dejaban á sus hijos por herencia su nombre y su fortuna, su castillo y su mesnada, sus colonos y sus tierras; mientras que los señores del siglo XIX, brillan un momento con los penetrantes fulgores de una luz eléctrica, y desaparecen como ella, habiéndose fundido en el aparato, el oro que la produjo.

Van ya tres generaciones de banqueros, desde que Pitt con su sistema de crédito público legalizó esta clase, y yo te conjuro á que me digas cuales son los La-Cerda, los Alvarez de Toledo, y los Ladron de Guevara que conoces, producto directo de esa aristocracia mercantil. Échate á buscar, y esto es lo que mas nos importa, los yernos de banquero que perpetúen la riqueza de sus suegros, y yo te daré por cada uno, un consejo contrario de los que voy á darte.

Los banqueros no son mas que unos mendigos opulentos: ellos gastan; pero no tienen; á diferencia de los verdaderamente ricos, que tienen pero que no gastan.--Esta diferencia del tener y el gastar, necesita una poca de explicacion.

Tú conoces, pues andan por esas calles, multitud de hombres que gastan mucho, y á los cuales no se les conocen pro-

picdades, reñtas, ni aun siquiera crímenes.---«Fulano gasta mucho»--se dice á todas horas; y sin embargo: esto no quiere decir remotamente que fulano *tenga*. ¿Y cómo gastan si no tienen? me preguntarás.--¡Pues ahí verá usted!--es lo único que se me ocurre contestarte.

El *gastar* no es ni mas ni menos que una costumbre como cualquiera otra: el que llega á adquirirla, gasta y gasta y gasta sin saber de qué ni de donde. Los primeros gastos son generalmente producto de la disipacion de la primera fortuna; pero agotada esta, los mismos gastos sirven de base para la adquisicion de nuevos recursos con que hacer gastos nuevos. Esto parece una paradoja, pero es una verdad. Cierta usurero á quien increpaba yo porque habia prestado ochenta mil reales á un perdido, me contestaba con esta gran razon:--«Yo le presté los cuatro mil duros, porque vino á pedírmelos en coche.»

Establécese, no lo dudes, entre el gastador y los que tienen dinero una atmósfera de confianza y de deuda flotante, que sostiene por cierto tiempo las esperanzas de los unos y los gastos de los otros; produciendo el fenómeno que como inexplicable nos ofrece el gastador. Esta situacion es transitoria y concluye por los fuegos artificiales, y por un trueno gordo; pero antes de concluir existe, y despues de concluida en unos, se reproduce en otros y da lo mismo.

No creas que voy á decirte ahora que los banqueros pertenecen á esta clase de gentes, no, sería faltar á la verdad: lo que voy á decirte es, que se parecen muchos en sus gastos; y que el que toma los gastos del banquero por medida infalible de su fortuna, está espuesto á lamentables equivocaciones. El banquero que no gastase mucho, tendria que romper su banca: y aun cuando los excesivos gastos le dan por resultado frecuentemente la banca-rotta, si no hiciera esos gastos, ni tendria

nunca banca entera, ni en una ocasion solemne tendria tampoco banca que romper.

La hija del banquero se educa por lo comun, no solo entre el fausto de las hijas de los grandes, sino entre la disipacion que exige la índole especial de los negocios de su padre. Ignorante ella de lo que sucede á su alrededor, solo ve las ricas alfombras que pisa, el gran espejo que reproduce su figura, la opulenta mesa á que concurren cada dia media docena de convidados, los talegueros que todas las mañanas vacian con argentino estruendo montones de numerario en la caja social; y lo que es más que todo, el perfume de adulacion que exhalan cuantos se acercan á admirar la belleza que suele no tener, y el crecido capital que la suponen. Esta dichosa niña no echa de menos más que un perfil; el perfil de la cuna, el del apellido, el pronombre con que se engalanan otras muchachas que ella visita, y que tienen menos trajes y menos carretelas. Por eso es innato en la hija del banquero el deseo del titulo; y por eso, que no por mala índole ni por falta de sentido moral, fija siempre la vista en los jóvenes de casas ilustres, con preferencia á los de ilustre entendimiento, ó ilustre honradez. De aquí nace el proverbio vulgar, *talegas y pergaminos*.

Supongo, pues, Anatolio, que te diriges á la hija de un banquero. ¿No llevas un titulo de Castilla? Estás perdido.---¿Insistes, sin embargo, en pretenderla, en enamorarla, en engañarla, y lo consigues? Oye la cuenta.

Ya sabrás que los banqueros no dan dote. Como buenos comerciantes que son, han inventado la siguiente ingeniosa teoria:—«El hombre que se casa con mi hija ó quiere á mi hija ó quiere su dote; y si quiere su dote, lo quiere para disfrutarlo, ó para disiparlo: si lo quiere para disiparlo no se lo doy; y si lo quiere para disfrutarlo, le doy el rédito: porque tratándose de

imponerlo en negocios ó en banca, ninguna banca ni negocios mejores que los de su padre.»

Con esta luminosa teoría, se excusan los banqueros de aprontar un solo duro para el casamiento de sus hijas; contentándose todo lo más con imponerlas en los libros de caja una dote nominal, cuyos réditos se obligan verbalmente á poner á disposicion del marido hasta que Dios quiera, esto es, hasta que se mueran ó hasta que truenen.---Yo no sé cuándo se mueren los banqueros ricos: he visto poquísimas veces anunciado el entierro de alguno: pues lo que he visto con mas frecuencia, es un párrafo en los periódicos semejante á este:

«Ayer falleció en esta córte el conocidísimo comerciante *Don Fulano de Tal*. Hombre de gran fortuna hace algunos años, habia experimentado contratiempos de tal naturaleza, que le obligaron á abandonar los negocios. Modelo de hombres activos y desinteresados, baja al sepulcro sin más bienes que su honradez y el recuerdo de los muchos beneficios que dispensó durante su larga carrera.»

Tambien, aunque no en los periódicos, he oido en sociedad trozos de diálogo como los siguientes:

—¡Con que dicen que ha tronado el banquero *Fulano!*

—¡Hombre! ¡parece mentira!... ¡era tan rico!

—¿Sabe usted quien se ha pegado un tiro? El bolsista *Citano*.

--¡Demonio! ¡pues si tenia yo no sé cuantos millones!

--Ayer parece que se escapó el contratista de la gran carretera de....

--¡Jesus! y ¿qué ha hecho ese hombre de su inmensa fortuna?

--La casa de *Perengano y compañía* ha suspendido sus pagos.

--¿Será posible? ¡Dicen que era uno de los hombres mas ricos de Europa!....

Et sic de cæteris.--Une estas cosas que yo he oído á las que tu hayas oído por ahí, medita en ellas, y verás que son muy pocos los capitalistas moviliarios que hacen los huesos viejos. Considera despues que la hija, llama al trueno de su padre una *desgracia*; que no por eso deja ella de ser la hija de un millonario; que se casó contigo para hacerte feliz; que no puede ni quiere descender del rango que la corresponde; que has arrostrado el ridiculo de casarte *única y exclusivamente* (que dice siempre el mundo) por interés; que entre si son flores ó no son flores, esto es, entre si la muchacha llega ó no á ser rica, tú has derrochado tu pobreza sin que te lo agradezca nadie; y por último, que hay mas hijos y nietos de banqueros pidiendo limosna, que albergados en castillos y albuernas; considera todo esto, y dime si estás resuelto á escoger mujer rica para casarte, entre la clase de banqueros y capitalistas.

¡Oh! yo siento en el alma, querido amigo mio, no poder contarte media docena de historias que te probarian lo pobres que suelen ser los ricos! Pero ese mismo temor que me veda contártelas, por miedo de que me citen á juicio las cien familias que se creyesen aludidas, te hará conocer que nunca el pintor de costumbres tiene mas razon que cuando sin nombrar á nadie en su cuadro le arañan cien personas porque lo pintó.

Desiste, pues, Anatolio, de casamiento por interés, sigue la opinion comun que los prescribe y anatematiza; aunque antes de intentar el casamiento opuesto, te aconseje que lo examines y pienses como el actual. ¿Quieres que emprendamos la tarea?



CARTA TERCERA.

A fuerza de hablarse mucho y mal de los casamientos por interés, parecé que tácitamente se sancionan y subliman los casamientos desinteresados. Pero yo no participo de esa opinion: me sucede con esto como con la gordura, que no por llamar bárbaro y bruto, al que está gordo, me creo autorizado para decir que es entendido y cortés el que está flaco.

Harto se ha reido ya la humanidad del refran español *contigo pan y cebolla*, para que yo me entretenga en burlarme de él. Este refran lo inventó sin duda un tonto que estaba rabiando por casarse; pero no dice la historia los muchos otros refranes que inventaria despues de casado: yo presumo que uno de ellos fué, *donde no hay harina todo es mohina*.--Sea de esto lo que quiéra, yo anatematizo, Anatolio, los casamientos desinteresados casi con tanta violencia como los casamientos por interés.

Si por casamiento desinteresado se entiende que el hombre de segura posicion y abundantes recursos busque una muchacha pobre y honrada para hacerla feliz; si por casamiento desinteresado se entiende que la mujer de buena fortuna propia, no aspire á duplicarla con el matrimonio, y escoja entre la turba de pretendientes el mas galan, el mas bello, el mas instruido y mas honrado, aunque sea el mas pobre,--si esto se en-

tiende así, no tengo que decirte lo que elogio y ensalzo el casamiento sin interés.

Pero si por matrimonio desinteresado se entiende (y es lo que sucede en la generalidad de los casos), cerrar los ojos y casarse, un desdichado sin recursos con una desdichada sin fortuna, á pretexto de que el amor es ciego, y de que en cuestiones de corazón no debe consultarse á la cabeza;—si esto es así, como lo es, entonces condeno, abomino, me burlo casi tanto de los casamientos espiritualistas, como de los evidentemente materialistas.

¿Qué significa una sociedad con presupuesto de gastos en que se olvida el presupuesto de ingresos? ¿Qué justificación puede tener ante Dios ni ante los hombres la idea de hacer feliz al alma por unos días, arrojando la infelicidad del alma y del cuerpo para siempre?

En una de mis primeras cartas, Anatolio, te dije que no estaba aún bien averiguado lo que era espiritual y material: dónde concluía el cuerpo y donde comenzaba el alma; cuándo las acciones humanas eran morales, y desde cuando podían llamarse físicas.---Un amigo mió que tiene tanto talento como instrucción, y que suele meditar en cosas que no se ocurren á nadie, me decía cierta mañana:---«No he podido dormir esta noche, pensando en el grano de arena que divide al puñado del monton, y al monton del puñado.»---Pues bien, una cosa semejante me pasa á mí cuando pienso en el espíritu y en la materia, con relación á la vida social: ¿cuál es el bocado de pan que divide al apetito de la gula? ¿En qué punto de la comida deja el hombre de obedecer al precepto físico de comer para alimentarse, y principia á contrariar el precepto moral de la continencia?

Yo no puedo decirle á mi amigo qué grano de arena tenía que añadirle al puñado para que fuera monton, ni sé decirme

a mi mismo, qué bocado de pan establece el límite entre la alimentación ordenada y la gula pecaminosa: lo que sí sé es que los puñados de arena se convierten en montones, y que la satisfacción del apetito se convierte en gula; lo cual me prueba que, no por ser microscópica é imperceptible á la vista del hombre, deja de existir una trabazon tal en las acciones de la vida humana, que todo en ella es moral y físico á la vez sin que pueda establecerse punto alguno de separacion.

Pero el hombre no se para en pelillos: cuando necesita una cosa y no la tiene, la inventa; y como ha necesitado disculpar las borricadas amorosas que comete en su vida, ha dicho:--- «El amor pertenece al alma y no tiene nada que ver con el cuerpo: las pasiones del alma son metafísicas y no pueden sujetarse á cálculo: el matrimonio no es otra cosa que el término social del amor humano: el que en cuestiones, pues, de amor y matrimonio piensa, medita y calcula, es en filosofía; materialista, en religion impio; en sociedad salvaje. etc., etc.,...»

Tal es la manera con que discurren los que llevan escrito en su pendon, *contigo pan y cebolla*.---A estos desdichados no se les ocurre que lo primero que vieron en la mujer de quien se enamoraron, fué el cuerpo; y que el cuerpo estaba vestido, por lo cual quizá les llamó la atención; y que aquel cuerpo y aquel traje se recogian de noche en una casa; casa, vestido y cuerpo, sin los cuales no hubieran experimentado la pasión moral, y para adquirir los cuales, se necesita sin embargo dinero físico. Estos desdichados aseguran, para engañarse mas, que el amor puro crece en las contrariedades, y las desafian por lo mismo con cierto valor heroico; pero olvidan que las contrariedades en que el amor crece, son las morales y de ninguna manera las físicas, que abatiendo el ánimo y enervando el organismo, producen naturalmente el desamor, y en ocasiones llevan hasta el aborrecimiento. Estos desdichados, por fin, pasan su vértigo

amorosó predicando el más puro espiritualismo, hasta que una semana despues de casados principian á predicar el materialismo mas grosero; causando terribles males con una y otra predicacion, falsas ámbas, pero desastrosas una y otra, porque se fundan al parecer en hechos palpables.

Si distinguieran el amor y el matrimonio, quizá tendrían razon; porque el amor pertenece en efecto á los sentimientos morales, mientras que el matrimonio es una institución social, y por lo mismo sujeta á las necesidades y exigencias del mundo. Más claro todavía, se puede amar de valde; pero para casarse se necesita dinero.

El que se lanza, pues, al matrimonio sin dinero, ó lo que es lo mismo, sin elementos legales para adquirirlo, es tan loco y está tan expuesto á catástrofes privadas y públicas, como el que haciendo oficio del amor, busca una mujer rica para colocarse. Y como en los hechos similares hay siempre una perfecta armonía, aun cuando corresponda á causas diferentes, bien puede decirse de los unos lo que se diga de los otros, porque á iguales peripocias quodam sujetos.

El hombre pobre que se casa con mujer pobre, y el hombre pobre que se casa con mujer rica, sufren, ¡cosa rara al parecer! las mismas, mismísimas contrariedades.---Ambas mujeres se convencen pronto de que sus maridos las engañaron miserablemente; que el uno se casó por hacer algo, y el otro se casó porque hicieran algo con él: ambas principian á desdeñar primero y á despreciar mas tarde al hombre que no agencia ni aun lo necesario para sí mismo: ambas se distraen á la vista de otros hombres y otros maridos que más avergonzados ó ménos aulos, gozan en sociedad de una posición independiente; y ¡cosa no ya rara sino providencial! si alguna diferencia hay entre el desamor de ambas esposas, es que la pobre suele dar al marido participacion en el fruto de su industria, mientras que la

rica solo le arroja algun hueso del festin, mezclado con los más despreciativos reproches.

El amor, lo repito, pertenece al órden moral, pero el matrimonio pertenece al órden compuesto; y el que se casa sin medios fisicos, tiene mucho adelantado para conocer y sufrir todos los tormentos morales de la creacion.---Estudiamos.

Se carece en España de un recurso social con que se cuenta en otros países; y que facilita en gran manera la cuestion del matrimonio. Este recurso es el mercantilismo.---En España hablar de amor y de intereses es cosa poco menos que repugnante; y de ahí resulta una teoría bellísima por el lado caballeresco, pero cien veces fatal por el lado práctico y razonable.

Los padres españoles se parecen bastante á los novios de que hablé poco há; á esos que no ven en el enlace del hombre y la mujer mas que una cuestion de espíritu, siéndolo como es de espíritu y materia, de alma y de cuerpo, de ternura y de pan. Nada mas comun que oírles decir cuando se trata de boda:—«Yo les doy á mis hijos la bendicion y el consentimiento, pero nada mas.---Los hijos en efecto se casan, reciben el consento y la bendicion, pero ¿qué hacen despues?

Todos los españoles que hemos vivido algun tiempo en Francia, sabemos que los franceses, á la manera que por sus leyes tienen dividido el matrimonio en religioso y civil, lo dividen tambien en esperitual y material al mismo tiempo de celebrar los contratos.—Cuando los padres españoles se avistan para tratar de bodas, dice el uno:—«Mi hijo quiere á tu hija;» y contesta el otro:—«Mi hija quiere á tu hijo.»—Pues casémoslos», exclaman ambos, y los casan. Mas cuando los padres franceses se juntan con un fin analogo, dice el uno:—«Mi hijo quiere á tu hija, y tiene esto;» y contesta el otro:—«Mi hija quiere á tu hijo, y lleva lo otro.»—«Pues casémoslos,» exclaman ambos,

y al casarlos les entregan una dote.—¿Necesitaré esforzarme mucho para probar que este es el casamiento razonable?

Y no me salgas preguntando si todos los franceses son ricos; porque yo no te hablo de riquezas, sino de dote. Los ricos entregan una rica dote, pero los pobres entregan también la parte alicuota de su humilde peculio, y el efecto social es siempre el mismo --Los recién casados españoles, no teniendo con qué establecerse, han de recurrir al fin y al cabo á la mesa y la casa de sus padres; mientras que los franceses cuentan por cada matrimonio una nueva industria, una nueva producción, un nuevo centro de trabajo y actividad, que sumados contribuyen al desahogo privado de la familia, y al bien público de la nación.

No quiero yo decir con esto que nuestros padres son avaros y los de otros países no lo son; todo lo contrario: nuestros padres rarísima vez dejan de socorrer y asistir á sus hijos casados, lo cual suele ser frecuente fuera de España, en donde el casado se segrega mucho de la familia; pero la asistencia y socorro de nuestros padres es una asistencia improductiva, una variante de la limosna; al paso que la asistencia y socorro simbolizados en la dote, constituyen como he dicho, un elemento de fortuna privada y pública á la vez.

Esta costumbre que en mi sentir debe llegar á ser ley de las sociedades, es no solo conveniente bajo el punto de vista económico, sino más aún bajo su aspecto moral. El padre que se desvive trabajando so pretexto de que lo hace únicamente en favor de sus hijos, y cuando estos hijos se casan no los establece con su dinero, ese padre comete una mentira de lesa moralidad; mentira de que se persuaden bien pronto los extraños y que reñaja el vínculo amoroso de los propios: ese padre es un verdadero avaro. El hijo que al casarse no cuenta con el apoyo directo de su padre, y sufre privaciones y representa un papel ridi-

culo en la sociedad, y se dedica á vago por no poder dedicarse á otra cosa, —ese hijo está muy expuesto, aún siendo bueno, á cometer el otroz delito de esperar con impaciencia la muerte de su padre. ¡Ay! si los padres que siguen esta teoría por falta de reflexion ó por costumbre, ¡ay! si levantáran la cabeza despues de muertos, y vieran el repugnante espectáculo de repartirse un botin codiciado desde muchos años, á fuerza de privaciones y escasez!

La teoría de la dote, además, méjora las costumbres y ordena los matrimonios. El jóven que fué disipado cuando gozaba el usufructo de la casa paterna; la jóven que fué desgobernada y fútil cuando recibia por toda instruccion los halagos de su familia, —esos jóvenes una vez unidos y en posesion de bienes ó recursos propios, suelen por lo comun regenerarse de improvis; comienzan á pensar sériamente en lo que siempre tuvieron por superfluo, estudian y practican la manera de acrecentar la fortuna que poseen; nace en ellos la emulacion de no ser menos que otros que se encuentran en caso análogo, y se convierten en buen marido y excelente mujer contra todas las previsiones del mundo. Pero si esos jóvenes en vez de botarates y mal educados, son modelo de hijos, y se casan, y no cuentan con medios de establecerse segun sus principios, —entonces, no hay que dudarlo, ni buenos hijos, ni buenos esposos, ni buenos padres; al cabo de algun tiempo se habrán convertido, con muy contadas excepciones, en una mujer que se aburre de su marido, y en un marido que se desespera de tener que vivir con su mujer.

«Y ¿cuando no haya dote (vas á decirme) será imposible el matrimonio? ¿Habrá de renunciarse al enlace de los hombres y las mujeres? —En primer lugar, Anatolio, todos los padres debendár, deben poder dar dote á sus hijos; en segundo, el que extravía la cuestión con su mala inteligencia eres tú. Yo no he puesto tasa á la dote: tampoco me he fijado en que la dote sea

dinero. Cada padre debe tener algo que dar á sus hijos, y a ese algo, llámale dinero, ó instruccion, ó laboriosidad, ú oficio; llámale, en fin, como quieras, pero que sea dote.—Un jóve que poseecon perfeccion la dote de fabricante, puede aspirar y debe concedérsele la mano de una jóven que posea una fábrica: ambas dotes, que tanto vale la una como la otra, constituyen un casamiento igual y desinteresado.—¿Necesitaré continuar poniéndote ejemplos?

Lo que no puede, lo que no debe consentirse es el matrimonio por amor, á secas; el matrimonio de *contigo pan y cebolla*.—Escandalízate si quieres con esta proposicion; anda esta noche á la tertulia y dí delante de las muchachas que yo proscribo los casamientos por amor á secas: ¿qué me importa?—contestaré con la frase estereotipada en nuestros Parlamentos:—«Yo tengo el valor de mis opiiones: aquí está mi mano para responder de lo que he dicho.»

¿No has advertido que estos casamientos á que aludo solo se verifican desde los quince á los veinte y cinco años? ¿Por qué, si se fundan en una teoría respetable y justa, no son propios de todas edades, ó por mejor decir, de la edad madura que es la mas irreflexiva en materias de amor? ¿Por qué coinciden estos casamientos con la tontería?

El código civil francés te lo está contestando, y pronto, segun dicen, te lo contestará el código español.—No conozco nada más absurdo, ni más ocasionado á desastres, que la ley actual española por la cual un chisgaravis sin oficio y sin fortuna, arranca brutalmente del seno de sus padres á una pobre muchacha enloquecida por accidentes exteriores; y la arranca por mano de la autoridad, y este despojo horrible lo sanciona la Iglesia, (que en tal lugar colocan á la Iglesia nuestras leyes) y todo el mundo se rie de la locura de la muchacha y de la audácia del chico, mientras los padres lloran en impotente descousuelo, la

ingratitude, el desamparo legal y la perfidia humana!---;Gloria á los juriconsultos que van á introducir en nuestras leyes el derecho de patria potestad sobre los hijos hasta la edad de la razon, y el derecho de independencia filial sobre los padres desde esta misma época!---Eduquen los padres convenientemente a sus hijos hasta que madure su entendimiento, y usen los hijos de libertad, desde que su entendimiento haya madurado; que ni entonces se consumarán los escándalos que hoy vemos, ni el matrimonio será cuestion que se trate en las aulas de las universidades y en los billares de los cafés.



CARTA CUARTA.

Así como en el cuerpo humano hay vicios de conformación que la medicina no puede curar, así en el cuerpo social hay vicios de conformación también que la filosofía no puede destruir. Son tan radicales causas y orígenes de estos vicios: se hallan tan ligados á la índole de la naturaleza humana, que todo lo más que puede hacer el moralista es lamentarse de ellos, indicar su existencia para evitar el contagio, y ponerlos de relieve por si alguno, al verlos tan deformes, quiere corregirlos en sí propio.

Aludo, amigo mio, á aquellos vicios que se adquieren en las extremidades de la fortuna; á los que tienen los ricos por ser demasiado ricos, y los pobres por ser demasiado pobres.---Ya ves que la curación es difícil, si para dar principio á ella se necesita matar al enfermo.

No entra ahora en mis cálculos dilucidar por extenso esta cuestión: bástame indicarla, para hacer aplicaciones al caso presente del matrimonio. ¿No se trata, en efecto, de buscar mujer rica ó mujer pobre?

Las mujeres excesivamente ricas, no se parecen á las demás. Abroqueladas con el antemural del dinero, de ese dios que algunos pensadores míopes han llamado del siglo XIX, pero que ha sido dios de todos los siglos, suelen descuidar

ciertos perfiles morales, en la persuasión de que dudas de fama pueden muy bien cubrirse con certidumbres de fortuna. Todo lo que en las otras mujeres constituye el adorno maspreciado, es para ellas si no insignificante, impertinente: todos los miramientos sociales que coartan la voluntad de la mujer, son para estas mujeres cuando no ridículos, absurdos.---¡Qué se contra- viene á las reglas establecidas! Y ¡qué?---¡Que se traspasan los límites de lo justo! Y ¡qué?---¡Que las gentes principian á murmurar! Y ¡qué?

Este «y ¡qué?», significa:--«El contador de mi casa se encarga de arreglar esas cuentas.»

Las mujeres excesivamente pobres, no se parecen tampoco á las otras. Abroqueladas con el antemural de su honor que es *lo único que poseen*, segun sus propias palabras, suelen descuidar asimismo ciertos perfiles de otra especie, como si con ser muy honradas solamente, pudieran hacer á un hombre feliz.---Ellas no saben conducirse como es debido en sociedad. Y ¡qué? ---Ellas olvidan pronto el favor que se les hizo al escogerlas. Y ¡qué?---Ellas abusan del estado en que se las coloca y se hacen contra su origen, soberbias; contra sus intereses, pródigas; contra sus necesidades indolentes.---Y ¡qué?

Este «y ¡qué?», significa:---Bastante tiempo he sido pobre; ahora quiero disfrutar; para eso soy honrada.»

Ambos grupos de mujeres, poco numerosos por fortuna, tienen en el mundo como justa compensacion, sus similares entre los hombres.---Los hombres excesivamente ricos, descuidan no ya perfiles sino gruesos contornos de su vida social. Acostumbrados al halago de todo el mundo, á la aprobacion general de sus actos, á la compra de casi todo lo que se vende, se creen autorizados para prescindir de las leyes y reglas á que se hallan sujetos los demás hombres. La disipación de la fortuna en el juego, la disipación de la salud en los banquetes, la disipacion

de la moral en las orgías, son para ellos casi preceptos de su posición gerárquica; y como el mundo que anatematiza estos desordenes en el comun de las gentes, parece que los disciplina algun tanto en los poderosos, por eso estos oyen con cierto desden los clamores de la opinion pública, y obedecen únicamente á los instintos de su privada opinion.

Cásense en buena hora estos señores con las mujeres excesivamente ricas; que para un semestre que ha de durar, ó acaso menos, la union sagrada que autoriza la Iglesia, lo mismo da que esta se verifique con buenas ó malas condiciones. De todas maneras, esa union no constitye por lo general un verdadero matrimonio; es solo una alteracion de estado que necesitaban los ónyunges para entrar en el dominio de ciertos derechos y preeminencias sociales.---Aliados el hombre poderoso y la mujer opulenta, forman ordinariamente, más que matrimonio, dos tipos de que la sociedad se muestra necesitada: la señora rica y el señor fastuoso. Ella abre sus salones que tuvo cerrados cuando soltera, porque á casa de las solteras no se va á tomar té; y abre sus caballerizas y sus cotos á la buena sociedad masculina que permanecia alejada, porque el trato de los solteros no es apetecido por señores formales del gran mundo. Ambos se redondean con el matrimonio; pero no redondean entre ambos una verdadera figura matrimonial.---El mundo que lo comprende así, los escoge por blanco de su murmuracion, no por modelo para sus costumbres; y como la clase es corta, y como mi predicacion no va á convencerles, creo oportuno excusar respecto de ellos mis sermones.

La sociedad á quien yo hablo, la sociedad que tu representas, es esa gran masa humana que áun cuando apellidamos genéricamente *clase media*, tiene dentro de su seno infinita variedad de matices desde el democrático mas popular, hasta el aristocrático mas régio. Esa clase media es la que gobierna ya las so-

ciudades, la que llena el mundo, la que constituye el presente y la que ha de apoderarse del porvenir. A esa, pues, es á la que hay que buscarle soluciones para sus problemas; que á estas mismas soluciones, como sean tales, vendrán á acogerse con el tiempo la democracia que sube, y la aristocracia que baja á confundirse con la gran clase media del siglo que viene.

La solución que yo propongo á tu matrimonio, es la siguiente:---Bajo el punto de vista social, busca similares: bajo el punto de vista moral, busca altezas.

No arrugues el entrecejo, juzgándome metido en el terreno de la metafísica. Acabo de escribir dos frases, cuya oscuridad, si es que la tiene, será muy pronto aclarada.---Como cuestión administrativa, busca una mujer que se te parezca: como cuestión de honor, busca una mujer que te esceda en virtudes, y si es posible, que las tenga todas.

La mayor parte de las desdichas matrimoniales domésticas, consisten en la diversidad de la educación, no en la diversidad de luces como muchos creen. Son y pueden ser muy felices un hombre de mucho talento y una mujer de escasa inteligencia: son y pueden ser muy felices un hombre de vulgar ingenio y una mujer de agudeza extremada. Donde no cabe la felicidad es entre un hombre y una mujer de distintas educaciones. Y como las educaciones las da la semejanza de clase; y tras las educaciones están los gustos, los deseos, las costumbres, y en una palabra la vida social, por eso te exijo similares, esto es, una garantía verdadera de tranquilidad, la única garantía aceptable de dicha doméstica.

Además, la semejanza de gerarquías trae consigo la semejanza de relaciones, y esta trae consigo también la semejanza de necesidades.---Un matrimonio en que ninguno de los dos aliados tenga que renrochar al otro ni su origen, ni su parentela sus amistades, ni sus aspiraciones, es un matrimonio q"

muy cerca de la felicidad.---Y cuenta con que no te hablo de la semejanza de fortuna, ó por mejor decir, de identidad de bienes, porque en este punto me refiero á lo manifestado en una de mis anteriores cartas: los bienes se conmutan físicos y morales; y si una mujer es rica porque posee una buena dote, un hombre es tambien rico cuando posee las dotes de adquirir una fortuna semejante.

Respecto á las virtudes, voy á ser tan absoluto como lo fui en las edades: no admito vacilacion ni medio término: virtudes todas.---Pero, ¿adónde está (sospecho que vas á preguntarme, interrumpiéndome) esa frialdad de corazon que me vas pintando, para resolver la cuestion del matrimonio, que es una cuestion de sentimiento, por medio de la lógica?

Y yo que no tengo prisa de concluir mis razones, te contestaré en el acto á esa pregunta incidental.

Entre las cosas que el hombre no agradece á la Providencia, es una, cierto instrumento invisible con que el Creador nos ha dotado, por medio del cual ejecutamos una porcion de operaciones cuyo éxito matemático atribuimos á nuestro entendimiento, sin que él tome parte. El hombre en su soberbia no quiere confesar que las más bellas y útiles acciones de su vida, las ejecuta sin darse cuenta del móvil que le impulsaba á acometerlas; y prefiere echar á cálculos anticipados y disposiciones preconcebidas, lo que es producto natural y repentino del instrumento en cuestion.

Así, por ejemplo, cuando se pone á comer y repugna una vianda que en otros tiempos causaba su delicia, dice que aquel dia se encuentra enfermo y no quiere cargar su estómago; pero la verdad del caso es que otro dia, tal vez lejano, la vianda repugnada perturbó sus órganos digestivos, y por eso el instrumento le avisa ahora que rechace lo que no puede ménos de serle perjudicial.---Así, por ejemplo, cuando paseando á la orilla de un

rio ve un cuerpo humano que arrastra la corriente, y se atroja tras él con peligro de su propia vida y sin esperanzas de salvar la agena, dice que los deberes religiosos por una parte y su agilidad física por otra, le indujeron á intentar una empresa desesperada; pero lo cierto es que el instrumento le empujó hácia el agua sin cálculos ni razones, pues de haberlos formado no es verosímil que consumase un sacrificio que los deberes no imponen, y para el que la agilidad era impotente.---Así, por ejemplo, cuando de ordinario despierta á las nueve de la mañana, y el día de viage despierta á las cuatro porque á las cinco es la marcha, dice que él se compone de manera que no necesita despertador; pero lo positivo es que el instrumento ha hecho esta vez de eriado, como otras hace de misionero, otras de médico, otras de héroe....etc., etc., etc.

Somos, efectivamente, poseedores de un instrumento que obra hasta milagros; y como el hombre es aficionado á la nomenclatura con preferencia á más serios discursos, no ha hecho gran caso del origen de la cosa misma. Cuenta, pues, en su diccionario moral con las siguientes frases y palabras: *instinto, presentimiento del corazón, influjo de las pasiones, simpatía, fuerza de voluntad, atractivo irresistible, destino, imán, casualidad inexplicable, capricho de la naturaleza, coincidencia feliz*: y otras, y otras, y otras, todas las cuales las aplica á determinados casos y como si expresáran diversas ideas; cuando la idea, el origen y el instrumento no son mas que uno.

En la necesidad de dar tambien nombre á ese instrumento, pues que yo no he de ser ménos que los demás, voy, Anatolio, á dárselo; y considerando que sus principales funciones son ayudar á la memoria, forzar el entendimiento, y dar impulso á la voluntad, me creo bastante autorizado para llamarle el *muelle del alma*.

Tienen, sin duda alguna, las potencias del alma un mue-

lle misterioso cuya residencia se me antoja colocarla en el cuerpo, al cual somos deudores, como te dije antes, de nuestros maravillosos y útiles impulsos. Este muelle que por fortuna se gasta pocas veces y que no se rompe más que una ¡ojalá supiéramos componerle!) nos impulsa siempre hácia el bien, nunca hácia el mal; es un amigo cariñoso que ni se engaña ni nos engaña; es un centinela infatigable que nos asiste cuando despiertos, y vela por nosotros cuando dormidos. A él debemos el volver repentinamente el cuerpo en las noches de frío y desembozarnos para dar limosna al pobre que acaba de pedirnosla en la esquina inmediata; á él somos deudores de la fuerza que adquirimos en el incendio para salvar á hombros una criatura cuyo peso nos rendiria en instantes ordinarios; á él debemos la lucidez del insomnio continuado, cuando el amigo espirante necesita nuestra presencia por muchas horas; á él debemos el valor sobrenatural que nos anima en los momentos de una gran catástrofe: él es, en fin, al que abandona nuestro médico la curacion de una grave enfermedad, cuando dice que *hay que dejar obrar á la naturaleza*.

Ya ves si somos deudores á este instrumento de muchas y buenas cosas. ¿Por qué, pues, no confiarle la solucion de otras que tienen quizá menor importancia de la que inadvertidamente le confiamos?

¿Quieres decirme, Anatolio, por qué razon cuando entras en una sala y miras á las personas que están de visita, sabes ya en el momento de sentarte á cuales has de dirigirte con franqueza y con cuales te has de mostrar ceremonioso? ¿Quieres decirme por qué entre dos sujetos á quienes hablas por primera vez, hay uno cuya amistad deseas inmediatamente y otro que te es repulsivo desde el momento? ¿Quieres decirme por qué cuando miras á una porcion de mujeres, y apenas acabas de saludarlas, sabes ya la que va á hacer caso de tus ob-

sequios y la que va á rechazarlos? ¿Quieres decirme, por último, y esto es lo mas importante, por qué no te engañas nunca en estas apreciaciones por qué rarísima vez tienes que arrepentirte de haber seguido el impulso primero de tu corazón?

Déjote pensar algunos minutos en esta idea, y continúa.

Te he hablado de las virtudes que deben adornar á la mujer que elijas por esposa. Parece mentira que sea menester recomendar esto; pero aunque triste, es una necesidad en los tiempos presentes.

Tú lees, tú asistes al teatro, tú frecuentas la sociedad, y por eso vas á comprenderme.--Háse desarrollado de poco tiempo á esta parte una literatura que yo califico con el epíteto de *física*, porque no solo se complace en seguir paso á paso los progresos de la fiebre lenta del individuo, sino que refleja también los progresos mas rápidos aun de la fiebre que corroe las entrañas de la sociedad. Esta literatura ha obtenido gran boga, la obtiene aun, y yo espero que la obtendrá mayor en adelante.

Los apasionados de ella, esto es, las gentes que ante el encanto de la forma olvidan ó quieren olvidar la pestilencia del fondo, emplean un argumento ingeniosísimo para defenderla.--La literatura, dicen, es siempre el reflejo de las sociedades: en tanto aparece corruptora una literatura, en cuanto está corrompida la sociedad á quien retrata.--Y el argumento, como ves, al paso que defiende la literatura, arroja toda la podredumbre sobre la sociedad que la recibe.

Los enemigos sistemáticos de esta literatura, es decir, los pesimistas implacables, los que todo lo ven ó todo quieren verlo bajo el oscuro prisma de la malignidad humana, han inventado un argumento no menos ingenioso.--La literatura, dicen, es la que da el tono á las sociedades: en tanto una sociedad aparece corruptora, en cuanto está corrompida la literatura que recibe.

Y el argumento, como ve. al paso que defiende la sociedad arroja toda la pudredumbre sobre los literatos.

Yo no participo de las opiniones de los unos ni de los otros: creo que ni la literatura da la forma á la sociedad, ni la sociedad la imprime a la literatura. Ambos hechos son siempre coetáneos y correlativos: la sociedad despunta por una falta, y la literatura sigue á la sociedad por la falta misma halagando sus instintos y preocupaciones. Creo, sí, como acabas de ver, que la sociedad principia siempre; pero creo también que la literatura es villana y rastrera y miserable, cuando en vez de levantarse en contra de la irrupcion, sigue su corriente y mendiga la boga y los aplausos de la multitud.

Por esta mi teoría comprenderás que no culpo exclusivamente á las sociedades, ni ataco por sistema á los literatos; si bien hago responsables á estos últimos de una gran parte de la falta que se comete, por que atribuyo á su poder una fuerza inmensa sobre la sociedad.--Si cuando esta se descarría; si cuando por efecto de fenómenos morales de cualquiera especie despunta en las sociedades un vicio, cómodo como suelen serlo todos los vicios; si el literato se pusiera de frente, y esgrimiendo sus poderosas armas contra él, lo atacase en todos los terrenos, con la palabra y con la pluma, en el teatro y en el periódico, en la academia y en el libro, sin dar tregua ni descanso al combate, --es bien seguro que el vicio se cortaria, ó haciéndose vergonzoso, por lo menos, quedaria relegado al catálogo de las faltas, y circunscrito á un grupo social determinado, de esos que no se sabe si existen en el mundo para foco de corrupcion como muchos creen, ó para escármiento y leccion de moralidad como creemos sinceramente la mayor parte.--Pero si al despuntar ese vicio de que te hablo, se apodera de él la literatura, y lo embellece con la gala de la forma, y lo disculpa con la elocuencia del talento, y lo difunde con el prestigio del

interés, y lo santifica con las aparentes razones del sofisma, --entonces la sociedad, léjos de retroceder, avanza, léjos de esquivarlo, lo acepta, léjos de avergonzarse de poseerlo, lo evidencia y pone á la vista de todos, con el orgullo propio de quien ha adquirido antes que otros aquella conquista de la civilizaci6n ó aquel nuevo capricho de la moda.

Ahora bien, Anatolio: la sociedad moderna ha perdido, y esto es indudable, la clave del respeto á la autoridad. La razon de cada uno ha venido á sustituir á la razon de todos, representada en el principio del precepto. Todo precepto ha llegado á sernos enfadoso. La sociedad moderna pregunta al legislador *¿por qué?*, y al sacerdote, *¿por qué?*, y á la propiedad *¿por qué?*, y á hasta á la familia ha llegado á preguntarle *¿por qué?* — Provistos de razon, áun cuando no tengamos entendimiento ni estudio, todos preguntamos el por qué de las cosas; y como las contestaciones no nos satisfacen siempre, por que carecemos de ese estudio y de ese entendimiento necesario para comprenderlas, achacamos á falta de las cosas lo que en verdad no és sino falta de nosotros mismos; y por término de esta porcion de errores fundamentales, caemos en el excepci6nismo, en la duda, en la denegacion.

Rebeldes al precepto, hemos principiado á faltar á él: de lá falta ha venido la tolerancia, de la tolerancia la disculpa, de la disculpa la sancion social; y si la literatura se ha apoderado del hecho, y léjos de condenarlo lo apadrina, y en seguida lo viste con todas las galas de la fantasia, y le establece su moral, y le inventa su purgatorio, y le lava sus manchas, y hasta pretende purificarlo de su primitivo error, ¿qué extraño es que al eztravio vergonzante de una sociedad libre-pensadora, suceda, en poquisimos años la santificaci6n de la *Dama de las Camelias?*

Vuelvo, pues, al punto de donde partí. La literatura tísica,

esa literatura que pretende rehabilitar á la mujer perdida, ha tomado indudablemente sus tipos de la sociedad; pero lejos de hacer vaga mencion de ellos, y eso para condenarlos y escarnecerlos, ha convertido en asunto heroico de sus poenas la vida licenciosa y relajada; ha pintado con los más vivos y seductores rasgos la disipacion embriagadora y elegante; ha convertido en familiar, y puesto al alcance de todas las miradas, ó como si dijéramos de todas las fortunas, lo que debiera estar relegado á la vergüenza, al silencio, á la condenacion: y como la literatura tiene mucho talento, y conoca que iba á tachársele de corruptora, ha echado mano de la tisis de la Biblia, de la primera como instrumento humano, de la segunda como arsenal divino para extraer conceptos á medio explicar, é interesando al vulgo con el padecimiento más interesante del cuerpo, y engañando al vulgo con medios-sorbos de la fuente mas saludable del espíritu, nos ha traído á un estado de cosas en que yo no sabré decirte si es el honor ó la desvergüenza quien debe ponerse colorado.

Aquí te explicarás como hoy se pone en tela de juicio si es preferible una mujer de mundo á una mujer estúpida, ó como si dijéramos honrada; aquí te explicarás por qué es conveniente traer á la discusion si lo mejor es siempre lo mas bueno, y por qué yo he creído necesario hablarte de las virtudes de tu esposa.--He temido y temo que leas un libro, que veas una comedia en donde redimán á cualquiera bribona en términos de que te asalten las lágrimas de los ojos, y pienses al dejar la lectura ó el espectáculo en redimir por tí mismo á una de esas interesantes víctimas del extravío.

No, Anatolio: la moral de la mujer ha de ser inflexible. Creo que todas las faltas del mundo pueden redimirse en el mundo, menos las faltas de la mujer. Creo mas, creo que el mundo no puede desquiciarse por ninguna de las faltas huma-

nas, y creo firmemente que el mundo ha de desquiciarse si suprimimos ó nos desentendemos de los perfiles morales de la esposa, de la madre ó de la hija. Esta es una cuestion que, aparte lo divino, tiene mucho de humano y convencional: en cuanto hagamos acomodaticia la virtud, no lo dudes, sonará la trompeta.

Presumo que se te ocurra como de paso una observacion que ya he oido á los espiritus indulgentes:--«Y ¿por qué ese rigor? ¿por qué esa lenidad con todas las cosas, y ese tan grave ceño con la pobre mujer?»--Voy á decírtelo.

Cuando un paisano da una bofetada á otro paisano aunque sea su superior ó jefe, cinco dias de arresto y cien reales de multa nos parecen un rigor excesivo. Pero si es un soldado el que da de bofetadas á su capitan, la cadena perpétua se nos figura, y lo es en efecto, un castigo tan leve que no dudamos en presagiar tras de él la relajacion y la disolucion de la milicia.--No hay, efectivamente, en la organizacion social dos cosas que se parezcan ni puedan compararse: si ha de haber ejército, tiene que haber disciplina; si ha de haber familia tiene que haber virtud y virtud incontrastable en la mujer. Si de esto resulta alguna injusticia, esa injusticia será, por ejemplo, como la del viento frio que inflama y destruye nuestros pulmones, ó la del sol de Agosto que nos produce una congestion cerebral. El mundo estaria lleno de injusticias, contemplado superficialmente, si no fuera porque debajo de esas supuestas iniquidades descubre el pensador un admirable resorte de la Providencia.

Desecha tú la moda de la rehabilitacion de la mujer extraviada: busca tu esposa como la buscaban nuestros padres, no redimida, sino irredimible; no tachada, sino intachable; que asi y todo no te faltarán cuestiones de otro género que resolver.

En el mundo hay dos clases de mujeres: las buenas y las malas. Unas y otras andan por esas calles, asisten á esa socie-

dad; y por consiguiente pueden pararse ante nuestros ojos. No seré yo tan puritano que te aconseje llevar una venda prevenida y cubrirte en cuanto tropieces con las segundas: esto después de absurdo sería irrealizable. Lo que si te aconsejo, porque es posible y á la vez necesario, es que para darla tu nombre, para llevarla al altar, para introducirla en el hogar doméstico, hagas única y exclusivamente tu eleccion entre las primeras.

Pero si en todo lo que te voy diciendo descubres la tendencia de materializar el matrimonio, y subordinar á cálculos de la cabeza lo que yo mismo te he confesado que depende de impulsos del corazón, reflexiona que el matrimonio, ó por mejor decir, la resolucion de casarse, tiene dos periodos: el que precede y el que sigue al enamoramiento. Antes de enamorarte, puedes escoger libremente las clases de mujeres á quienes debes tratar. Si en este período llevas mal camino, no te disculpes á tí propio de que lo sigues, porque no hay peligro para tu viaje: en todas las posadas donde hay ojos penetrantes, y labios dulces, y sonrisas tiernas, hay tambien peligros para el viajero. ¡Qué mucho, que pernoctando allí, se encuentren después los hombres ligados de una manera indigna y vergonzosa! La cuestion es pasar de largo, porque en deteniéndose puede asaltarnos el segundo período, y entonces todo se perdió.

No entres, pues, en la casa donde no debas entrar; no procures el trato de las personas á quienes no debas conocer; huye de las amistades que la fria razon te aconseje huir; ponte únicamente en contacto con la sociedad que te conviene: todo esto puede hacerse con la reflexion, con el entendimiento, con la lógica. Y como obres así, como no llames á otras puertas que á las que debas llamar, sacude el miedo, tira resueltamen-

te de la campanilla, y cuando estés en la sala delante de todas aquellas mujeres, sigue entonces los impulsos secretos de tu corazón.



POSDATA.

Aquí doy punto á esta correspondencia; pero no porque puse de dejar de escribirte. Al contrario, despues de haber hablado mucho de las mujeres, y á veces con cierta severidad, me da una injusticia no pasar una buena revista á los hombres; con mayor razon, cuando los hombres son los que dan el tono á las sociedades, en términos de que nada puede decirse de ellos que no haya que referirlo directamente á ellos.--Ademas, quiero que demostremos la nobleza de sacar á plaza nuestros defectos, evitando así que se diga, como se dice, que vemos la viga en ojo ajeno y no descubrimos la viga en el propio.--Voy, pues, á emprenderla con los hombres.

Y entre los muchos fundamentos que tiene esta mi decision, escucha el principal.--Hace siglos que viene trasmitiéndose como un axioma, lo que á mi juicio no es mas que una tontería. Siempre que en la vida humana acaece un suceso extraordinario, y con especialidad si es una desgracia, hay un ciento de filósofos de planta baja que se apresuran á preguntar: ¿quién es ella?--El «¿quién es ella?» atribuido á Quevedo, ha llegado á servir para el vulgo toda una filosofia. Esta filosofia, que tomada de broma, como debió producirse la primera vez, aparece tomada en serio, es una atroz calumnia observada en serio. Verdad es que en todos los accidentes humanos hay de por medio alguna

mujer; pero la cosa deja de ser extraña, desde que se reflexiona que en el mundo no hay mas que hombres y mujeres. Lo extravagante y lo asombroso sería que sucediera algo entre hombres y mujeres, sin que las mujeres y los hombres tomaran parte á la vez.

Yo creo que el refran debe reformarse inmediatamente sustituyendo á la pregunta de ¿quién es ella?, la mas cuerda y razonable de ¿quiénes son ellos?—Porque, en efecto, lo que es muy claro en todos los accidentes y desgracias de la mujer es la presencia de algunos hombres.

El hombre, como jefe de la sociedad humana y como creador de sus costumbres y de sus leyes, es el verdadero responsable de todo lo que pasa entre los hombres y las mujeres. Él echa á ellas la culpa de lo malo, es porque es un tirano porque tiene mas fuerza, y sobre todo porque fabrica los refranes.

En las proximas cartas que voy á escribirte irás conociendo lo que somos. En ellas espero probarte lo pobre que es rico, lo tonto que es el sábio, lo bribon que suele ser el virtuoso, lo cobarde que en general es el valiente, y lo mentiroso que por lo comun es la verdad humana. Estas y aquellas cartas, en fin, mi querido Anatolio, en unas porque te hablo de las mujeres, en otras porque voy á hablarte de los hombres justificarán á tus ojos lo que yo ya me tengo sospechado muchos días, y es que no hay en el mundo cosa más desarreglada que los hombres y las mujeres.

